

A. R. CID

Y EMPEZAMOS  
COMIÉNDONOS  
LAS...



PERDICES

Y EMPEZAMOS  
COMIÉNDONOS  
LAS...

PERDICES

A. R. CID

Título: Y empezamos comiéndonos las...perdices

© 2019 por A. R. Cid

Diseño de cubierta: A. R. Cid

Editor: José Antonio Lamas Iglesias

Todos los derechos reservados.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo,  
valóralo... NO a la piratería.

# Agradecimientos

Este libro va dedicado a dos niñas, una ya ha nacido y otra está a puntito de caramelo.

Bienvenidas al mundo Irene y Ariane.

También quiero mencionar a mis lectoras y amigas, esas que logran sacarme una sonrisa. Niyireth Urrea Gutiérrez, Dulce Landa, Bethzaida Cruz, Maribel C. Gómez, Esther Barreiro, Yohana Tellez, Loles Saura, Gael Obrayan, Noelia Tejada Casero, Maria Dolores García Jodar, María Ferrer Payeras, Daniela Mariana Lungu Moagher, Alexia Suárez, Paula Incera Gavira, Susana Magaña, María Jesús Palma Villalobos, Vanesha Salas Cerda, Missy Misgle, Normma Aliciya, Andy García, Mariluz Aquino, Beatriz Coego, Eve Romu, Isabel Martin Urrea, Marta de Castro, Tontería Las Justas.

Y el mayor de mis agradecimientos a Sonia Martínez Gimeno. Ella no solo me ayuda a revisar los libros, sino que se ha convertido en una gran amiga.

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)



**Saray**

# Capítulo 1

El señor Uzcúenaga seguía molesto y me miraba con cara de cabreo, supongo que mi diagnóstico o sugerencia no había sido de su agrado precisamente. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo varias veces antes de responder, midiendo sus palabras con cuidado. Creo que para mi trabajo se necesita un guardaespaldas, al menos eso pensé mientras me levantaba y sonreía cortés.

—Tiene tiempo para meditarlo, puedo darle cita para la próxima semana.

—¿Y qué cambiará eso? —inquirió enfadado. Yo sonreí tratando de aplacarlo y le agarré la mano con dulzura. Era un buen hombre, aunque enfrentarse a un examen de aquel tipo no era lo que él definiría como su día perfecto.

En una consulta no solo tienes que explorar a las personas que entran y tratar de curarlas, utilizando todos tus conocimientos, sino que también has de saber aplacar sus miedos. El señor Uzcúenaga tenía otras creencias y dejarse introducir un dedo en el culo, como él decía, era algo que un hombre jamás permitiría. Cuando empecé a trabajar lo habría mirado mal, habría visto muchos prejuicios en sus palabras, pero el tiempo me enseñó a ver más allá. Hablaba el miedo.

—A su edad es recomendable, será solo su momento —dije de pasada abriéndole la puerta. Mi tiempo estaba medido al milímetro.

Antes de salir se giró y me miró confuso, abrió la boca y volvió a cerrarla. Noté la lucha interna y entorné la puerta.

—¿Será doloroso? —Le temblaba la boca, no parecía el mismo hombre que había entrado diez minutos antes. Lo vi sudoroso, incluso creí percibir un ligero rubor.

—No lo será, apenas notará nada —susurré para que nadie más me escuchara. Noté su vergüenza y sonreí cansada.

Aquel hombre de 74 años no parecía convencido, salió asintiendo, pero sabía que estaba huyendo. Volvería, el miedo a tener un cáncer es mucho mayor que el reparo que pueda sentir.



Mi enfermera se levantó de la silla de la esquina en la que estaba y se acercó. Cerró la puerta con cuidado y se apoyó en ella para mirarme.

—¿No sentirá nada? —preguntó levantando la ceja derecha.

—Algo tenía que decirle para tranquilizarlo —argumenté caminando hacia mi escritorio y sentándome agotada. Solo faltaba media hora para que mi turno terminase y aún quedaban siete pacientes. Bufé antes de volver a mirarla.

—Puedo decir por experiencia que cuando lo hacen bien el placer es indescriptible —dijo ella mientras jadeaba un par de veces. La miré con una sonrisa descarada.

—Eres una perversa. —Ella misma se rio con descoco.

—Culpa tuya. ¿Te he contado ya cómo me ha ido la cita con el hombretón del gimnasio? Creo que voy a pasar de musculitos por un tiempo. —Se quedó pensativa. Cuando ponía aquella cara sabía que iba a soltar una de sus flores.

—¿Por? —pregunté sin poder evitarlo.

—¡Porque había entrenado todos sus músculos menos el más importante! —exclamó ella. La miré deseando internamente que no nos escuchasen desde fuera.

—No seas bruta por favor...

—¿Bruta? Pase que el tamaño no llegue a lo que una está acostumbrada, —Levantó un dedo dándole más énfasis a sus palabras—. pase que bese como si estuviera lamiéndome la cara, pero...

—¿Hay algo peor que eso? —pregunté mientras una risita traviesa escapaba entre mis labios.

—¿Peor? Creo que hasta los coches de choque tienen más marchas que aquel hombre. Con decirte que a los diez minutos de mirar el techo aburrida me disculpé, me vestí y me largué... —Miré a Anahí y me imaginé la situación. Al menos no le dijo que tenía que comprarse un *jes extender* como al último.

—¿Qué hiciste? —Me miró un par de segundos y recogió la lista de pacientes.

—¿Llamo al siguiente? —Cogió la manilla de la puerta.

—¿Qué hiciste? —repito con ganas de reírme. Ella conseguía iluminar el día más aburrido, en aquel momento comprendí la suerte que tenía al ser su compañera.

—¿Por qué crees que hice algo malo? —Su voz chillona confirmó mis temores.

—Pero...

—¡Pero el cabronazo aún tuvo las narices de decirme que podía haberme movido un poco más! ¡Que no había logrado terminar! Tuvo suerte de que no le tirara el zapato a la cabeza. —Terminó susurrando, sus ojos esquivaban los míos y eso solo podía significar que había hecho algo muy malo...

—¿Qué hiciste? —A la tercera va la vencida, pensé mientras apoyaba los codos sobre la mesa y juntaba los dedos. Mis ojos grises se conectaron con los suyos.

—Tienes que comprenderme... —Se removió inquieta, aquella mujer no podía estarse inmóvil ni dos segundos seguidos. No solo era la segunda persona más activa, sexualmente hablando, que conocía, sino que tampoco trataba de ocultarlo—. Antes de ponernos al lío le pedí algo de beber y me dijo que solo tenía batido de proteínas, algo asqueroso, y digamos que le puse un regalito.

—¿Lo drogaste? —pregunté exaltada.

—¿Drogar? ¡No! ¿Cómo puedes pensar eso? —inquirió sin poner mucho énfasis o indignación a su pregunta.

—¿Entonces?

—Él cuidaba su tipito y yo le ayudé a hacerse una buena lavativa. Tendría que darme las gracias —expuso su hazaña con orgullo. Iba a decir algo cuando continuó con su narración hablando todavía más rápido, si eso era posible—. Pude haber hecho algo mucho peor. —Su cara se ensombreció para acto seguido sonreír y abrir la puerta. —¿Javier Alonso?

Decidí darla por imposible y volví a la revisión de aparatos masculinos. ¡Pasaban tantos por mis manos que cuando ligaba y veía a un tío en pelotas mi mirada escrutadora lo ponía nervioso! ¡Decían que eso les cortaba el rollo! ¿Creían que para mí era agradable darme cuenta de que algunos de los ancianos que pasaban por mi consulta la tenían muchísimo más grande?

—Buenos días señor Alonso, ¿se encuentra mejor?



**Max**

## Capítulo 2

Cuando me junto con el trío de descerebrados todo acaba mal. Es algo que sé de antemano, pero no puedo decir que no. Tras más de doce años de amistad son más como hermanos y disfrutamos como enanos. ¿La cordura? La dejamos en casa para que no cohíba nuestras hazañas.

Dirán los estirados que soy un don nadie, alguien sin futuro que se dedica a hacer payasadas y grabarlas con el teléfono, que también, pero aparte de esto soy profesor de gimnasia. ¿No me pega? ¿Quién ha dicho que tenga que andar por la vida con cara de amargado? Yo prefiero vivirla a tope, disfrutar de las mujeres y reírme de mí mismo.

Aquel sábado decidimos quedar en el parque de siempre, con un par de patines y algo de beber bien fresquito. Lo cierto es que nos gusta ese sitio porque es a dónde va la gente sana a hacer deporte y ver a unas preciosidades correr nos alegra la vista. No diré que es el único motivo, pero sí que nos ayudó a tomar la decisión.

Hace diecisiete meses decidimos entre todos montar un canal de Youtube, lo cierto es que lo está petando, y lo que empezó con una noche de borrachera ha ido ganando suscriptores. Locuras a diestro y siniestro que consiguen hacer reír a la gente durante los diez minutos de vídeo. Ahora tratamos cada semana de subir algo nuevo, pero la cosa se ha ido complicando y nos fuimos metiendo en temas delicados. ¿Cómo de delicados? No sé si contestar a esa pregunta...

A lo largo de mi vida mi madre siempre ha dicho que mi vena alocada tiende a descontrolarse en compañía de aquellos tres cafres, como ella los denominaba, sin embargo, lo decía con una sonrisa de amor y abriendo la puerta de mi casa para que entrasen. Es una historia de amor odio que daría para mucho.

Aquella tarde estábamos a más de 37° a la sombra, diríase que eso nos confundió. No intento justificarme, de verdad, no es que no esté orgulloso de lo que hicimos... Bueno, hacía un calor de la leche.

—¿Y cuál es la idea? Más saltos por las escaleras no... me duele la raja

del culo de la última caída —dijo Marcus mientras se acariciaba el trasero con cara compungida, para acto seguido subirse a los patines y dar un par de vueltas.

—¿A ti? Soy yo el que casi pierde los huevos. ¿Sabes lo sensibles que son? Tuve que sentarme con flotador varios días. En la oficina me miraban raro —exclamó Leno.

—¿Raro? ¿Solo eso? Me gustaría haberte visto con el flotador de paseo —añadí yo picándolo. Él me guiñó un ojo con picardía—. Ahora que lo dices... ¿qué le pareció a Miriam que acabases averiado? Supongo que en esas circunstancias...

—¿Supones? Yo no me perdería una noche con esa diosa ni muerto. Creo que haría vudú para que se me pusiera bien dura con tal de poder entrar en ella. —A pesar de sus palabras la cara de empanado de Leno solo podía significar una cosa.

—Veo que te ha dado fuerte —concluí con cara de pena y negando con la cabeza.

—No digas tonterías. —No puso mucho énfasis en esas palabras. Pobrecito, estaba perdido. ¿Qué tenían las mujeres que conseguían cambiar tanto a los tíos? Últimamente hasta lo había pillado comprando flores, le había visto regalar consoladores, bolas chicas, un cinturón... por este último mejor no me preguntéis. Si es que Leno nunca había sido un romántico precisamente, era de esos que si descubrían que existía una postura que no habían probado ya estaba llamando a alguna amiga especial. ¿Tan impresionante era esa Miriam? Lo cierto es que me alegraba por él, ya lo necesitaba. ¿Sentía envidia? ¡Ni de coña! Tenía todo lo que podía desear.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Carlo mirando el reloj.

—¿Y esa prisa?

—Max, algunos tenemos vida propia.

—¿En serio? Y yo que pensé que te dedicabas a pajearte, creo que lo has convertido en todo un arte. Quizás podríamos grabar un vídeo sobre eso. —Una persona cabal me habría mandado a la mierda, pero todos se rieron sin decir que no.

—¿Sobre pajas? Creo que no nos dejarían ni subirlo —repuso Carlo con la mirada perdida a lo lejos. Algo se cocinaba en su mente pervertida—. Aunque...

—No tío, conmigo no cuentas— declaré cruzando los brazos—. Yo elijo quien visita a mi amigo. —Los muy cabrones se rieron, lo cierto es que sentí

vergüenza, pero se pasó con rapidez mientras le tiraba la mochila que llevaba a Carlo a la cara.

—No es mi idea chaval. ¿Crees que a alguien le interesaría algo tan pequeño? Mi anaconda quizás, pero tendrías que grabarme desde lejos. Se me ocurre algo mejor —concluyó dejándonos con la intriga.

El sol seguía calentando y cada vez pasaba menos gente. El río discurría varios metros más abajo y decidimos acercarnos. No llevábamos bañador, pero no dudamos ni dos segundos en quedarnos en boxers y mostrar nuestros hermosos cuerpos.

No es por fardar, quizás un poco sí, pero las horas de gimnasio que compartíamos todas las semanas habían dado sus frutos y las miradas de varias preciosidades enseguida repararon en nuestra presencia.

Como en todo hay mujeres más tímidas que otras, unas te comen con los ojos desde lejos y otras deciden pasar a la acción. Carlo siempre protesta, pero para mí es todo un halago y me encanta piroppearlas mientras disfrutamos de una conversación amena.

Aquella tarde no fue diferente y dos preciosidades caminaron, como quien no quiere la cosa, directas hacia nosotros. Una era morena, sus ojos negros me hipnotizaron, pero apenas abría la boca. Su amiga era mucho más directa y atrevida, quizás demasiado para mí.

—Buenas tardes, ¿este sitio está ocupado? —preguntó la rubia mientras extendía su toalla muy cerca de donde Carlo se encontraba sentado. Todos las miramos, en realidad las comimos con los ojos.

—No, claro que no preciosas —susurró Marcus. Se acercó a ellas y extendió su mano—. Encantado de conocer... —Y se quedó esperando a que ellas mismas se presentasen. Los demás guardamos silencio.

—Susana y Clara —dijo señalando primero a la morena y luego a sí misma—. Espero que no os moleste la compañía —añadió ella con una sonrisa de Mata Hari. Creo que a Marcus ya se le había olvidado por completo por qué nos habíamos reunido.

—Claro que no, ¿podemos hacer algo para que vuestra tarde sea inmejorable? —inquirió acercándose a Clara. Los ojos azules de la muchacha se abrieron unos imperceptibles segundos antes de reírse.

—¿Qué tienes en mente? —Bufé cansado. Había visto aquella escena muchas veces, estaba algo cansado de que Marcus corriera detrás de las mujeres a la más mínima.

—Marcus, ¿por qué no nos ayudan con los retos? —propuse de pronto.

Carlo estalló en carcajadas.

—¿Qué retos? —preguntó Susana suavemente. Su rostro enrojeció ligeramente al volverse el centro de atención.

—Retos eróticos. Es como el juego de verdad o atrevimiento, pero sin la verdad —continuó. Leno, que en aquel momento estaba bebiendo casi se atragantó y acompañó a Carlo en su estruendosa risa.

—¿Qué dices? Nosotros no... —dijo Marcus sintiéndose apurado por la situación.

—Dijimos que era el momento de probar retos nuevos, ¿no? —Puse cara inocente y levanté las manos.

—No era eso lo que tenía en mente —repuso Marcus poniéndose de morros.

—¿Y ese miedo? ¿Hay algo que quieras contarnos? —lo interrogué sin darle tregua —¿Tienes problemas de algún tipo en...?

—¡No es eso! —El pobre estaba cada vez más nervioso y cabreado. Se olvidó de Clara y me miró atravesándome, me prometía venganza. Sonreí retándolo.

—¿Entonces? —Se sentó en la hierba dándose por vencido.

—Tú dirás cabrón. —Se rindió ante lo inevitable, los demás no se perdían palabra.

—Bueno ya que tenemos a dos invitadas creo que podrán ayudarnos a elegir los retos. Pensaba en retos sexuales. ¿Os atrevéis? —Ví que Susana iba a decir algo en contra y continué sin darle la oportunidad—. Vosotras no tenéis que hacer nada, sois las juezas que tomarán las decisiones salomónicas. ¿Estáis todos de acuerdo?

Marcus fue el último en aceptar, se mostró apático y miró el río sin volver a dirigirme la palabra directamente. No tardaría en pasársele, pero eso no significaba que no planificaría una putada en compensación. En aquel momento yo estaba convencido de que merecía la pena por lo bien que me lo estaba pasando.

—Estás como una cabra —susurró Leno, tras acercarse peligrosamente a mi oreja. Me removí inquieto.

—No me soples chaval —bufé yo—. Las señoritas elegirán para cada uno de nosotros algo vergonzoso y erótico festivo. ¿Estáis de acuerdo?

—Nada de enseñar desnudos. —Carlo se cruzó de brazos inflexible—. Nuestro canal es un sitio respetable.

—¿En serio? Cuando te tiraste en plancha al agua no tardaste en quitarte la

camiseta y ponerte hielo en los pezones, casi fue lo más aplaudido por nuestros seguidores —dijo Leno al tiempo que se acariciaba los suyos sobre la camiseta y ponía cara rara.

—Leno espero que no pongas esa cara con Miriam, no me extrañaría que saliera corriendo. —Carlo recibió una botella voladora como respuesta.

—¿Puede ser cualquier cosa? —Me sorprendió que fuera precisamente la morena, Susana, quién hubiera hecho esa pregunta.

—Con límites —acoté yo.

—Podrías hacer un striptease —declaró Clara efusivamente.

—Dijimos nada de desnudos —reiteró Carlo.

—No tienes por qué hacerlo tú y no será un desnudo integral —observó Marcus -, ¿verdad preciosa? Podrías grabarme tú... —Se acercó tanto a la cara de Clara que su entrepierna quedó muy cerca de la boca de esta, si no fuera por la enorme sonrisa de Clara habría dicho algo... A aquel tío se le iba un poco la olla, pero era legal.

—¿Se os levanta? —preguntó Susana de pronto. Todos nos quedamos sin palabras, modosita no era precisamente. Con la misma voz dulce volvió al ataque mientras ninguno nos veíamos capaces de contestar —¿Os empalmáis?

—Hemos entendido la pregunta —sentencié yo.

—¿Entonces? —formuló de nuevo la pregunta sin darse por vencida.

—Sí —aseveramos todos al mismo tiempo. Nos miramos entre nosotros incómodos.

—Lo digo porque podríais tomaros una Viagra. Una amiga me contó que es impresionante y podéis contar vuestras impresiones al terminar —declaró ella como si hablase del tiempo. Al menos yo me puse nervioso ante aquel relato, sobre todo al ver como ella me miraba de reojo.

—No va precisamente con nuestro canal. No es... —dije sin comprender por qué, de pronto, aquella morena me hacía esquivar su mirada.

—¿Cómo qué no? ¡La idea me parece cojonuda! Podemos tomárnosla con nuestras respectivas, disfrutar y hacer un vídeo cojonudo. —Marcus prácticamente se había echado sobre Clara, que lo rodeaba con dulzura. Si aquello se ponía mucho más “caliente” yo me largaba antes de ver el desenlace.

—Por mí... —Leno me falló con rapidez y Carlo poco después.

No me tocó más que claudicar, aunque cuando Susana me dio su teléfono supe con quién cumpliría mi reto. Y ahora diréis, ¿qué puede tener de gracioso tomarse una Viagra? Es algo que hace mucha gente diariamente, quizás los



comentarios de después... en el momento nos pareció una idea cojonuda y, teniendo en cuenta cómo fue el desenlace, de lo más vergonzosa.

Yo no subí lo que ocurrió exactamente al canal, aunque los cabrones del trío calavera no tuvieron los mismos escrúpulos. Creo que mucha gente se pasó un buen rato mientras veían como aquellos crápulas contaban mi vergonzoso percance.

¿La única que salió contenta de todo esto? Susana, que tuvo por lo menos unos... ¿cuántos orgasmos concretamente?



**Max**

## Capítulo 3

En una debacle sexual siempre se empieza bien. Ambos cachondos perdidos, con ella impaciente y yo tratando de luchar con el condón. Era una noche perfecta.

Esa noche lo fue a ratos. Me encantó aquella morenita, en la cama demostró buscar lo que quería y movía las caderas de una manera... Me encantó. Me encantó durante más de tres horas. ¿Sabéis lo que fue realmente jodido para mi ego? Pedirle por favor que parara.

Yo seguía con un empalme del quince, ella prácticamente se echaba sobre mí mientras me halagaba por mi aguante y a mí empezaba a dolerme MUCHO. Durante media hora conté los minutos mientras me movía en su interior, en algún punto entre los numerosos orgasmos de Susana aquello se convirtió en una pesadilla.

Jamás en toda mi vida creí que acabaría diciendo algo parecido. ¿Podría considerarse una pesadilla tener sexo durante horas con una mujer hermosa? Más fricción era dolorosa, creo que toda la sangre de mi cuerpo estaba concentrada en el mismo lugar y lo que ella se tomaba como un gemido desgarrador de placer, algo que la halagaba, para mí era un lastimero quejido.

Diré que antes de empezar aquella conversación la tuve en mi mente varias veces. Tuve tiempo para eso y mucho más cuando me tumbé sobre el colchón y la dejé montarme sin fuerzas ni ánimos para negarme. La miré, me preguntaba por qué cojones seguía a cien, aunque la Viagra poblaba mis sospechas.

A lo largo de mi vida me ha arrepentido de muchas cosas, en aquel momento me prometí que jamás volvería a tomar la pastillita azul.

—Estoy cansado. —Ella siguió cabalgándome con una sonrisa y los ojos brillantes. Su piel estaba sudada y el pelo se pegaba a su rostro. Con las mejillas sonrojadas se veía preciosa.

—Podemos parar un rato —concluyó ella dejándose caer sobre mí—. Eres impresionante.

—¿Tú crees?

—Nunca he visto a nadie aguantar tanto.

—Ya... hablando de eso...

—¿Ocurre algo? —¿Qué avispada era la tía! Vale, era algo injusto, pero estaba en aquel lío por su culpa y la idea de ir a urgencias me parecía ridícula a la par que vergonzosa.

—¿No sabrás, por casualidad, cuánto tiempo tardará en bajárseme? — pregunté avergonzado. Sus ojos me miraron con descaro unos segundos, sus manos acariciaron mi pecho perezosamente.

—¿Por qué es importante? ¿No lo estás pasando bien? —Se inclinó y me besó. Sus labios estaban hinchados, sentí el calor de su aliento y me dejé llevar. Introduje la lengua en su boca y cerré los ojos durante unos segundos.

—¿Ahora mismo? —Se apartó ligeramente—. Ha sido perfecto, pero cada vez me duele más y creo que voy a pedirte que me lleves a urgencias.

—¿Terminaremos así una noche perfecta? —inquirió mimosa.

—Por el bien de mis pelotas. —La aparté con cuidado y me levanté. Di dos pasos y bufé ante los pinchazos que recorrían la parte más sensible de mi anatomía—. Tienes suerte, estoy tentado a pedirte que me lleves en brazos. - Ella se rio como si hubiese gastado la mejor de las bromas. Si tuviera un poco más de músculos...

—Puedo acercarte, pero mañana trabajo y comprenderás... —Se disculpó bajando la voz progresivamente. Ya se estaba vistiendo a toda prisa y la mujer desinhibida que había mostrado durante cuatro horas quedó escondida en aquel sugerente vestido blanco. Sonreí al darme cuenta de la careta que todos portamos.

Y así lo hicimos, apenas intercambiamos un par de palabras más. De pronto ella se mostraba esquiva, esperé que no se avergonzara de lo que había ocurrido, pero estaba más preocupado de mi gran problema. Nunca en mi vida la había tenido tan grande, las venas que la poblaban estaban completamente dilatadas y me pregunté cómo iba a explicar lo ocurrido.

Cuando Susana detuvo el coche se inclinó para un último pico, probablemente no volveríamos a vernos, sin embargo, le di lo que demandaba con dedicación. Ahondé en aquel contacto y la miré con dulzura antes de abrir la puerta.

—Muchas gracias por acercarme. —Ella asintió y arrancó tan pronto cerré la puerta a mi espalda.

El camino hacia la puerta de la sala de urgencias era corto, algunos dirían que soy un exagerado, pero tardé cinco minutos en subir aquella pequeña cuesta.



**Saray**

## Capítulo 4

Aunque esté de guardia pocas veces me llaman. Cuando lo hacen suele ser casos de lo más entretenidos. Os sorprendería saber la de cosas que he sacado de cavidades anales.

Aquel día estaba distraída y cuando me reclamaron cogí el ascensor. Me sentía hermosa, pocas veces me permitía un tratamiento de belleza y con mis nuevas mechas californianas tenía pensado comerme el mundo. Tenía planes de fiesta tan pronto pasase la media hora que quedaba de mi turno. Mi fiesta consistía en cena y baile con las amigas, un plan realmente perfecto; al menos eso creía en aquel momento.

Lindsey me sonrió tan pronto puse un pie fuera del ascensor y me pregunté qué era lo que le hacía tanta gracia. Allí acostumbrábamos a ver de todo, sin embargo, al pasar por su lado me agarró el brazo y susurró a mi oído.

—Te ha tocado el gordo —exclamó ella eufórica.

—¿El gordo? ¿Cuánto pesa? —inquirí yo ingenuamente.

—Entre veintidós y veinticuatro, aunque lo digo a ojo —contestó ella pensativa—. Quizás si pudiera palparlo... sabes que soy enfermera y estoy siempre a tu disposición.

—No opinas lo mismo cuando llegan con juguetes sexuales atorados.

—No deberías ser tan rencorosa —repuso Lindsey juguetona.

—¿Yo? Por lo que dices va a ser un caso muy interesante. —Debo reconocer que a pesar de mis palabras no tenía muy claro lo que iba a encontrar.

El box diez estaba custodiado por cuatro enfermeras. Todas ellas cuchicheaban mientras se turnaban para entrar a “tomar el pulso”. Al verlas en aquella actitud fue como volver a la adolescencia, las hormonas hacían de las suyas.

—¿Hay fiesta y no lo sabía? —pregunté más alto de lo necesario. Se revolviéron inquietas, alguna más avergonzada que otra.

—No, solo queríamos ayudar. —A la jefa de enfermeras fue a la que más alto escuché. No pude mantener la cara de perplejidad durante mucho tiempo y

empecé a reírme.

—¿Tan bueno está? —inquirí algo más bajo.

En aquel momento una cabeza salió entre la cortina y nos encontramos cara a cara. Sus ojos negros me paralizaron, me descubrió infraganti y contuve el aliento.

Recordaré que un doctor, sea del tipo que sea, jamás habrá de mirar a un paciente como lo hacía yo en aquel instante. Era atractivo, quizás no con esa perfección de los hombres que salen en las revistas, era algo más masculino, con un tatuaje que descendía por su hombro y se ocultaba en la bata azul, que en él quedaba bastante ridícula.

Siempre he creído que aquellas batas tienden a restar atractivo, nunca creí que encontraría a alguien que le ayudase a resaltar sus brazos musculosos y dorados.

Cuando la cortina terminó de abrirse mis ojos no fueron a su pelo negro, ni a aquel intrincado dragón que me amenazaba con las fauces abiertas, mi vista bajó un poco más hacia otra parte que también estaba en pie de guerra.

—¿Es usted el paciente por el que me han llamado? —Él asintió nervioso. Por su rictus le dolía, pero no dijo nada más. Estiré la mano y lo invité a volver a tumbarse en la camilla, yo entré después, seguida por Lindsey y cerré la cortina.

Aquellas cortinas no tapaban nada y tampoco era el mejor aislante acústico. Era consciente de que había muchas orejas puestas en aquella conversación y me dispuse a olvidar que aquel hombre era atractivo y estaba bien dotado, me concentré en su problema médico y no voy a negar que disfruté.

—Lamento molestarla, el caso... —Lo miré con una sonrisa y esperé pacientemente. Me senté en la mesa y fijé mis ojos en los suyos, diré que me costó más de lo que pueda parecer—. No consigo que... No sé cómo decir esto de una manera educada.

—Todo lo que diga quedará entre nosotros. —¿Cuántas veces he repetido la misma frase a lo largo de los tres años que había ejercido? Muchos creían que lo que tenían era algo vergonzoso, se ocultaban por no cumplir con todos los cánones de belleza y estaba cansada.

—¿Puedo decir cualquier cosa?

—Mientras no me haga proposiciones indecentes. —No sé por qué solté aquello, ni por qué mi corazón se aceleró al ver su sonrisa de medio lado. Sus ojos negros me atravesaron, contuve el aliento y él se removió. Un tirón en

cierta parte de su anatomía lo hizo gemir, quise pensar que se debía a mí. Nada en mi rostro reflejó mis pensamientos.

—No consigo que se me baje. —Se acarició la entrepierna.

—No entra dentro de una proposición indecente por poco. —¿Había enloquecido? ¿De dónde salían aquellas palabras? —Tendré que echarle un vistazo. —Tembló visiblemente. Se oponía una y otra vez mientras, nervioso, agarraba la sábana con fuerza—. No creo que sea la primera vez que lo enseña.

—No en estas circunstancias —repuso él.

—Prefiere que le pida antes una cita. —¿Por qué le estaba siguiendo el juego? Aquello no estaba bien, aunque había dicho muchas tonterías para tranquilizar a mis pacientes, tenía que ser eso, me dije.

Aunque no lo parezca yo siempre he seguido las reglas, soy esa persona cabal que siempre supo lo que quería ser en la vida y luchó por ello. Me esforcé cada segundo de mi existencia, dedicando todo mi tiempo libre a seguir estudiando y cuando finalmente lo logré me dediqué a trabajar. No soy una monja, pero jamás he roto una sola regla. Era lo que denominarían la niña perfecta, el problema era que en aquel momento era una mujer ante un hombre que me excitaba. Tendría que poner mis dedos sobre su pene, muchos han pasado por mis manos por muy mal que suene, y en aquella ocasión sentí un ligero rubor.

Esquivé los ojos de Lindsey, que por algún motivo no dejaba de mirarme, mucho más atentamente que a él. Estaba por preguntarle si le ocurría algo, pero ella no tenía filtro y era peor el remedio que la enfermedad.

Se destapó y giró la cabeza avergonzado, no parecía ese tipo de personas. Dicen que nunca ha sido bueno juzgar a alguien por su físico, no obstante, me costaba verlo como alguien tímido.

—Vamos a ver qué ocurre. —Vale, ya sabía lo que encontraría bajo la sábana. Ya le había echado un vistazo de pasada, pero era el momento de recrearse... digo, inspeccionar la zona afectada—. ¿Desde hace cuánto? —pregunté.

—Unas tres horas —respondió él por lo bajo—. Estaba con una mujer y me tomé una pastilla de Viagra.

—¿Tiene algún tipo de disfunción eréctil? —Era rutina, sentía curiosidad, pero prometo que era una pregunta de rutina. Por su cara de indignación supe lo que diría a continuación.

—¡Jamás! —gritó él. Lindsey sonrió desde la esquinita esperando



indicaciones —Me retaron a hacerlo. No creí que fuera a pasar esto, creí que cuando me...

—¿Eyaculase? Entiendo, supongo que habrá merecido la pena —concluí desganada—. Lind, ¿me acercas una inyección de fenilefrina?

—¿Inyección?

—Eso he dicho. —Lindsey me pasó la jeringuilla preparada. Un par de enfermeras más entraron en el box. Casi no quedaba espacio para moverse. Las miré regañándolas y traté de ignorar sus presencias.

—No, no, no... eso no va a ocurrir. —Se levantó de un salto para volver a sentarse sudoroso—. No va a pincharme con esa cosa. Ni de broma va a... —Carmen, una de las enfermeras que acababa de entrar corrió a agarrarlo por el brazo y, restregándose más de lo estrictamente necesario, lo sostuvo.

—¿En serio? —pregunté tranquila. Me senté de nuevo en la silla y lo miré. Sonreí al ver que Carmen lo soltaba por fin —Lleva cuatro horas con sangre acumulada en su pene, ¿sabe las posibles consecuencias? ¿No? Puede quedarse estéril, aunque eso no será lo que más le preocupa. Eso no es lo peor... Los tejidos podrían empezar a morir, podría...

—¿Morir? ¿Se me caería? —¿Era profesional encogerse de hombros? Puede que no.

—¿Me dejará pincharlo o tendremos que entrar en quirófano? —pregunté mirándome las uñas de las manos distraídamente.

—Se suponía que sería algo divertido. Un polvo increíble y un vídeo con miles de likes. ¿Sabe lo que es eso? —¿En serio me estaba hablando de un vídeo de Youtube? No podía obligarlo a pincharse, tendría que tratar de convencer a aquel alcornoque. —Puedo ponerme hielo y...

—Puedes, o puedo tratarte sin perder tiempo. —Me levanté y apoyé la mano izquierda en su pecho.

—Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo.

—¿Pretendes negociar? —¿Nunca habéis oído que la curiosidad mató al gato? Yo era el gato insensato en aquella historia—. No entiendo lo que quieres decirme. —Mi erecto paciente miró a nuestro alrededor y luego a mí.

—¿Podemos hablar a solas? —preguntó él.

—Claro —respondí sin saber muy bien qué pretendía. Esperó hasta que solo quedamos nosotros dos, sus ojos negros me recorrieron de forma muy inapropiada y aunque era yo la que estaba al mando me sentí débil, mareada —. ¿Qué era lo que quería decirme?

—Estoy seguro de que tiene que haber otra forma de arreglar mi problema.

Estoy seguro de que usted...

—¿Qué insinúa? —No sabía si tenía ganas de abofetearlo o reírme.

—Una mujer hermosa como usted seguro que ha tenido muchas ofertas antes, además la necesito... —gimió él. No podía esperar más, tres horas era demasiado tiempo para permanecer erecto. No sabíamos si la sangre se había renovado y no quería que se formasen coágulos, su mente calenturienta tendría que tener una dosis de realidad y era el mejor momento.

—Una mujer hermosa como yo... Soy su doctora, no una mujer hermosa, y soy la que toma las decisiones. Voy a ponerle esta inyección si no quiere que coja un bisturí y corte su amado amiguito hasta drenar la sangre pestilente de su interior. ¿Es eso lo que quiere? —Hice una ligera pausa—. Si eso es lo que busca creo que soy su persona, ¿me ha entendido bien?

Su rostro estaba mucho más pálido y, como invitación muda, volvió a abrirse la bata. Le temblaban las manos, me acerqué despacio. Cuando llegué a su altura mis ojos grises se quedaron anclados en la negrura de los suyos. Sonreí en lo que esperaba que fuera un gesto tranquilizador.

—Parece un demonio a punto de castigarme por todos mis pecados —expuso él mientras miraba brillar la aguja entre mis dedos—. Sea suave conmigo... —Tanto músculo y tan poco aguante, pensé mientras recordaba las mujeres parturientas que entraban por aquella misma puerta de urgencias diariamente.

¿Sabéis esas escenas en las que el médico loco saca un poco de líquido de la jeringuilla con los ojos desorbitados antes de pinchar a alguien? Pues yo la representé a las mil maravillas. Es posible que exagerara más de lo necesario o que disfrutase al acercarme a su amiguito.

—Un caso de priapismo de manual. Puede estar tranquilo. No le dolerá nada... —Por la forma en la que se echó para atrás pensé que se había desmayado. En aquel momento Carmen y una amiga entraron de nuevo en el box “por si necesitaba algo”. Supongo que tenían tener que agarrarlo, se las veía felices ante la posibilidad.

Y pinché, fui delicada y él gritó incluso antes de que la aguja rozara su piel. Un alarido acompañó al embolo en su descenso, incluso a mí me tembló ligeramente la mano.

—¡¡Duele!! —gritó fuera de sí.

—Tranquilo, no es para tanto.

—¡Me estás atravesando como si fuera un jodido alfiletero! Perdón, no quería gritarte... —continuó al tiempo que extraía la aguja.

—Ya está, ¿ves? No ha sido para tanto —concluí satisfecha.

A mi favor diré que siempre he sido una persona compasiva, siempre trato a los pacientes como si fueran de mi propia familia y trato de colocarme en sus zapatos. En aquel momento me fue complicado mientras veía a aquel hombre gimotear y quejarse de lo doloroso que había sido.

—Te hidratarán un poco y podrás irte a casa. Pasaré a verte antes de que te den el alta.

—¿Eso es una cita?

—Creo que teniendo en cuenta lo que acaba de pasar deberías tomarte unos días de descanso —repuse en mi eterna sabiduría. No se debe salir con pacientes, me repetí. No sería ético, pero que culo tenía y esa espalda ancha y musculosa...

No lo deseaba, de verdad, pero sería hipócrita decir que no estaba para romper las normas.

Corrí lejos de él, monté en el ascensor seguida de Lindsey, que tuvo mucho que decir al respecto. El resto de las enfermeras se habían reído de lo lindo en aquella representación privada.



**Max**

## Capítulo 5

Lo peor que podía pasarme, en medio de aquel incidente, era que la doctora estuviera cañón. No era solo guapa, tenía un escote en el que podías perderte y unos ojos grises que te recordaban a esos felinos que inmovilizaban a sus víctimas con solo mirarlas.

Al verla aparecer sentí un deseo primitivo, que en mis circunstancias era lo último que quería. Casi me cagué en ella, pero me contuve. Os vais a reír de mí, pero empalmado como un mono, con ganas de llorar como un niño, seguía guardando la esperanza de convencerla, al terminar todo aquello, de comer algo juntos... ¿Sexo? Posiblemente, aunque me tomaría una noche de descanso.

En algún punto de nuestra consulta, de la cual solo recuerdo fragmentos, aquella psicópata con cuerpo de amazona sacó una aguja del tamaño de mi antebrazo. Aquel instrumento de tortura crecía ante mis ojos a medida que ella me decía lo que pretendía hacer. ¿A quién podía habersele ocurrido un tratamiento semejante? Creo que le pregunté a cualquier tío cual es la mejor forma de tortura y esa habría encabezado la lista.

—¿Inyección? —pregunté en aquel momento deseando haber escuchado mal. De verdad, estaba desesperado. No me importaba que me pusiera culo en pompa y me pinchase, aceptaría cualquier cosa menos aquello.

Sus argumentos no hicieron más que acojonarme y, ante la posibilidad de que me dejase como un puñetero alfiletero, le ofrecí sexo, fue lo único que se me ocurrió. Situaciones desesperadas exigen medidas desesperadas... Quizás si descargaba un par de veces más... pero no pareció agradaarle la idea. El rechazo no me lo tomé a pecho, tal vez era lo correcto dado el número de ojos que nos seguían. Nunca había tenido tanto público mientras alguien me “examinaba”.

Era una mujer inteligente, cuyos argumentos odiaré el resto de mi vida. Creo que ese día se ha grabado a fuego en mi mente, no por nuestra maravillosa conversación, ni por la forma que tuvo de inclinarse sensualmente sobre mi gran anaconda. La recordaré porque por muy sexy que se viera ella

con la bata blanca, con los labios entreabiertos y una sonrisa maligna sus intenciones no podían ser peores.

Me apuñaló, quizás no pueda ganar en un juicio, tal vez pueda parecer exagerado, no obstante, utilizó sus conocimientos para provocar en mi uno de los mayores sufrimientos que puedo recordar. Un dolor atroz que ha causado pesadillas en mi maleable mente....

Aquella jeringuilla se clavó en la piel más tierna de mi ser, rasgó todo lo que encontró a su paso hasta que ya no pude soportarlo. Mis intenciones de quedar como un hombre duro, de sonreír con indiferencia y pedirle el teléfono al terminar, por si surgía algún problema médico, se deshincharon al igual que lo haría mi anaconda.

Mi voz nunca había sonado tan aguda, no la reconocía como propia mientras ella sin inmutarse seguía introduciendo aquella substancia en mi pene. Creo que me quedé afónico, poco me faltó para desmallarme. Podrían llamarme exagerado, pero a mi favor diré que una enfermera al verme la cara se ofreció a ayudarme a ir al baño, creo que si hubiese aceptado incluso me la habría sujetado, tal vez no sea muy correcto pensar tal cosa, aunque mi ego masculino me gritaba que aquella mujer me estaba echando los tejos.

La doctora era una diosa, esas mujeres de sonrisa traviesa que son capaces de cautivarte con una sola mirada. Sus ojos grises quedaron grabados en mis neuronas junto con mis ganas de revancha. ¿Por qué? Ella solo estaba haciendo su trabajo y lo cierto era que había funcionado, sin embargo, también se lo pasó en grande a mi costa. Deseos... en mi vida siempre habían primado mis deseos sobre todo lo demás, muchos decían que era un inconsciente que no se tomaba nada en serio, tal vez fuera cierto. De lo que ni yo era consciente era del efecto que aquella mujer, en uno de los días más difíciles de mi vida, había tenido en mi mente, en mis sueños, en mi... orgullo.



**Saray**

## Capítulo 6

¿Por qué le había dicho que pasaría a verlo antes de darle el alta? Solía hacerlo, pero tras mi promesa no conseguí sacarme aquellas palabras de la cabeza. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien en el trabajo.

¿Sabéis esos sabuesos que son capaces de verte y saber que algo no va bien? Pues Anahí era exactamente igual. Quizás solo fuera una bruja en miniatura o hubiese colocado un micrófono diminuto entre mi ropa, conociéndola habría sido entre la ropa interior, pero al verme cruzar la puerta ya se levantó.

—¿Ocurre algo? Hace mucho tiempo que no veía un brillo tan especial en tus ojos —susurró ella acercándose y mirándome fijamente. Sonreí esquiva.

—¿Tú también? Ya me ha llegado con Lindsey —repuse yo. En mi trabajo había descubierto dos cosas, que mi horario laboral duraba muchas más horas de las que aparecían sobre el papel y dos, que aquella gente con la que trabajaba se habían acabado convirtiendo en parte de mi familia, por mucho que había tratado de evitarlo.

—¿Y qué es lo que despertó la curiosidad de Lindsey? Suele tener muy buen ojo para los cotilleos... ¿Qué has hecho?

—¿Yo? ¡Solo he ido a atender una urgencia! —Noté como mis mejillas empezaban a calentarse, sentía el sonrojo extendiéndose por mi cuello, ascendiendo con rapidez. Es algo que me ha pasado desde muy pequeña, como una bombilla que se enciende cuando más quería pasar desapercibida.

—¿Qué urgencia? —inquirió ella.

—Priapismo —repuse incómoda. Aquella palabra fue como la cerilla que encendió todas sus sucias ocurrencias.

—¿Priapismo? Interesante... ¿Qué edad tenía el paciente? —preguntó ella con suavemente. La conocía demasiado bien, a pesar de su tono, de la calma de su rostro estaba saltando por dentro. Deseaba que yo le diera la carnaza a la que hincar el diente.

—No lo recuerdo, sobre treinta —dije evasiva—. Era joven y sano. No veo la necesidad que tuvo de tomar Viagra. —La miré, me miró, abrí sesión y



revisé un expediente al azar.

—Viagra, priapismo y joven. Creo que debí acompañarte. ¿Estaba bueno? Creo que llevas demasiado sin disfrutar de un buen revolcón, de esos sucios, de los que te dejan la piel pegajosa y las piernas temblando. —La miré entre asqueada y sorprendida—. No te ofendas, pero tu gusto en hombres deja mucho que desear —añadió. ¡No podía creérmelo! ¿Mi gusto en hombres? Era lo que me faltaba.

—No sé a qué te refieres. Eran trabajadores y responsables. Siempre fueron muy agradables y disfruté de mis relaciones al máximo con ellos. Buscaban mi placer —repuse molesta. A medida que lo exponía comprendí a qué se refería.

—Cierto. Eran los tíos más aburridos que me he encontrado. Creo que el tipo de los seguros fue lo máximo. Cuando un tío te pide permiso para quitarte el sujetador antes de montarte tienes un gran problema.

—Era tímido —lo defendí yo. Mi cerebro me decía que no era algo tan malo, aunque puesta en escena si ya antes de empezar apenas tenía ganas creo que solo seguí por no ver su cara de pena—. No todos son monos en celo. Algunos son románticos y considerados —dije sin confianza en la veracidad de mis palabras.

El miedo es algo que se instala en nuestro interior y desde joven supe lo que quería y lo que no en mi vida. Un vago, bueno para nada, no era lo que consideraba un hombre ideal.

—¿Y de qué te sirvió? Recuerda que yo lo sé todo. —Cierto, yo misma se lo había contado—. Recapitulemos. Cero orgasmos, cenas aburridas y conociste a sus padres. Casi me das pena.

—No seas mala. —Aunque me sentí desanimada. Al encontrarme ante Max, vibré. No necesitó hablar para hacerme temblar, no estaba segura de sí era por los nervios, sin embargo, cada segundo fue intenso, ¿cómo podía relacionar ponerle una inyección en el pene con algo erótico? Algo iba realmente mal en mi cerebro—. No todo es el sexo. El motero podía ser una máquina, pero si alguien me habla alguna vez como lo hizo contigo se come los dientes uno a uno. —Ella se quedó pensando y sonrió. Se acercó todavía más y me abrazó por detrás.

—Cariño, era una máquina. ¿Crees que estaba con él pensando en fundar una familia? Lo utilicé hasta que me sentí saciada y pasé de su cara. Te sorprenderías al ver lo que sigue esforzándose para volver conmigo, además, a veces las apariencias engañan.

—No es tan simple.

—A veces sí lo es. Dudo que algún día encuentres al hombre perfecto, yo lo busco cada fin de semana y los lunes ya estoy convencida de que no existen. Sin embargo, mi cutis es perfecto, tengo más elasticidad que hace diez años y no he perdido la esperanza.

—Tengo ganas de verlo —solté de pronto—. Es un descerebrado, ¡tomó Viagra por una especie de apuesta!

—Pero te ha puesto cachonda perdida. ¡Al fin! —gritó ella levantando las manos al cielo —Recé porque llegase alguien así a tu vida que te quitase el palo del culo. Tal vez lo reemplace... —Casi me atraganté con la saliva ante su descaro.

—A veces no entiendo por qué te soporto. —La primera vez que la conocí creí que era la persona más dulce que había visto nunca, en seguida comprendí que a medida que cogía confianza ese halo de ángel que rodeaba su cabeza se difuminaba. Simplemente sabía cómo podía comportarse en cada momento, a diferencia de mí, que era la misma en una cena que en la consulta—. Iré a revisarlo y darle el alta.

—Te acompaño —dijo ella dándome un ligero beso en el cuello. La empujé con una sonrisa.

—No hace falta.

—Insisto. No quiero que hagas ninguna tontería y cuando las hormonas están revolucionadas... Prefiero tenerte vigilada.

—Ya, ¿no será que quieres ver cómo es?

—Puede ser... —Su puede ser se me clavó en el pecho. Yo no podía competir con ella y por primera vez no quería que Max pusiera sus ojos en aquella belleza nórdica. ¿Tenía pensado decirle algo? ¡Desde luego que no! ¿Entonces? ¿Acaso tenía que tener algún motivo para molestarme porque me acompañase?

Antes de dirigirnos a su habitación me acerqué al servicio, Anahí me esperó fuera, haciendo guardia como decía ella. Entre broma y broma siempre me recordaba que no debía confiarme, jamás beber hasta perder el sentido. Su sermón siempre terminaba de la misma manera “las cosas no deberían ser así, pero mientras no cambien habrás de ser mucho más lista que ellos.” Para Anahí todo era una guerra, nunca quise preguntarle el motivo, ella tampoco ahondaba mucho en el tema. Había algo, pero me lo contaría cuando estuviera preparada. Yo también guardaba mi propio secreto.

En aquel momento, encerrada en aquel servicio, que necesitaba una buena

reforma, me paré ante el espejo. Me peiné con los dedos y me re Coloqué las tetas en el sujetador. ¡Miente la mujer que diga que nunca lo ha hecho! Revisé la imagen que daba con cuidado, temiendo lo que pensase cuando volviera a verme. No tenía pensado quedar con un paciente fuera de mi trabajo, pero la idea de volver a hablar con él... No pedía mucho, solo unos minutos de risas y descaro. Esa energía eléctrica que me contagiaba y me hacía sentir viva.

Salí sintiéndome diferente, pensando que, aunque aún fuera a ver a Max mi turno ya había terminado. Seguía siendo la doctora, aunque ya me sentía más como mujer. Es difícil de explicar, pero cuando entraba en mi consulta a revisar a aquella lista interminable de hombres yo dejaba de pensar como una mujer con ideas u ocurrencias, era como si el médico que habitaba en mí viese grandes rompecabezas a los que ayudar, perdiendo parte de sus emociones en favor de auxiliarlos. Ahora, el deseo, la vergüenza, el miedo y la excitación volvían a mi piel haciendo que el nerviosismo anidase en mi vientre al tiempo que volvía a salir al pasillo rumbo a aquella habitación 201.



**Max**

## Capítulo 7

Hace mucho tiempo que he dejado de seguir las normas, es más, cuando hay una regla disfruto como un tonto rompiéndola. Me gusta desafiar la autoridad y ser un cabroncete, no de los que hacen daño, pero sí de los que gozan sin pararse a medir las consecuencias de sus actos.

Tras aquella “inyección”, que alivió la presión y el dolor, tuve tiempo para descansar. Pocas veces había tenido una sesión tan intensa y mis músculos agradecieron la relajación. Me tumbé sobre aquella incómoda camilla y dejé que el sueño me invadiese.

Las tres horas de reposo pasaron rápido. No debería decir que tuve un sueño húmedo, tampoco que la mujer que envolvía mis caderas era la doctora de ojos grises. Aquella mujer era una auténtica fiera dentro de mi cerebro, incluso podía recordar el sabor de sus besos cuando, precisamente ella, me despertó.

—¿Max? —Su voz era mucho más dulce de lo que la recordaba. Estaba ligeramente inclinada sobre mí y me sonreía.

—Sigo siendo el mismo. —Quería encontrar un comentario ingenioso, hacerla reír e incluso picarla un poco. No lo conseguí.

—Me alegro de que al menos no hayas perdido la memoria —repuso ella irónica—. Presupongo que recordarás quién soy yo.

—¿La recepcionista?

—Casi, aunque por poco no aciertas. ¿Qué te parece si te exploro? —¿Tartamudeó? Eso creí percibir, aunque al mirarla no lo demostró. Yo, por mi parte, comprendí que solo bastó esa inocente pregunta para que mi corazón saltase y me quedase mirando su boca.

Me sentía lo suficientemente recuperado para desear sus labios, para preguntarme cómo sería tenerla jadeando, y es que pocas mujeres provocaban un anhelo tan grande en mí, en aquel momento no recordaba a ninguna antes de ella.

Quise tentarla, hacer que se sintiera como yo, pero seguía mostrándose tan formal que por primera vez no me sentí tan poderoso. Yo era el que solía

llevar la voz cantante en el flirteo, en esa ocasión ni siquiera podía llamársele así.

—Si lo necesita puedo ayudarle. —No había visto a la enfermera que la acompañaba. Era muy guapa, pero le faltaba algo, pensé al volver a mirar aquellos ojos grises. ¿Alguna vez habéis pensado que unos ojos ocultaban todo un mundo? Quizás puede parecer demasiado romántico, pero de verdad quería saber qué había en aquella cabecita morena—. ¿Y bien?

—De momento no hace falta —contesté guiñándole un ojo—. Aunque nunca se sabe.

—Me gusta —dijo de pronto aquella rubia vestida de enfermera mientras se acercaba a la doctora. Al menos eso creí escuchar mientras hablaba directamente sobre su oído. La doctora trató de mantener la compostura a pesar de que sus mejillas cogieron un poco más de color.

—Si me permites... —susurró la mujer de mis sueños descubriendo mi regazo. Sus ojos grises quemaban mi piel, sus dedos apenas me rozaron cuando al fin descubrí mi gran regalo, aunque agradecí que la medicina aun lo mantuviera bajo control, al menos eso me dije. Ella tosió ligeramente y yo, sin pensarlo mucho, le palmeé la espalda. No hablo de un golpecito suave, como debería haber sido, sino de un par de golpes contundentes y secos (no por eso dolorosos) que provocaron un ataque de risa en la enfermera y que la doctora se incorporase y se alejara disgustada.

—¿Y bien? —inquirí con la ceja derecha levantada. Era un gesto que tendía a poner nerviosas a muchas mujeres, pero aquella doctora era inquebrantable, pensé decepcionado.

—No veo nada raro. Avisaré para que le den el alta.

—¿Raro? ¿Cómo qué raro? ¿Qué es lo que puede pasarle? —pregunté alarmado. ¿Iba a volver a empalmarme? No podía vivir una vida sin sexo. Yo era un forofó del placer, siempre he creído que no existe mejor regalo que un orgasmo tras una buena velada. Decirle que se ve hermosa y hacerla sentirse única mientras los dos alcanzamos esa dulce sensación. ¡No podía privarme de eso! ¡La denunciaría!

—No tienes de qué preocuparte. —Sus respuesta mecánica no me convenció en absoluto. Estaba nervioso y cansado, no lo pensé. Me levanté de un salto, sin fijarme en la bata que hacía de todo menos cubrir mi precioso culo, añadiré que también transparentaba y por motivos obvios no llevaba ropa interior, habría agradecido incluso un taparrabos.

—¿En serio? —Me acerqué más de lo debido, pero al sentir su aliento

contra el mío no pude retroceder, me quedé hipnotizado—. Tienes el deber moral de contármelo todo. No tienes por qué endulzar las cosas —añadí mirando sus succulentos labios. Deseé besarla, pero me contuve. Fue emocionante sentir aquella tensión sin sucumbir a ella.

—¿Qué es lo que tanto te aterra? —preguntó ella dejándome sin aliento. Su sonrisa divertida me hizo quedarme embobado, me parecía hermosa y olía a rosas. Me acerqué un poco más, podía sentir su bata contra mi piel y era excitante.

—¿Aterrara? Yo no diría tanto... —repuse yo. Mi voz se volvió grave, profunda, podía sentirla vibrar en mi pecho. Sus ojos grises se conectaron con los míos, esperaba que en cualquier momento se apartase y me pusiera en mi lugar, podía ver como sus mejillas se habían teñido de un precioso tono rosado y me encantaba. Las mujeres a las que solía tener cerca no eran tan tímidas —Pero estarías haciendo un sacrilegio si no hicieras todo lo necesario por salvar a mi amiguito. Sería una gran pérdida para la humanidad. Reconócelo, lo has tenido entre las manos y has podido comprobar que es uno entre un millón. —Mi voz demostraba mi orgullo ante lo bien que me había tratado la naturaleza.

—¿Te das cuenta de con quién estás hablando? —inquirió ella. No me gustó nada su cara, parecía... ¡Se estaba burlando de mí!

—¿Y tú sabes que puedo saber cuándo una mujer no dice la verdad? Te diría los motivos, pero no quiero hacerte pasar vergüenza.

—Yo jamás...

—¿Eso cree doctora? —Solo un poco más... Solo un poco... Podía sentir el calor en la piel, la sensación de irrealidad envolviéndonos y me olvidé por completo de que no estábamos solos. El reto de su mirada y aquella sonrisa, entre tierna y arrogante, me llevaron a dar el último paso. Ese diminuto paso que hizo que nuestras bocas se rozasen, en ningún momento la retuve, pero al ver que no se alejaba, que se quedaba como una estatua mirándome con los labios, finalmente la besé.

La besé con pasión, introduciendo la lengua en el interior de aquella boca de fresa y enredando nuestras lenguas. Me crecí al sentir su jadeo entrar en mí y mordisqueé sus labios. Era una sensación que creció con rapidez, en seguida tuve ganas de enredar los dedos en su pelo y apretarla contra mi cuerpo. Aquel beso me encendió y me hizo desearla con intensidad. Diré que, aunque mi miniyo no reaccionó con esa intensidad a la que estaba acostumbrado, sentí un leve cosquilleo. Sonreí contra su piel.

Cuando ella se alejó sentí frío y sonreí con orgullo. La miré con arrogancia mientras ella se limpiaba la boca, al menos eso fue lo que parecía mientras, con más brusquedad de la necesaria, se pasó la manga de la bata por los labios.

—¿Ocurre algo? —No era una revancha, pero me sentí bien al ver su reacción. ¡Estaba nerviosa! Sentí que había ganado, aunque no comprendía por qué me importaba tanto.

—¿Queréis que os deje solos? —La enfermera rubia se estaba divirtiendo. Se sentó en una silla contra la esquina y, cruzando las piernas, se quedó mirándonos como si fuéramos la serie más entretenida del mundo. No se esforzó ni un poco en disimular—. Creo que yo también quiero un tratamiento de esos. Saray, ¿cómo se le llama a ese tipo de medicina?

—¡Anahí! —Me lo estaba pasando en grande, miré a Saray con una sonrisa divertida. Tosió un par de veces.

—Como decía, mandaré que te preparen el informe de alta. Espero que te vaya bien.

—¿Eso es todo? —pregunté decepcionado.

—No sé a qué te refieres —sostuvo Saray.

—Me has besado doctora, he tenido tu lengua en mi boca y he de reconocer que me ha encantado. —Era el momento de exponer mis propósitos y uno de ellos se estaba cumpliendo a la perfección al ver como sus ojos se abrían asombrados—. Si eres tan buena en todo lo que haces no puedo esperar a...

—¡No! —me cortó ella —Ni lo digas —me amenazó furiosa—. Eres maleducado, grosero, ¡un cabrón! Si crees que tendría algo contigo, en este o en cualquier universo paralelo, te equivocas.

—¿En serio? ¿Sabes una cosa doctora? —Me encantaba llamarla así. Era una de mis grandes fantasías, lo cierto era que tener a Saray vestida solo con la bata mientras jugamos un poco no podía sonar mejor.

—No —negó ella reticente.

—Podrás convencer a quien quieras, quizás incluso a ti misma, pero soy adictivo. Una vez me prueban, las mujeres no pueden evitar desear mucho más. ¿De verdad vas a conformarte con eso? ¿Solo con eso?

—Eres un engreído, aunque no sé qué podía esperar después de haberte tomado una Viagra por una apuesta. —Se tapó la boca al momento, creo que ambos sabíamos que no era correcto juzgarme por los motivos por los que había acudido a urgencias, pero no iba a tenérselo en cuenta, yo nunca había



sido un hombre rencoroso.

—¡Auch! Eso ha dolido. —Me toqué el pecho como si una gran flecha me hubiera atravesado—. Pero... —Me recompuse con rapidez. Me acerqué un poco más y sentí su temblor. Ella trastabilló alejándose—. no me gustaría marcharme sin dejar clara mi postura, me refiero a en este asunto, si hablamos de otro tipo de posturas me encanta el perrito y...

—¡Pero de dónde has salido tú! ¿Tengo que llamar al psiquiatra? —Ante su pregunta la enfermera tuvo un ataque de risa. Yo también esboqué una sonrisa, no obstante, me contuve al ver como ella apretaba con fuerza los labios, convirtiéndolos en una fina y amenazadora línea.

—Podrías, pero me gustaría mucho más que me trataras tú —agregué con descaro.

—Deberías recordar que eres mi paciente. No pasará nada entre nosotros, soy tu médico y debes recordarlo.

—No estoy de acuerdo. Eras mi médico, pero ya estoy bien, ¿verdad? —Ella asintió sin apartar los ojos—. Además, tampoco busco nada serio. Simplemente creo que después de un beso de ese calibre la química sexual que tenemos no se encuentra todos los días. Podríamos investigar cómo se nos daría llevarla a la práctica.

—¿Está diciendo lo que creo que está diciendo? —preguntó Saray mirando a Anahí. Ella contuvo la risa.

—Eso creo. Sí, eso creo. —Aquella rubia estaba feliz, le caían un par de lagrimitas por la cara, fruto de las carcajadas que acababa de soltar a nuestra costa—. ¡Saray no dejes que el musculitos gane! —gritó de pronto como si fuera su animadora personal. Aquella rubia estaba tan loca como yo.

—Yo, no... Mandaré que le den el alta —concluyó Saray mordiéndose el labio.

—¿Vas a huir? ¿Tanto miedo me tienes?

Y fue como ver evolucionar a alguien. Supongo que toqué alguna fibra sensible pues ella se cuadró lista para la pelea. Su sonrisa se volvió tensa y se acercó hasta que su índice tocó mi pecho. Se veía poderosa y decidida. ¡Joder! Ya tendría que tener un empalme de narices. Aquella mujer exudaba una sustancia especial a la que yo era muy sensible.

—¿Huir? —Sus ojos me recorrieron de arriba abajo, deteniéndose en mi entrepierna demasiado tiempo. Giró la cabeza y siguió analizando aquella zona durante unos minutos, los necesarios para que pusiera las manos delante tapando mi anatomía—. Quizás no comparta tus ideas, pero nunca he huido de

nadie y menos de alguien como tú —continuó cabreada. Me empujó ligeramente con el dedo hasta que acabé sentado sobre la cama con ella de pie entre mis piernas. ¡Joder! Me había tocado la puñetera lotería y no lo sabía. Si el cielo existía tenía que estar en aquella habitación, mis ojos bailaban entre aquellos preciosos pechos que habían quedado a la altura de mis ojos y aquel gris profundo de su mirada que me volvía loco. Se inclinó ligeramente para hablarme, ninguno de los dos se dio cuenta, en aquel momento, que Anahí se había levantado para cerrar la puerta, evitando de esa manera miradas indiscretas—. Eres uno de esos tipos que creen que por tener una tableta de chocolate y unos pectorales decentes a las mujeres se nos caen las bragas. Me das pena, ¿sabes por qué? —No pude hablar. Negué tragando la poca saliva que me quedaba—. Porque contigo me aburriría. Ya he conocido a más como tú y os falta cerebro. Vais de máquinas sexuales y luego no sabéis ni donde está el punto G de una mujer. No estoy dispuesta a aburrirme y a tener que vestirme después sin haber logrado ni un mísero orgasmo. Estoy cansada de los fantasmas.

—¿Tantos ha tenido?

—Demasiados para mi gusto. Perdona si prefiero declinar su oferta —dijo ella con tranquilidad. Iba a retirarse cuando la sostuve por la cintura manteniéndola en el mismo lugar.

—Puedes haber conocido a muchos y sí, estoy un poco loco, pero si crees que conmigo vas a aburrirte es que no me conoces. Conmigo —declaré orgulloso —sentirás que el mundo ha cobrado vida, pero tranquila puedes irte, estoy más que convencido de que volverás. Por tu bien te voy a dejar mi teléfono —añadí mientras con rapidez lo cogía del bolsillo de su bata. Ella quiso arrebatármelo, pero yo fui más rápido marcando mi número en él. Me hice una pérdida y se lo devolví—. Adiós doctora.

—Eres un maleducado —declaró ella.

—Me han dicho cosas mucho peores, tendrás que esforzarse un poco más, pero si necesitas clases particulares ya sabe dónde encontrarme.

Creo que se molestó porque se giró y se largó sin más. La enfermera se sacó una gorra imaginaria e hizo una leve inclinación ante mí. En aquella habitación a cada cual más loco.



**Saray**

## Capítulo 8

¡No soy una monja! Me temblaban las piernas, tampoco estaba acostumbrada a que me trataran de esa manera. Sin embargo, ¡tampoco me gusta tirarme a la bragueta de los tíos por muy buenos que estén!

No podía comprender por qué estaba tan cabreada. Me hervía la sangre por motivos muy diferentes, aunque lo que más me jodía era reconocer que si no me hubiese contenido me habría encantado haber saltado sobre el que, en aquel momento, todavía era mi paciente. ¡Me había dejado besar! ¿Acaso había perdido un tornillo? Aquello no estaba bien, pero que bien lo hacía...

Camino a despacho, para recoger mi chaqueta y quitarme la bata, me toqué los labios pensativa. Había sido como un chute de adrenalina, me sentía como la cuerda de una guitarra, estaba tensa, pero más que deseosa de componer una gran melodía. Aquel tipo era un engreído, aunque eso no quitaba que me gustase. ¡Me gustaba!

—¿Hay algo que te preocupe? —La pregunta de Anahí me pilló por sorpresa, había olvidado por completo su presencia mientras me había dejado absorber por mis “preocupaciones”.

—No sé de qué me hablas.

—¿En serio? —Aquel era un interrogatorio en toda regla—. ¿Desde cuándo nos besamos con los pacientes?

—Fue un beso robado.

—Ya, porque yo habría jurado que fue tu lengua la que invadió su boca. Creo que deberías descansar. Al menos reconoce que te gustó que aquel bombón te besase.

—Me gustó y no está bien, tú lo sabes. No debí permitirlo.

—Cierto, no debiste hacerlo y me alegro de que te dejaras llevar por primera vez. Sonreías, cuando lo amenazaste parecías otra mujer. Deberías dejar salir a la Saray malota.

—¿Lo hice? Es cierto, ¡lo hice! —exclamé contenta —¿Puedo confesarte algo?

—Claro, y si la historia tiene un puntito de sexo mucho mejor —repuso

ella guiñándome un ojo.

—Hubo un tiempo que yo era una descerebrada como Max. —Me resultó extraño mentarlo—. Me metía en problemas y me encantaba la fiesta. Mi lema era, no puedes decir que sabes hacer algo si no lo has practicado hasta que te salgan agujetas.

—¡Me encanta ese lema!

—Hasta que me emborraché tanto que acabé con un coma etílico. —La sonrisa de Anahí se fue desvaneciendo. Yo misma comprendía lo que pensaba, no era la primera vez que contaba aquella historia y todos tendían a reaccionar de igual manera—. Lo peor fue despertarme y ver las lágrimas de mi madre mientras sostenía mi mano. Ella temía haberme perdido, me dijo... —Aún tantos años después, tras haber dejado aquel tiempo atrás y ser una respetable doctora sentía que aquellas palabras seguían desgarrando mi interior. Jamás creí que con mi comportamiento estaba haciendo tanto daño, pero lo cierto es que no eran meras gamberradas, estaba cruzando límites mucho más peligrosos de lo que yo creía—. Dijo que temía el día de mi entierro, que, aunque había despertado, no sabía cuánto tiempo pasaría hasta que volviera a encontrarme en alguna cama de hospital como aquella.

—Entiendo.

—No, no lo haces. No es bueno dejarse llevar, el control y la organización son buenas. ¿Te imaginas si todos hiciéramos lo que nos viniese en gana? —interpelé irónica.

—Cierto, pero como en todo ningún extremo es bueno. Llevas demasiado tiempo siendo perfecta y te estás perdiendo muchas cosas. Deja de culpabilizarte y vive un poco. —Iba a replicar cuando ella me tapó la boca—. Eres la mujer más testaruda que conozco, pero conozco el remedio perfecto. Hoy te vienes de juerga.

—Ni de broma —repuse cruzándome de brazos—. Creo que lo único que me apetece es llegar a casa y...

—¿No? Estoy dispuesta a plantarme en tu puerta con un par de moteros que estarán encantados de subirte sobre sus anchos músculos y llevarte como un precioso saco de patatas.

—No serás capaz...

—Cariño, soy capaz de eso y de mucho más. Ya me conoces. —Y lo cierto era que lo hacía y decidí claudicar. Quise pensar que no me apetecía tanto como a ella, solo estaba cediendo por chantaje...



**Saray**

## Capítulo 9

A lo largo de mi vida yo he sido la típica chica de tacones de aguja y vestidos coloridos. Siempre me ha gustado ese toque de perfume y que el pelo cayera sobre mi espalda. La sensación que me invade cuando me siento sexy es adictiva, sin embargo, mi definición de sexy por lo que parece es de puritanas.

—¡No puedes ponerte eso! —Era como tener a un torbellino destrozando mi armario. Nada de lo que había en su interior era de su agrado, tenía una queja absolutamente para todo. ¡Hasta le puso pegas a un abrigo! ¡Un abrigo! Tenía ganas de tirarle algo a la cabeza.

—No voy a ir enseñando el culo en un bar de mala muerte.

—No enseñé el culo, se le llama minifalda, abuela. —Bufé cuando mi blusa azul voló por los aires—. Hoy tienes que desinhibirte. Quiero que un maromo de los que quitan el hipo ponga los ojos, y lo que no son los ojos, en ti.

—Yo no soy como tú. —Tampoco me sentiría cómoda con más del ochenta por ciento de la piel expuesta.

—Hoy eres exactamente como yo.

Cuando Anahí terminó conmigo el espejo me devolvió a una desconocida. Yo nunca había tenido tantas tetas, creo que ese sujetador que me dejó tenía relleno. No obstante, lo que ella denominaba minifalda era más un cinturón algo ancho. Pretendía que llevara un tanga de hilo negro con aquel conjunto, ¡como para agacharme!

Cuando Anahí dijo que tendríamos guardaespaldas no mentía. Su nuevo chico, un grandullón de al menos metro noventa, lleno de tatuajes, y su amigo se plantaron ante la puerta de mi piso más puntuales que un reloj. ¡Me iba a ir a cenar a una cita a ciegas con un motero de una banda! ¡Yo!

Me aterraba que algún conocido pudiera verme, tenía una reputación que mantener, aunque al ver al que sería mi acompañante ya no me pareció tan mal.

Zack, que así se llamaba, no era el mejor orador. En realidad, se pasó la primera media hora del camino en silencio mirándome. Diré que llegó a

acojonarme, directamente me hice un ovillo en la parte de atrás de aquel coche negro, sin embargo, cuando al fin lo hizo me sorprendió. Supongo que nadie es lo que parece o al menos hay mucho más.

—¿Eres médico? —preguntó mientras Anahí “jugaba” bajo la mesa con su nuevo ligue y el camarero nos servía un par de tapas y un vino. Se suponía que aquello era una cena, yo preferí no opinar. Después, el plan, era bailar en un bar. Un plan redondo, ¿verdad?

—Sí —repuse seca.

—Yo quería ser jugador de fútbol —soltó él a bocajarro. Miré su chupa de cuero y volví a sus ojos verdes. ¿Jugador de fútbol? No lo veía.

—¿Y qué pasó? —Prácticamente tuve que escupir las palabras. Mi cara debía ser todo un poema. Nunca he sabido ocultar mis pensamientos.

—No era bueno. —Cuando dijo eso yo estaba bebiendo y por eso casi le escupí en la cara. Me entró la risa y él sonrió de vuelta—. Mucho mejor.

—¿A qué te refieres?

—No voy a comerte. Parecías... nerviosa. No es la primera vez que me pasa —reconoció con una sonrisa.

—¿Y cuál crees que es el remedio? —repuse coqueta. Él me sonrió con descaro y yo mordí un pedazo de aquel pincho de tortilla sin despegar los ojos de él.

Era agradable aquel coqueteo, era un hombre atractivo y me hacía ilusión. No obstante, desde aquella misma tarde, cuando Max, un nombre que se había grabado en la punta de mi lengua, me besó y dijo todas aquellas tonterías, no podía dejar de preguntarme qué habría de cierto en sus palabras. Quizás, puede que yo también quisiera volverme loca y tener un orgasmo tras otro. Mi vibrador era bueno, pero echaba en falta el calor y el deseo de otra persona, y mis elecciones al respecto no habían conseguido encenderme la sangre. ¿Qué podía haber más oscuro y sexy que un motero? ¡Tenía que dejar de pensar en don Viagra! Aquello era un calentón y no importaba quién lo solventara, ¿no? ¿Entonces por qué había guardado su número y miraba el teléfono cada diez minutos tentada a darle al botón de la llamada?

A medida que avanzaba la noche, y Anahí rellenaba mi vaso, aquellos argumentos que había usado para alejar la idea de ceder ante la propuesta de Max se difuminaban. También perdí el interés en la conversación de Zack, que muy galantemente me pasó el brazo por los hombros de camino al bar tras la cena.

Yo me dejé, sentía que estaba en tensión, lista para detener su avance.



Cuando nos acercamos a la barra él ya hablaba contra mi oído, decía que era porque con la música no conseguía hacerse oír. Yo sentí el cosquilleo de su aliento contra mi oreja, su fuerte brazo rodeando mi cintura... y me sorprendí al descubrir que me excitaba.

La mente humana es compleja, me dije mientras él se inclinaba más de lo necesario. Sabía lo que iba a hacer antes de sentir sus labios. ¿Nunca os han dicho que las comparaciones son muy malas? Pues lo son. Lo cierto era que por muy bueno que estuviera, o mucha experiencia que pudiera acreditar al respecto, faltaba algo. Zack me había babeado toda la boca y aquella sensación era asquerosa. Tal vez haya gente a la que eso le guste, pero... no pude soportar ni diez segundos. Lo aparté con rapidez tratando de ocultar mi cara de asco.

—¿Te ocurre algo? Pensé que era lo que querías —susurró contra mi oreja. Podía sentir cierta tensión contra mi cadera y creo que habría podido apostar cuales eran sus intenciones en aquel momento. Quería llevarme a la cama, por algún motivo estaba más que convencido de que lo conseguiría y puede que si no tuviera a Max revoloteando en mi cabeza hubiese estado en lo cierto, aunque sin besos ¡por supuesto!

—¿Y por qué pensaste eso?

—Anahí me dijo que querías desmelenarte. Quiero ser caballeroso, pero desde que te vi no puedo dejar de pensar en eso. Si quieres...

—Eres todo un caballero —repuse molesta. No me gustaba su forma de agarrarme, sus dedos se clavaron en mi cadera de manera posesiva. Su gesto lejos de agradarme me hizo empujarlo.

—¿He dicho algo malo? —preguntó preocupado.

—No, no es eso —aseguré yo. Su aliento alcoholizado me asqueaba. Sus labios gruesos no me parecieron tan atractivos y, aunque muchas no me darían la razón, después de haber probado sus besos a mi mente acudió el hocico de un asno—. No me encuentro bien. —Me agarré la cabeza y él me ayudó a acomodarme en una banqueta. Por su forma de mirarme supe que no terminaba de creerme.

—¿Te importa que me acerque a saludar a alguien? —Ni dos segundos había permanecido a mi lado tras negarle un final feliz, pensé sin culparlo realmente. Asentí y tomó ese pequeño gesto para abandonarme.

Anahí tampoco me había hecho mucho caso desde la cena, en realidad desde que aquel motero había aparecido. No dejaba de sobarle y, al amparo de la oscuridad, prácticamente estaba copulando en una esquina. ¡Y luego

hablaban de las apariencias! Sonreí alegrándome por ella. Esperaba que no acabase arrepintiéndose, aunque en su defensa diré que parecía estar pasárselo en grande.

Fue en esa banqueta, en una de mis profundas reflexiones con demasiado alcohol en sangre y el que se suponía que era mi cita hablando con otras dos mujeres, que estaban mucho más dispuestas que yo, cuando la tentación me pudo. Decir que no... ¿por qué me negaba?

La oscuridad tiende a ocultar esas cosas que nos avergüenzan, esas cosas que no nos atreveríamos a hacer a la luz del día. Puse el wasap.

No se me ocurría qué decirle, cómo presentarme... ¿lo hice? No me atrevía. Tampoco quería dejar pruebas, me sentía perseguida y la idea de que alguien dijera que no era profesional en mi trabajo... ¿Nadie había hecho nada que no debía en su vida? Pues aquella era la primera vez para mí en demasiados años.

Yo: *“Buenas noches, ¿piensas en mí?”*

¿En mí? Ni siquiera podía saber quién era yo. Si algo había seguro era que podía ser de cualquiera de sus ligues, estaba convencida de que eran muchos. ¿Y si pensaba que era la chica de la Viagra? ¿Iba a contestarme? ¿Y si lo hacía? Podía mandarme a la mierda...

Me quedé mirando la pantalla temblando. ¡Estaba escribiendo! ¿Cómo podía pasarse tanto tiempo tecleando? ¿Qué iba a mandarme, el último testamento?

Max: *“Pienso en muchas cosas, ¿me darás más pistas? Aunque si tuviera que pedir un deseo...”*

Y así me quedé. Me dejó intrigada, con un infantil deseo. Ojalá desease que fuera yo. ¿No había demostrado interés por mi persona? Quería pensar que no se comportaba de aquella manera siempre, aunque por lo poco que conocía de él no podía ser tan optimista.

Yo: *“¿Tantas mujeres hay en tu vida?”*

Esta vez la respuesta fue mucho más rápida.

Max: *“Ahora ya sé que eres una mujer.”*

Yo: *“¿Tan variado es tu menú?”*

Max: *“¿Qué entiendes tú por menú?”*

Fue en ese momento en el que me di cuenta de que no era tan complicado hablar con él. A la par de excitante, era divertido y yo tecleaba con una sonrisa enorme en el rostro sin prestar atención a nadie más.

Anahí se acercó sin hacer ruido. Colocó su mano en mi hombro y yo grité

asustada, en ese momento me alegré de que nadie pudiera escucharme.

—¿Quieres matarme? —pregunté histérica.

—¿Yo? ¿Acaso estás ciega? —inquirió ella.

—No sé a qué te refieres —repuse molesta.

—¿De verdad? —Me agarró la cara y me la giró hasta que vi qué quería decir. Mi “cita” estaba explorando tierras desconocidas. En concreto buscaba las amígdalas de aquella mujer. Ambos estaban emocionados y ella prácticamente se “rascaba” contra la pierna de él. Me recordaba a los perros que te montan la pierna siempre que están en celo, a mí me pasó en dos ocasiones—. ¿Qué crees que es lo que falla ahí?

—No me importa —grité contra su oído mientras me encogía de hombros—. No era mi tipo.

—Creo que ya hemos hablado de eso, tienes que arriesgarte. Dicen que Zack es incansable y sabe...

—No me importa —la corté. La miré con la decisión tomada, sintiéndome audaz, valiente. —Hoy quiero probar algo diferente. Me voy a casa.

—¿Y eso es una novedad? —Su ironía me hizo sonreír.

—Te lo contaré mañana. Muchas gracias —aullé sobre la canción que sonaba en ese momento besando la mejilla de la que, a pesar de sus excentricidades, era una gran amiga.

Y me levanté recogiendo mi chaqueta. Ella me miraba con toda la paciencia que logró reunir, para a continuación darme por perdida y volver a los brazos de aquel hombre que ya no tenía por qué seguir esperando para llevársela a un lugar mucho más íntimo.

Mi teléfono había vibrado dos veces más, pero no lo miré hasta que ya estaba en el interior de un taxi rumbo a mi piso. El conductor trató de entablar conversación, supongo que aquella minifalda que Anahí había insistido en ponerme había llamado su atención.

No obstante, mi interés se centraba en aquellos wasap, sentía mi corazón revolucionado, me sudaban las manos, pero estaban tan convencida con mi decisión que no podía esperar a llegar hasta mi cama. Creía recordar que tenía un conjunto de lencería sexy negro, lo que no sabía era cómo iba a hacerle la gran pregunta. No quería ser una descarada, ni parecer una desesperada. Tenía que tener cuidado y saber elegir mis palabras. Aquello era una noche loca, no debería tener consecuencias indeseadas. No quería conversaciones incómodas ni malentendidos.

Max: *“No debes creerte todo lo que hayas oído.”*

Max: *“Que conste que no digo que sí a nada, pero ¿tienes algo en mente?”*

Yo: *“Depende de lo que me ofrezcas, véndete bien.”*

Le di un billete al taxista tan pronto llegamos y me bajé sin esperar por el cambio. No podía apartar los ojos del teléfono, lo miraba lista para todo. No quería dejar escapar aquella energía, no quería rajarme. El beso de Max había sido explosivo y tenía que haber mucho más.

Él seguía escribiendo de nuevo. Yo estaba demasiado caliente. En aquel taxi me había acordado de su cuerpo y nuestra conversación. Mi mente algo achispada quería recorrer su piel con la lengua y mordisquear ciertas zonas.

Max: *“Soy bueno en muchas cosas, pero tendrás que ser más concreta. ¿Qué es lo que deseas de mí?”*

Yo: *“Estoy sola en casa.”*

Max: *“Creo que lo entiendo... pero si me dijeras qué llevas puesto creo que encontraría las respuestas que buscas.”*

Yo: *“¿Y si te dijera lo que no llevo?”* Pregunté descarada. Era una gran mentirosa, pues acababa de tirar el bolso sobre el sofá y quitarme los tacones.

Max: *“Creo que podría conformarme con eso.”*

Yo: *“Ropa.”* Mandé aquel mensajito a la velocidad de la luz. Mis dedos volaron sobre el teclado mientras sonreía como un lobo saboreando la reacción de él. Casi podía verlo, sentirlo...

Max: *“Dame una dirección e iré al infierno si es necesario.”*

Yo: *“¿Ya no quieres saber quién soy?”* Me sentí decepcionada. ¿Acaso no le importaba quién fuera mientras pudiera meterla en caliente? Yo quería una aventura de una noche, pero también deseaba sentirme especial y única entre sus brazos. Quería tocar el cielo, pero que él me viera cuando lo hiciera.

Max: *“¿Te enfadarías mucho si te dijera que ya lo sé?”* Aquello me dejó temblando, sintiéndome débil e indefensa.

Yo: *“¿Cómo?”*

Max: *“Doctora, desde que sentí sus dedos toqueteándome se ha convertido en mi obsesión. No podía permitirme perderla y, aunque le concedí unos días de margen, si no me llamaba no tenía pensado dejarla escapar.”*

Yo: *“¿Cómo lo hiciste?”*

Max: *“Doctora, ¿no recuerda haberme dado un toque? Pobrecita... ¿Por dónde íbamos? Creo que me estaba contando qué era lo que no llevaba puesto. Por cierto, yo ya tengo las llaves de mi coche en las manos y estoy*

*cargado a tope. Solo tiene que darme su dirección.”*

Aquel tío no perdía el tiempo. Max era un huracán que arrasaba con todo y yo me vería arrastrada tras él sin remedio. Aún estaba a tiempo de decirle que no, dejarlo en un par de mensajes inocuos.

Max: “*¿Tiene miedo? Prometo portarme muy mal, doctora.*” ¡Y me mandó una foto! Una imagen en la que tenía un condón entre los dientes y se levantaba parcialmente la camiseta. Si aquello no era lanzarse directamente a una aventura no tenía ni idea de qué sería entonces.

Yo: “*No le tengo miedo a nada y menos a alguien como tú.*”

Max: “*Cierto, yo soy más una tentación. Soy tu pastelito de chocolate y no dejo calorías extra.*”

Yo: “*¿Has usado muchas veces esa frase?*”

Max: “*Tengo todo un repertorio, pero es que esos preciosos ojos grises provocan molestias en cierta zona de mi cuerpo. No puede dejarme sufrir de esta manera, necesito que me revise de nuevo y le eche un ojo de cerca.*”

Yo: “*¿Y si lo muerdo?*” Sí, yo había escrito eso, ¡yo! Me tiré sobre el sofá riéndome y acabé saltando sobre aquel precioso sofá beige nerviosa.

Max: “*¿Y bien?*”

Yo: “*Te mando la localización por google maps siempre que aceptes.*”

Max: “*¿Qué es lo que tengo que aceptar?*”

Yo: “*Cuando me aburra te largas. Ni dormir, ni duchita, ni desayuno.*”

Max: “*Cómo se nota que no me conoces. De mí nadie se aburre, probablemente acabarás con agujetas y pedirás la repetición.*”

Yo: “*Lo dudo mucho.*” Y al mismo tiempo le mandé mi ubicación con un calor indescriptible.

Lo peor era la espera porque me permitía pensar. Por eso me deshice de la falda y el top. Me serví otra copa y puse música. Una melodía decadente que me envolvió y me hizo mecerme con descaro. Me encantaban aquellas canciones sensuales, en las que una voz ronca desgarraba mi alma. Yo me dejé llevar, volé con aquellas palabras y me acaricié la piel perezosa al tiempo que cambiaban de canción.

La música tenía la facultad de contagiarme su energía única, y la aproveché mientras hacía un striptease solo para mí. Me quedé desnuda y me miré al espejo del pasillo. Pellizqué mis pezones para sonreír a mi reflejo. Hacía mucho tiempo que no veía aquel brillo en el fondo de mis ojos y lo extrañaba mucho más de lo que creía.

Dejé la ropa en el cesto, más por miedo a lo que Max pudiera pensar al

llegar y caminé hacia mi dormitorio. Rebusqué en la cómoda hasta que encontré lo que buscaba, muchos dirían que aquel trocito de tela negra no podía llamársele ropa, pero era mucho más cara que el resto de la que guardaba. Decidí que prescindiría del sujetador. Por encima una ligera bata también negra.

Rebusqué algo más, eso que me daría el último empujón y sonreí al ver mi amado perfume. Dejé que dos gotas descendieran por mi escote con un ronroneo. Quería que enterrara su boca en zonas mucho más interesantes, pensé al tiempo que dejaba otra gota en mi ombligo y la veía descender con auténtico deleite.

Al final me senté a esperar, aunque llegó menos de diez minutos después. El tiempo justo para recordar el primer, y único día, que me había puesto aquel mismo tanga negro. No había salido bien.

Pegué un salto cuando sentí el timbre y apreté las manos formando dos grandes puños. Un segundo después corrí hacia la puerta.

—¿Quién? —pregunté con voz chillona. Me aclaré la voz sintiéndome tonta.

—Tu fantasía —respondió él. Yo sonreí contra mi puerta, me apoyé en ella unos segundos tratando de ganar confianza.

—¿Y si no estás a la altura? —Tenía dudas, aunque estaban más enfocadas en mi persona. ¿Y si al abrir la puerta él no me miraba con ese deseo intenso que había imaginado? Y si no lo hacía bien. Estaba acostumbrada a hombres que disfrutaban con el misionero y un par de besos. Lo cierto era que el mundo real había apagado la llama que otrora había brillado en mi pecho.

—Eso solo lo podremos saber si abres la puerta —argumentó él.

—Buen punto —añadí con una sonrisa. Abrí aquel picaporte sin llegar a apartarme. Él empujó con suavidad y yo di dos pasitos permitiéndole acceder a mi hogar—. ¡Estás impresionante!

Había conocido todo tipo de hombres, pero ninguno como él. Al tiempo que me levantaba entre sus brazos, y daba un par de vueltas conmigo, estiré la mano cerrando la puerta como pude mientras una risa escapaba de mi pecho.

—Gracias. —Me sentí pequeña, liviana. Él se movía con seguridad y cuando me dejó en el suelo lo hizo despacio. Dejó que mi batita resbalase contra su ropa y sonrió al ver como el escote se abría ligeramente y un pezón pasaba fugazmente ante sus ojos. Yo volví a cerrarla rápidamente mientras me ruborizaba.

—Cuando decías que estabas falta de ropa creí que mentías —dijo contra

mi oído. Un escalofrío descendió por mi columna vertebral. Incliné el cuello dándole acceso, cerré los ojos en una súplica silenciosa y él lo supo.

Sentí sus labios dejando pequeños besos aquí y allá. Aquel leve contacto fue incrementándose hasta que sus dientes tomaron el relevo y su lengua comenzó a jugar ejerciendo presión al tiempo que se introducía en mi oreja. Era mi primera vez, sí, podéis reiros, pero jadeé y me acerqué a él.

—Solo una noche —dije ronroneando. Lo comentaba más para mí misma que para él. Aún no había empezado y ya temía que terminara. Quería sentirme siempre como en aquel instante, retener aquella sensación que inflamaba mis labios más sensibles y me hacía boquear en busca de oxígeno.

—Entonces tendremos que aprovecharla bien —repuso Max agarrando mi pelo y obligándome a elevar el rostro. Buscaba mis labios y yo se los di.

Cuando mandé aquellos mensajes esperaba una conversación incómoda, un leve coqueteo en el que no sabría cómo empezar para pedirle amablemente que se quitara la ropa. No quería tampoco tirarme directamente a su cremallera, pero casi. Se lo agradecí en silencio.

Él se apartó ligeramente y yo sentí terror. Fueron como millones de cubitos de hielo apagándose por dentro. Temí haber hecho algo mal, me preocupaba mucho más de lo que quería reconocer lo que pensara aquel descerebrado.

—¿Ocurre algo?

—No, doctora. Solo estoy esperando a que ambos estemos en igualdad de condiciones —contestó Max al tiempo que extendía las manos.

—No comprendo —expuse mis miedos avergonzada. Bajé la cara y él volvió a acercarse.

—Solo quiero que me quites la ropa. Creo que será más cómodo para ambos.

—Yo... claro, sí. No sé en qué estaba pensando —susurré.

Quizás vio mi vergüenza o temió que me echara atrás, aunque poco importan los motivos. Él reemplazó mis palabras por su lengua y tomó mi boca con pasión. Sentí su lengua recorrer mi cavidad bucal hasta que me rendí. Me agarré a su cuello, dejando todo mi peso en él, y jadeé.

Max me rodeó con sus brazos y me llevó hasta el sofá, donde me sentó sobre su regazo.

—Me has llamado y yo soy tu genio. Supongo que si digo que solo has de frotar la lámpara mágica para que te conceda tus tres deseos me cruzarás la cara, pero... —expuso él —pero... —continuó tapándose los labios cuando me dispuse a contestar —No sé si vas a llamarme de nuevo, espero que sí —

confesó sin más —, sin embargo, es tu noche y soy tuyo por completo.

Me quedé mirando su ropa y dejé que mis manos volasen hacia sus botones. Una vez terminado con el primero el resto volaron. Él sonreía orgulloso mientras mis ojos devoraban cada porción de piel que quedaba al descubierto.

¡Cómo mejoraba sin la bata de hospital!

—¿Por qué te contienes? —preguntó de golpe al verme babear sobre sus abdominales.

—¿Yo? Yo no me contengo —aseguré poniendo de nuevo voz de pito. Quizás no dejara que mi instinto mandase sobre la razón, tal vez prefiriera hacer una lista sobre pros y contras antes de “arriesgarme”, pero nada de eso me convertía en una mojigata. ¡Era culpa del alcohol aquel miedo irracional a quedar mal delante de un hombre del cromañón cuya única virtud era saber...!

—¿Entonces nos vamos a quedar toda la noche mirando mis pezones? —cortó mis pensamientos de golpe.

—¿Eres siempre tan directo?

—Lo intento. Evita muchos malentendidos —argumentó Max. Sus ojos eran capaces de sonsacarme cualquier cosa, puedo asegurarlo cuando los fijó en los míos. Fue como si me hubiesen puesto un detector de mentiras y mi lengua se movió sola. Se soltó y una vez empecé no podía contenerla. ¿No había acordado conmigo misma que era una noche de locuras?—. ¿Qué es lo que desea doctora?

—Quiero morderte y quiero que me muerdas. Quiero que me tomes con fuerza y sentirte por todas partes, quiero sexo desenfrenado —confesé de carrerilla. No me detuve ni para tomar aire.

—Hazlo.

Y fue como soltar los fuegos artificiales. Rompí las correas que me sujetaban.

Él me miró y me lancé a su boca. Mordí su labio gruñéndole, sí gruñéndole. Fue un sonido animal desconocido para mí hasta aquel entonces, me sentí poderosa al verme reflejada en sus ojos, al ver aquella sonrisa colgada en sus labios.

Él deshizo el nudo de la bata y la abrió. Lo vi relamerse y sentí vergüenza, pero él no se dio cuenta. Max estaba demasiado concentrado en delimitar, con su lengua, el contorno de mis pezones que empezaban a estar demasiado sensibles. Convirtió una caricia en una leve tortura que me hacía moverme fruto de la ansiedad. Me frotaba contra él con la necesidad creciendo en mi



interior.

—Me encantan las mujeres hermosas, saben cómo tentarme sin necesidad de abrir la boca. ¿Cómo pretendes que no me vuelva loco con esto? — preguntó rozando con los dedos el fino hilo de mi tanga. Sonreí orgullosa.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Voy a abrir mi regalo. ¿No querías que te mordiera?

—No estarás pensando en... —Pero lo estaba. Giré la cara tentada a pararle, apreté las manos para contener aquella vergüenza mientras de pie ante él le permitía deslizar aquel pequeño trozo de tela por mis interminables piernas.

—Oh... —gemí. Sus dientes reemplazaron a sus dedos. Yo quería sentarme, sentía cierta debilidad, pero no me lo permitió. Agarró mi pierna izquierda y ayudándome la apoyó en su hombro. Era la forma perfecta de tenerme completamente expuesta ante él y ambos lo sabíamos.

—Otro día tendríamos que jugar con un poquito de nata y algunas fresas. Me estás dando hambre.

¿Quién podía unir dos palabras coherentes en aquella situación? Cuando más perdida estaba, en el mismo instante que enredaba mis dedos entre su pelo él me giró en el aire sin permitirme bajar la pierna. Me tumbó sobre el sofá y sonrió. Podía hacer conmigo lo que quisiera y yo lo dejaría, lo deseaba más de lo que había deseado nunca a nadie. Era necesario que entrara en mí para tratar de aplacar aquel fuego que quemaba mis entrañas y los dos lo sentíamos.

—Condón —dije en el límite de mi cordura.

—Cierto, pero no quiero alejarme. No te muevas.

—¿Cómo? —Sin embargo, él tenía una idea en mente. Tanteó por el suelo en busca de su cartera, al encontrarla sacó un importantísimo profiláctico de su interior.

Yo podía sentir mis tendones estirados al máximo, jamás se habían tensado tanto, no obstante, cuando lo sentí entrar de un golpe, bueno digamos que en ese momento no había nada más que me importase que aquellas estocadas que me hacían arquear el cuerpo y agarrarme a él.

Clavé mis uñas en su espalda, lo miré obnubilada, creyendo que había algo más de lo que realmente teníamos, ya que mi cerebro se negaba a reconocer una complicidad y una intensidad tan increíble entre dos personas que acababan de conocerse. Nos comprendíamos tan bien que íbamos uno al encuentro del otro, que juntos aunamos esfuerzos sin que tuviera que fingir en ningún momento. Estaba completamente entregada a aquel salvaje que se

enorgullecía de sus numerosas conquistas.

Y juntos, porque con él me sentí acompañada y completa, alcanzamos ese clímax glorioso. En ese instante sonreí al mirarlo y darme cuenta de que sus ojos también se habían quedado fijos en los míos. Unos segundos que nos dejaron a ambos completamente satisfechos, yo no quería hablar y él pospuso al máximo el momento, no quería salir de mí y yo sabía que, fuera de aquel momento, no había dos personas en el mundo que pudieran ser más diferentes.



**Saray**

# Capítulo 10

No soy una mala persona, simplemente algo arisca en ocasiones.

Cuando el deseo y el orgasmo se fueron quedando atrás también la comodidad que había llegado a sentir a su lado. Lo miré pidiendo en silencio que simplemente se vistiera y se largara, si realmente era como un genio de la lámpara mágica era la hora perfecta para que desapareciera. ¿Cómo le dices eso al tío que acabas de arañar mientras gritabas su nombre? Sabía que aquella conversación podía acabar muy mal.

—¿Quieres beber algo?

—Si te pones un chupito en cada teta bebo lo que quieras. —¿Podía aquel hombre tomarse algo en serio? Probablemente no, debí haberlo supuesto.

—Y yo siempre he querido comer unas criadillas. ¿Qué te parece el intercambio?

—Y yo que pensaba que el ceño fruncido era por insatisfacción sexual... Doctora, ¿quiere repetir? —Lo que quería era patearle un poquito los huevos.

—Quizás es por eso, creo que me has dejado exactamente igual mientras que tú parecías haber sido poseído. Te he visto poner los ojos en blanco. — Con aquel tío se me iba la pinza. Mientras hablaba entré en la cocina, al tiempo que me anudaba aquella minibata con fuerza. Él se había levantado a su vez y se acercaba peligrosamente a mi cuerpo, acorralándome contra la isla de la cocina. Lejos de lo que hacía normalmente no me acobardé.

Me levantó por la cintura y me sentó sobre la isla. Se acomodó entre mis piernas y sonrió lobunamente. Sus dedos jugaron sobre la tela de mi bata abriéndola y dejando al descubierto mis labios más sensibles.

—¿Sigues en pie la oferta? —Supe que había gato encerrado. No sabía qué quería responder, ¿cómo podía querer repetir tan rápido? ¿Dónde estaba la mítica frase de no soy una máquina y necesito tiempo para reponer?

—¿Quieres beber algo?

—Lo cierto es que sí. ¿Tienes un poquito de champán? —Negué con la cabeza—. ¿Vino?

—Yo no bebo.

—Eres una mujer muy responsable, me va a encantar llevarte al lado oscuro.

—No eres tan bueno. Es una noche, solo una noche. Estaba aburrida.

—¿En serio? ¿Aburrida? Creo que no has podido dejar de pensar en mí desde que tuviste la suerte de ver a mi anaconda de cerca. ¿Verdad amigo? —inquirió meneando su “anaconda”, que estaba a medio camino de una erección completa.

—Lamento desinflar tu burbuja, sin embargo, estamos aquí por culpa de mi amiga.

—¿Me estás catando para ella? ¡Ya puedes llamarla para un trío! —gritó él feliz. Bufé molesta.

—Eso no va a ocurrir. —Pero con él la tentación era demasiado grande, pensé mientras veía saltar su “anaconda” ante mis ojos.

En el silencio de mi cocina, él me ayudó a deslizar el culo sobre la isleta hasta que estuve a su alcance. Creo que tenía un don para ponerse el condón a la velocidad de la luz, era visto y no visto.

Se introdujo en mi interior y yo estaba tan sensible... no sabía lo mucho que necesitaba aquel descanso. En aquellos instantes yo era otra persona, la misma persona que solo dejaba salir cuando dormía, una mujer que no temía las consecuencias. El qué dirán era demasiado importante en mi vida y él jamás sería adecuado para mí.

Todas estas reflexiones se esfumaron cuando él me agarró la mano. Introdujo mi dedo índice en su boca y empezó a chuparlo aunando el ritmo con aquellos movimientos lentos recorriendo mi interior. Me llenaba por completo de una estocada para salir con lentitud. Mi piel estaba demasiado sensible, y él lo sabía.

—Doctora —jadeó contra mi oído. Su voz olía a sexo y a deseo, era un olor que invitaba al desenfreno, que me llevaba más allá —, voy a convertirme en tu consolador personal. Por mucho que rezongues no podrás dejar de pensar en mí, soñarás conmigo y recordarás esta misma sensación mientras te tocas. Solo yo podré llenarte, solo yo podré arrancarte jadeos reales. Volverás a mí.

—Eres un fantasma —repuse como pude.

Yo quería echarlo y acabamos sobre la isla de mi cocina, yo sonreí al notar un orgasmo mucho más intenso en mi interior. Max aprovechó ese momento para besarme, enredó nuestras lenguas absorbiendo mis jadeos y tembló tres veces en mi interior. Envolví sus caderas con las piernas unos segundos antes de dejarlo ir.



**Max**

# Capítulo 11

Yo soy un follador, no me interesan los nombres ni repetir. Ellas suelen quedarse colgadas de mis encantos, por mucho que todas decían ser diferentes. Esa era la historia de mi vida, de verdad, es más duro de lo que parece ser tan irresistible.

No obstante... ¡me sentó como una patada en los huevos ver como pretendía usarme y largarme! Lo que en el noventa y nueve de las veces sería la cita perfecta en aquel momento me jodió el ego. Ella debía estar cantando alabanzas en mi nombre, se lo había dado todo, hombre conocía varias posturas más y a lo largo de mi vida había probado varios juegos sexuales que escandalizarían a muchas, no obstante, había puesto mi alma en cada movimiento. Sin embargo, cuando me miró lo supe.

—¿Quieres que me vaya o he provocado un cortocircuito en tu cerebro? — pregunté más molesto de lo que reconocería jamás.

—Es tarde...

—No parecía importarte hace una hora cuando me hipnotizaste para que rascara donde te picaba.

—Eres todo un caballero.

—¿Miento? —Había encontrado a mi tocahuevos personal, porque su trabajo bien podía resumirse de esa manera... la otra palabra que me venía a la mente era mucho peor, quizás en ese momento estuviera algo molesto...

—¿Quieres un besito? —Su tono mimoso y burlón me hizo saltar sobre ella. La levanté a pulso y entre risas la llevé hasta su dormitorio. No habría sido educado ir a su casa y no permitirle que me enseñara el piso. Era una cama bastante amplia, pensé mientras la lanzaba sobre ella.

—¿En serio? ¿Te estás burlando de mí? —cuestionaba sus motivos para reptar sobre la cama porque si lo que pretendía era hacerme desistir de mis oscuras intenciones el hecho de menear aquel culito redondo ante mis ojos no era una buena idea. Creo que se dio cuenta cuando me lancé a por mí premio y mordí su nalga derecha.

Ella gritó, yo reí y ella me empujó con fuerza. Al momento los dos

estallamos en carcajadas.

—Debería dormir. —Su tono meloso y la forma en la que se desmerecieron eran peticiones silenciosas. Lo acepté porque no me quedaba de otra, pero no sin antes darle un ligero azote en el culo.

—¿Seguro que no quieres compañía?

—Tranquilo, estoy bien.

—Gracias a mí.

—Te das muchos méritos. Ni siquiera te has movido mucho, deberías practicar más.

—¿Aún más doctora? ¿Es esa tu recomendación médica? —pregunté con una sonrisa lobuna mientras me relamía. Ella asintió con los labios entreabiertos. No sé si lo hacía a propósito, pero la cabrona era un bombón. Ese chocolate perfecto que se deshacía a la temperatura justa en tu lengua, dejándote con un buen sabor de boca al terminar y muchas ganas de repetir.

Y sin embargo entre tanto juego ella no sabía cómo pedirme que me fuera de una vez y entre tanta broma yo pedía al cielo, por primera vez, que cambiase de opinión y me ofreciera la posibilidad de quedarme.

No lo hizo, yo no debía culparla. Las cosas habían sido lo suficientemente claras entre los dos. No tenía ningún derecho a montarle un espectáculo, por eso solo me vestí y me largué sin darle un beso siquiera.

—Buenas noches doctora.

—¿Estás bien? —Supongo que mis morros y mi forma de cruzar los brazos le había dado una ligera pista, era una chica muy lista.

—Eres testaruda, pero entrarás en razón.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —repuso ella. Temía que dijese la verdad.

No comprendía mi fijación con aquellos ojos grises. Para mí sentir aquella pasión arrolladora y entregarme por completo con ella había significado demasiado.

Y sí, habían sido dos polvos. Encuentros casuales entre dos personas jóvenes y sanas que buscaban un momento de placer, ¿podía haber algo más?

La miré justo antes de cerrar la puerta, ella salía del dormitorio con los labios todavía rojos a causa de mis besos y yo recorrí su cuerpo sabiendo lo que se escondía bajo la ropa. Un deseo que debería estar ya más que aplacado, pero que renacía con demasiada fuerza ante su presencia.

A mi cabeza acudió la idea de que sabía dónde trabajaba y siempre podría volver a necesitarla, aunque la idea no encabezaba la lista... ¿Hasta dónde



estaba dispuesto a llegar por conseguir que me volviera a llamar para acampar entre sus piernas?

¡Quizás quería algo más! Aquella idea me hizo sentir ridículo, parecía una de esas tías de novelas rosas que después de aceptar sexo pretendían cambiar al hombre y atarlo por siempre a ellas. Yo no era así en absoluto, no buscaba nada serio, solo que ella quisiera dormir abrazada entre mis brazos y despertarme a su lado a la mañana siguiente. Sabía que el tiempo apagaría aquella llama, nadie podía sobrevivir a la implacable monotonía, sin embargo, quería disfrutar de aquella emoción que me embargaba durante cada segundo de mi día.

¿Era eso demasiado? Ella era modosita, aún no había llegado a soltarse del todo y se cohibía en demasiadas ocasiones. Tal vez quería demostrarle que era mejor de lo que ella pensaba, una idea sutil, pero que la doctora había dejado entrever en varias ocasiones con ciertos comentarios que había soltado.

—El genio se marcha, si quieres frotar de nuevo la lámpara mágica tendrás que pedirme una cita —solté de pronto. Me sentí ridículo al momento, quería que la tierra se abriera bajo mis pies y me tragase. La miré y ella sonrió, supongo que no sabía qué podía responder a eso—. Sin presiones.

—Lo tendré en cuenta —respondió.

¿Lo haría? ¿Pensaría en mi propuesta? ¿Por qué estaba tan ansioso por algún mensaje o señal cuando solo había cruzado la puerta de su departamento hacía solo unos minutos?

Mi mente no dejaba de trabajar, pero eran horas intempestivas y aunque, no con ella, ya me había tomado un par de cervezas. No era el momento, me dije.



**Max**

## Capítulo 12

Cuando tienes unos amigos que son unos cabrones no queda de otra que hacer de tripas corazón. Los muy... pretendían que hiciera un video donde contara mi “experiencia” con la Viagra. No podría salir nada bueno de aquello, sobre todo porque en medio de aquella peculiar historia primaba más el nombre de Saray que el de la tía con la que había compartido aquel polvo eterno de tres horas. ¡Nunca, jamás, volvería a estar tanto tiempo dándole al tema! Exigiría al menos media hora de descanso cada dos. Creo que sería un buen acuerdo. Sí, esta era alguna de mis grandes reflexiones a lo largo del día.

Una semana normal impartiría clases de lunes a viernes y estaría ocupado. En verano tenía todo el tiempo del mundo para rallarme. Mis amigos, en ese asunto no estaban ayudando en absoluto. Es más, los cabrones estaban más que interesados en conocer a la tía que me había “pinchado”.

—Al menos ahora ya sabes lo que es que te agujereen a traición —soltó Leno. Lo miré con una sonrisa arrogante—. Aunque me da pena la pobre mujer. Max, sé que las comparaciones son odiosas, pero de nosotros eres el que menos dotado está...

—¿En serio? —pregunté —¿Comparamos?

—¿Estáis fumados o qué? ¿De verdad estáis pensando sacaros el rabo y ponerlos a jugar a las espadas laser? —escupió Marcus con cara de asco.

—Mejor lo dejamos en empate —concluí derrotado. Aquellos cabrones habían compartido varias duchas conmigo en los gimnasios y por mucho que dijeran todos habíamos “echado un ojo” a la competencia.

Estábamos en el salón de Leno, compartiendo unas cervezas mientras repasábamos varios vídeos, después tocaba edición y subirlos, sin embargo, en aquella composición faltaba el mío y ninguno de ellos quiso pasarlo por alto.

—Podríamos hacerle una entrevista a la doctora. Seguro que podría darnos un punto de vista mucho más serio. Quizás lo que te ha pasado pueda ayudar a muchos otros en el futuro... —manifestó Marcus antes de estallar en carcajadas.

—¡Esta vez no voy a salir y punto! No me apetece hablar de ello —concluí algo molesto.

—¿Has quedado traumatizado? No es para menos. Quizás podríamos posponer lo del embarcadero una semana. Seguro que nuestros followers nos lo perdonan. Creo que este reportaje podría convertirse en viral, ¿verdad chicos? —propuso Carlo. ¡Incluso él!

—No creo... pueden escapárseme ciertos secretos... ¿recordáis lo que ocurrió en la fiesta de hace tres años? Creo que Carlo podría darnos más detalles. —Por su cara supe que había ganado.

—No, no, no hace falta —negó Carlo nervioso. Sus ojos verdes mandaban amenazas silenciosas en mi dirección—. Aunque algo tendremos que poner, se notará tu falta —concluyó él con una sonrisa tensa.

Y algo pusimos. Me tocó hacer mi propio monólogo sobre un gran tema: ¡La Viagra!

Solo ante la cámara, vigilado por los tres mamones de turno, me vi dispuesto a soltar un par de burradas. Era sencillo, yo elegiría por dónde llevar el tema.

*“Como todas las semanas hemos decidido aderezar nuestras vidas con un poco de locura. Ese toque que tanto os gusta. Supongo que estáis ansiosos por saber cuáles son las novedades.*

*Pues se nos ha ocurrido probar algo diferente. Vamos a hablar de nuestras experiencias con la Viagra. Sí, habéis oído bien, ¡La Viagra!*

*Quizás nunca la habéis probado, una pastillita azul capaz de haceros tocar el cielo o el infierno. Mis tres compañeros han tocado las nubes durante unas horas.*

*Esa pastilla ayuda a los hombres a poder cumplir cuando una belleza quiere guerra, no es que la necesitemos, pero lo que nadie nos cuenta es la otra gran verdad... ¡Esos cabrones debían poner en letras grandes lo que puede pasaros!”*

De verdad que no quería hablar de eso, pero tampoco conseguí parar. Me sentía tímido, aunque esa palabra tampoco describía la totalidad de emociones que me embargaban.

*“Aunque no lo creáis, vuestra integridad, si algún día decidís tomarla, está en juego. Puede que todo vaya bien, pero si no... horas y horas de sexo sin control. Eso es algo por lo que todos pagaríamos, ¿verdad? ¡Pues no!*

*El sexo será increíble hasta el punto que parezca que la dama esté tratando de encender un fuego, literalmente. Llegó un momento en el que*

*creí que la piel se me caería a tiras.*

*¿Alguno de vosotros ha tenido que parar a una belleza y decirle que no? ¡Pues no es fácil! ¡Se niegan! Aunque dolía gustaba. No pretendo que lo entendáis. ¿Queréis saber qué me pasó? Sencillo, como soy un dios y no como estos enclenques, no era capaz de que se me bajase.”*

Tomé aire, estaba eufórico y de pronto tenía mucho que decir al respecto. Las grandes compañías se forraban gracias a hombres trabajadores y crédulos como yo, bueno, puede que no fuera un santo, pero me merecía saber lo que me jugaba.

*“Tras unos quince minutos sentí que estaba listo. No os daré muchos detalles porque soy un caballero, pero eso era increíble. ¡La leche! ¡La hostia! Ahí lo dejo... Probé todas las posturas que se me ocurrieron e hice más ejercicio que en las últimas semanas.”* Añadí guiñándole un ojo a la cámara.

*“Sin embargo... No es todo tan bonito y cuando empezó a doler supe que algo iba realmente mal. Lo cierto es que estaba preocupado, no me sentía capaz de pedir ayuda. ¿Os lo imagináis? Al final no me quedó de otra y la doctora, o sí... ella sí que se lo pasó en grande... Creo que fue la que más disfrutó de los tres.*

*Mejor no digo más, yo fui valiente, pero es algo que por vuestro bien no os animo a vivir. Es mejor durar diez segundos que diez horas, os lo prometo. ¡Me amenazó con perder a mi amigo más fiel! ¿Qué iba a hacer yo sin... sin...? Ni siquiera soy capaz de decirlo. Y por eso os animo a cascárosla en el baño, ver las películas que sean necesarias, pedir un baile sexy... cualquier cosa antes de recurrir a ese veneno azul que casi acaba con mi vida. Últimamente me llaman dramático, pero durante una hora vi mi futuro y os aseguro que hay cosas que no merecen la pena. ¡Abajo la Viagra!*

*Y dicho esto os dejo con tres aburridos vídeos, todos sabemos quién es la estrella de este canal.*

*Hasta la próxima.”*

Y después de esto puse una excusa y me largué. No dejaba de pensar en Saray, en la noche que pasamos juntos y veía una posibilidad en calentarla. Todos tenemos sangre en las venas y yo tenía que gustarle si había sido el elegido para una noche loca. Tenía que jugar bien mis cartas.

Aún no había terminado de despedirme de aquellos tres piezas y ya tenía el teléfono en la mano. Me había pasado varias horas mirando la imagen de su wasap y me sentía estúpido. Yo no era de desear y mandar flores, haría que

estuviera tan caliente que la siguiente vez me recibiría directamente en cueros. ¿Quién había dicho que en el amado arte de conquistar a una mujer había que ser romántico? Yo nunca lo había sido.

Yo: *“Buenas tardes doctora, tengo un problema y creo que puede ayudarme.”*

No esperaba una respuesta tan pronto, creo que no era el único que estaba colgado del móvil. Ya veía cierta ventaja, esa misma noche no tenía ningún tipo de planes a la vista y ella estaba de muy buen ver.



**Saray**

## Capítulo 13

Soy una persona responsable, eso pensaba. Era el décimo paciente y los miraba con hastío, en lo único que conseguía pensar era en mi noche ardiente con Max y Anahí se dio cuenta demasiado pronto. Sus ojos me interrogaban cada vez que un paciente salía por la puerta y no pudo evitarlo más.

A nadie le gusta estar encerrada trabajando a las doce de la mañana cuando podría estar en la playa. Quería, ansiaba, mis adoradas vacaciones y me quedaba una semana. Debía ser profesional, yo disfrutaba con mi trabajo por mucho que pudiera parecer lo contrario.

—¿Vas a contármelo ya? —preguntó mientras revisaba la lista de pacientes. Había varios que llegaban tarde y, si finalmente aparecían, ninguna de las dos saldríamos a nuestra hora. Era raro el día en que lo conseguíamos —Creo que la otra noche dijiste que ibas a hacer una locura. Me merezco conocer los detalles.

—No vas a callarte hasta que te lo cuente, ¿verdad? —La miré con cara pícara. Necesitaba debatirlo con alguien, necesitaba que alguien pusiera algo de cordura en todo aquello, aunque no creía que ella fuera la más indicada era la persona en la que más confiaba a pesar de estar como un cencerro.

—¿Y bien?

—Vale, vale... —contesté haciéndome de rogar. Esperé dos segundos antes de que ella golpease mi brazo —Tuve un encuentro muy seguro con alguien que has conocido.

—¿Cuándo dices encuentro significa sexo o es algún tipo de argot extraño? —inquirió ella confusa.

—Y del sucio. Creo que empiezo a ver tus argumentos. Estuvo bastante bien. —Le concedía pocas victorias porque Anahí tendía a exagerarlo todo.

—¿Bastante? Uff, eso no suena bien. ¿Solo bastante o lo suficiente para que te temblasen las piernas? Si es lo segundo me alegro por ti —concluyó sonriente.

Yo creía que iba a decir mucho más, sin embargo, de pronto me faltaban las palabras. No era con ella con quién deseaba hablar, aunque seguro que ella



tendría una conversación mucho más interesante.

Mi teléfono vibró y lo cogí al instante. Quería que fuera él, tampoco wasapeaba con mucha gente más. Abrí aquel mensaje con las manos sudorosas y los dedos temblando.

—¿Es él? —Ella debía tener un radar. No hizo falta que le contestase para que lo supiera. Me quedé con cara de tonta y una sonrisa enorme, de esas que te ocupan toda la cara.

—No debería contestar.

—Pero lo estás deseando. ¿Es por él por el que has estado tan despistada? —preguntó con una sonrisa.

—No estoy despistada —refuté mientras mis ojos volvían a su mensaje. Fue mayor a mí, mis dedos ya estaban tecleando antes de que les diera la orden.

Yo: *“Ya no eres mi paciente. Deberías hacértelo mirar por otro, creo que puede ser grave.”*

Con él me volvía atrevida, él despertaba a una Saray desconocida para mí, cuando le contestaba me sentía capaz de seducir al mundo. Me volvía poderosa, quizás era solo una sensación, sin embargo, era adictiva.

Max: *“Me duele la espalda. ¿Debería echarme crema? Creo que algún gato se ha colado en mi piso y me ha arañado a conciencia.”*

Yo: *“Posiblemente deberías cerrar mejor la ventana para evitar ese tipo de contratiempos.”*

Max: *“El resto me ha gustado. Quizás solo debería atarte las manos al cabecero de la cama la próxima vez. Te vuelves demasiado agresiva cuando te acercas al climax doctora.”*

Al leer aquellas palabras me sonrojé. Miré a Anahí que se había acercado y escondí el teléfono.

—Deberías llamar al próximo paciente, si seguimos posponiéndolo no saldremos de aquí en todo el día —dije casi sin voz. Tosí varias veces para aclararme la garganta y dejé el teléfono con la pantalla hacia abajo.

—Como desees —repuso ella levantándose y abriendo la puerta.

Fue complicado examinar la cavidad anal de aquel anciano. Lo digo porque él se retorció como una culebra y gemía de una forma extraña, no creo que fuera de placer, aunque no habría sido la primera vez que protestan para “descubrir” que aquel procedimiento no era del todo desagradable.

—Andrew, deberías tranquilizarte. Terminaré enseguida —aseguré yo mientras miraba a Anahí de reojo.

—Eso espero. No es plato de buen gusto. Estas cosas no pasaban en mis tiempos —dijo él con voz grave.

Era un hombre encantador y le tenía mucho cariño. Venía cada pocos meses, no le realizaba ese tipo de pruebas cada vez que acudía a mi consulta, pero él estaba obsesionado con el cáncer. Tal vez se debiera a que había perdido a su esposa a causa de la misma enfermedad, aunque claramente el de ella no había sido de próstata.

Había muchos motivos para visitar a un doctor, aunque en contadas ocasiones aquellos hombres solo necesitaban hablar. Otra persona los habría largado con viento fresco, pero yo podía ver mucho más que unas líneas en su historial.

Aquel hombre había sido soldado, había perdido a una mujer y no había podido tener hijos. Al salir de mi consulta Andrew volvería a una casa vacía, apenas le quedaba familia y, como él mismo decía, los años estaban desgastándolo cada vez a más velocidad. No siempre le coges cariño a un paciente, pero con él yo había descubierto mi talón de Aquiles.

—¿Y qué se cuenta? —pregunté yo tratando de darle conversación para que olvidase que estaba moviendo ciertos dedos dentro de su cuerpo. Miré la pared del fondo mientras lo hacía, era lo mejor.

—He contratado internet. En el centro del que le hablé nos enseñaron a usarla y decidí modernizarme —contestó con orgullo. Yo sonreí al ver lo emocionante que era para él algo que para mí no tenía nada de excepcional.

—Me alegro mucho.

—Vuelve a repetirme lo del secreto médico paciente —pidió Andrew.

—Casi me asustas. ¿Qué has hecho ahora? —inquirí al recordar la última vez que me había dicho lo mismo. ¡Se lo había preguntado a un vecino suyo que estudiaba abogacía! En ocasiones todos nos comportamos como niños.

—¿Sigue vigente el secreto ese?

¿Qué había hecho aquel adorable anciano la última vez? Antes de nada, tendré que ponerlos en antecedentes. Andrew enviudó hace ocho años, según él ocho eternos años. Para él, incluso a su edad, el sexo era algo regular. Decía que con su Alba tenían un calendario para conseguir que la llama nunca se apagase. También me reconoció que su mujer había decidido cancelarlo un año antes de su muerte, pero siempre contaba que un solo beso de ella era suficiente.

Trataré de no irme por las ramas, lo cierto es que ellos dos se habían amado de verdad. Era uno de esos amores que el tiempo no había conseguido

desgastar, yo tampoco me lo habría creído si no lo hubiese visto con mis propios ojos, pero allí estaba él. Bien vestido, con aquella extraña pregunta en los labios y otra más que quería hacerme.

—¿Me moriré si contrato a una señorita? —Sí, eso fue lo que me dijo. Según él había buscado la mejor forma de preguntármelo, aunque se me ocurrían unas cuantas. Todo esto me lo contó tras describirme detalladamente sus problemas de micción. ¡Para que luego digan que mi trabajo es aburrido!

Pues bien, Andrew quería volver a salir al ruedo, pero huía del amor. Temía que alguna mujer llegara a hacerle sentir algo más profundo que el cariño pues no quería traicionar a su mujer. Estaba convencido de que ella lo seguía observando y cada noche se despedía de Alba doblando su lado de la cama con cariño. Aquel era uno de los muchos detalles que tenía con ella y me contaba en sus visitas.

—¿Señorita? —No trataba de interrogarlo, pero en aquella ocasión estaba perdida. Todavía no conocía su personalidad a fondo. Supongo que al empezar en mi trabajo veía a los viejecitos como personas apagadas, sin ningún tipo de “deseo”. Pensaba en ellos como si simplemente esperasen la muerte lo mejor que podían. (No digo que me hubiese parado mucho a pensar en eso.)

Pero no podía estar más equivocada. Que el cuerpo no les respondiera como antaño, no significaba que no desearan ese placer animal que habían disfrutado de jóvenes, o en ocasiones un simple abrazo cargado de mucho más que cariño. Yo aprendí mucho de todos mis pacientes a lo largo de los años, sin embargo, he de reconocer que Andrew ha sido el que más me ha enseñado.

—Una hermosa mujer que accede a tocar a un vejestorio como yo a cambio de dinero. —Aquel día sentí pena por el asco que percibí hacia él mismo cuando lo dijo. Bajó los ojos sintiendo vergüenza, como si él ya no tuviera derecho a pensar en ciertas cosas—. Sé que mi corazón ya no es el que era. Si me hubiese visto de joven... era un hombre de esos que las mujeres de hoy en día llaman sexys. —Esto último lo dijo con un acento muy extraño y divertido.

Y es que a un médico a veces vamos a confesarnos, a hacer esas preguntas incómodas que no reconocemos ni ante nosotros mismos. Por eso un médico ha de saber trazar cierta línea.

—Si lo hace con cuidado no debería pasar nada. Sabe que no puede tomar Viagra ni ningún tipo de estimulante, pero si consigue una erección y no se fatiga no creo que haya problema —contesté con una sonrisa—. Deje que ella haga todo el trabajo.

—No sería caballeroso por mi parte. Sé que esas jóvenes lo hacen por necesidad en muchas ocasiones y compensaré su sacrificio. Sabe —comentó con tristeza —, es la única que aceptaría estar conmigo a estas alturas, pero le merecerá la pena. Tampoco tengo a nadie más a quién dejarle lo que tengo — confesó encogiéndose de hombros como si aquello no le doliera. Y como aprendería en el futuro sonreí, sonreí para que no viera que me dolía por él, que habría deseado que hubiese tenido hijos y nietos que llenasen su vida de risa y alegrías.

—Estoy segura de ello —concluí aquel día deseando volver a verle y conocer el desenlace de aquella aventura. (No los detalles escabrosos) No obstante Andrew conseguía sacar algo bonito y romántico de las situaciones más inverosímiles.

*“El amor tiende a hacernos mejorar. Lo hacemos por nosotros, porque queremos que nos vean dignos de ese amor, pero solo lo conseguimos cuando es la persona indicada.”* Me dijo una vez cuando le pregunté por qué seguía poniendo un plato en la mesa para su mujer. *“No siempre fui tan buen partido”* repuso él en aquel instante.

Puestos todos en antecedentes podéis imaginar que sentía, cuando menos, curiosidad por saber qué era lo que me preguntaría esta vez.

Decidí terminar primero aquella exploración antes de seguir con la conversación. Prefería estar sentada al otro lado de mi mesa.

Me saqué los guantes en silencio, anoté un par de cosas y le palmeé la espalda. Él se vistió con dignidad, abrochándose con fuerza el cinturón y yo le pedí que se sentara señalando la silla. Creo que Andrew también empezaba a conocer mis costumbres, pensé al ver que no hacía ninguna otra pregunta.

—Andrew, sabe que siempre seguirá vigente. Todo lo que hablemos entre estas cuatro paredes quedará entre nosotros.

—Espero que sea mejor que con los curas, ellos tienden a los chismes — agregó él. Yo sonreí ante su anotación.

—¿Y bien?

—He descubierto unas páginas muy interesantes. Dicen que son señoritas que quieren hablar conmigo, ¿te lo puedes creer? ¡Conmigo! No soy tonto — agregó al ver que iba a interrumpirlo. En ocasiones con la edad eran también demasiado crédulos —, sé qué son y que quieren mi dinero, pero me preguntaba si podría darme algo para que no se rozara.

—¿Perdón? —Casi me atraganto, aparte de que no había entendido bien lo que me estaba preguntando. Creo que me estaba perdiendo algo.

—Bueno... cuando veo esos vídeos yo me toco... ¿Sabe lo que quiero decir? —¡Vaya si lo sabía! ¡Por el amor de Dios!

—Claro, continúe. —Lo que yo pensase se quedaría escondido en mi cerebro, mi cara seguía mostrando mi gran sonrisa mientras trataba de entender su problema.

—Está muy seca. Cuando lo hago muchas veces al día acaba doliendo y escociendo. Creí que podría darme algo para que estuviera más mojada, como cuando entro en una mujer y está húmeda. —Estiré las manos pidiéndole silencio. Respiré un par de veces y miré a Anahí, ella por su parte estaba conteniendo la risa.

—Comprendo. Claro, le daré algo para lubricar la zona. Recuerde que todo en exceso puede ser perjudicial —agregué con mi voz más profesional.

—¿Cómo va a ser eso malo? —repuso él irónico —No me divertía tanto desde que era un chaval. Antes lo hacía a escondidas, descubrí muy joven que me gustaba tocarme, ¡pero vaya si lo hacía! ¡A todas horas! Incluso cuando mi madre me mandaba llevar al monte a las vacas no podía evitarlo. Creo que traumatiqué a más de una, pero eran otros tiempos.

En aquel momento estaba respirando por la nariz y tenía los labios firmemente cerrados.

Le di una receta y él se levantó cabeceando a modo de agradecimiento. Casi se inclinó mientras abría la puerta y yo esperé hasta que la hubo cerrado para mirar de nuevo a Anahí.

—Siempre estoy deseando que sea alguien como él el paciente. A su edad espero ser igual. Creo que voy a tener a mi ginecólogo agobiado —dijo Anahí.

—Y yo... —contesté mientras volvía a mirar el teléfono.



**Max**

# Capítulo 14

Llevaba media hora esperando una respuesta. Una respuesta que empezaba a dudar que llegase. Quería volver a verla y escuchar su voz.

Decidí darme una ducha, pero al cerrar los ojos solo la veía a ella. Mientras estaba bajo el chorro deseaba que ella estuviera conmigo, quería probar muchas cosas a su lado, sin embargo, yo nunca creí en el amor. Tal vez un deseo intenso, la necesidad de estar con otra persona a todas horas, pero estaba totalmente convencido de que esa intensidad desaparecería. Tal vez una semana o dos, sin embargo, hasta que eso pasase ella se había metido en mi cabeza.

¿Por qué renegaba del amor? Nadie puede odiar algo que no haya probado, algo que no lo haya destrozado. Ahora era un cínico, pero hace diez años creía en el final feliz. Estaba convencido de que aquel encoñamiento era el final de mi camino, que Laura era una diosa y que yo había encontrado a mi alma gemela. ¡Mi alma gemela!

Yo era un chico codiciado, al menos eso decían, por mi parte solo tenía ojos para mi novia. Qué grande sonaba aquella palabra en aquel entonces, para mí significaba un compromiso y me había costado un mundo hacer la gran pregunta. Ella estaba tan feliz a mi lado que creí que yo era suficiente.

No me malinterpretéis, era un crío, no obstante, ciertas cosas pueden marcar más de lo que parecen. Ella era hermosa, lista y traicionera. Su sonrisa era capaz de iluminar la noche, pero ella lo sabía y lo usaba en su beneficio. Si había algo que Laura quisiera no se detenía hasta que lo conseguía y yo solo había sido una estela más en la que sería una gran vara.

¿Por qué me venía aquello a la mente justo en medio de mi ducha? Quizás porque hacía justamente diez años desde que no sentía aquella emoción tan intensa. El motivo poco importaba, al menos ya no. Diez años atrás me rompieron el corazón y no iba a darle poder a nadie para hacerlo de nuevo. No quería encontrar a nadie con mi chica y menos en mi cama. No quería tener que ver como ella salía de entre las sábanas completamente desnuda mientras trataba de inventarse una historia estúpida.

Lo peor de todo era que yo había querido creérmela, lo necesitaba. No me sentía preparado para dejarla ir y creía que era mejor fingir, confiar en que había sido un error y que ella me quería de verdad. El alcohol era una excusa plausible, no fue suficiente.

Por mucho que traté de olvidar aquel instante empecé a ser arisco con ella y poco a poco el gran amor que creía sentir se convirtió en resentimiento, pero no solo hacia ella. Las mujeres eran traicioneras, quizás no todas, sin embargo, dolía demasiado arriesgarse.

¡El teléfono! Le había puesto sonido por si ella contestaba. Me contradecía a mí mismo, sobre todo porque había decidido pasar de la doctora mientras internamente deseaba que volviera a escribirme.

En mis prisas por llegar hasta el dichoso aparato me golpeé la espinilla y no secarme provocó que acabase patinando por el pasillo. Tuve suerte de no acabar estampado contra la pared del fondo y sentí que el corazón se me salía por la boca, pero al final lo logré. Sonreí nervioso mientras lo desbloqueaba. ¡Era ella!

Saray: *“Hablemos claro. Fue sexo, solo sexo. ¿Qué quieres ahora? Arriesgar no va conmigo y no me gustas.”*

Yo: *“Auch, doctora. Deberías tener más cuidado con tus palabras, hacen daño. Soy un hombre bastante sensible, pero esta vez lo dejaré pasar.”*

Saray: *“No quiero juegos en mi vida, soy feliz con mi anodina existencia.”*

Yo: *“¿Entonces no quieres repetir? ¿No quieres que cubra tu cuerpo con nata y me dedique a retirarla durante toda la noche mientras te penetro sin control? ¿No estás deseando que te tumbes sobre la cama y dibuje sobre tu piel? Dime que sí porque yo llevo pensando en eso todo el día.”*

Pocas veces me había salido tan poético. No seáis crédulos, eso era poesía para los oídos de una dama. Pocos pondrían tanto empeño en conseguir que gritara de placer como yo y eso también tiene su mérito.

Saray: *“Sé que el amor verdadero existe, no me sirve un sucedáneo por muy bien que sepa hacerlo. Quiero mucho más.”*

Yo: *“Vas muy rápido doctora. Ambos sabemos que a mí no me van esas tonterías, pero estás libre y nada te impide poner la máquina a punto.”*

Saray: *“Eres encantador...”*

Casi pude paladear su decepción en esas palabras y no me gustó.

Yo: *“De serpientes y por eso me gustas. Antes de que te cabrees, las tías sois muy dadas a eso, quiero que sepas que disfrutar del día a día no está*



*mal. Puede que, aunque busques ese gran amor toda tu vida nunca aparezca.”*

Saray: *“¿No entiendes el concepto de aventura de una noche?”*

Yo: *“Sí, pero a mí me gustan más los cruceros. A veces una noche no es suficiente, creo que ambos necesitamos algo más...”*

Y ella parecía estar de acuerdo, aunque tardó bastante en escribir aquellas pocas palabras.

Saray: *“Solo acepto porque no tengo nada más que hacer.”*

Yo: *“Cabezota.”*

A veces, a pesar de que no eran más que palabras sin ningún tipo de contexto, al leer las conversaciones se podían vislumbrar emociones y aquel cabezota iba teñido de un tono demasiado ñoño por mi parte. Lo habría borrado, pero ya no merecía la pena porque estaba completamente seguro de que lo había leído y habría quedado mucho peor.

Saray: *“Acepto con una condición. Yo mando, harás todo lo que yo te ordene.”*

Yo: *“Ya estoy cachondo doctora.”*

Saray: *“Y a mí me quedan muchas horas por delante.”* Reconoció ella.

Yo: *“¿Quieres hacerlo más divertido?”*

No era la primera vez ni sería la última. Una conversación caliente, ella tendría que aprender. Nadie iba a revisar nuestros mensajes, los borraría ante ella si era necesario, pero era el momento de usar palabras guarras.

Saray: *“¿Qué estás insinuando?”*

Yo: *“Yo no insinúo doctora. Quiero entrar en ti y montarte toda la noche, pero como aún queda mucho hasta entonces...”*

Saray: *“¡No puedo tener este tipo de conversaciones en el trabajo! ¡Estás loco!”*

Yo: *“Solo quiero que calentemos motores. Tampoco tienes que escribir, solo con imaginarte sonrojándote mientras te detallo como mordisquearé tus pezones es suficiente para mí. Soy un hombre sencillo.”*

Sonreí orgulloso. En realidad, ya estaba cachondo perdido, pero no tenía pensado hacer nada sin ella. Me reservaba, aunque no lo creáis eso era mucho teniendo en cuenta que aprovechaba la más mínima ocasión para...

Saray: *“Supongo que no puedo controlar el tipo de mensajes que recibo...”*

Yo: *“¿Eso es un sí?”*

Saray: *“Yo no acepto ni niego nada. No puedo tomar decisiones por los*

*demás.”*

*Yo: “Doctora, eres una de las personas más complicadas que conozco.”*

*Saray: “Y tú empiezas a ser bastante aburrido.”* Mi chica, bueno la doctora, quería guerra y yo era el mejor en ese terreno.

*Yo: “Preciosa yo estoy más que ansioso por plantar la bandera en una cumbre tan bonita, ¿quieres que hablemos en código o prefieres que sea un animal?”*

*Saray: “¿Puedo elegir? No sabía que tenía esa posibilidad.”*

*Yo: “Deberías dar las gracias, no suelo dar esa posibilidad. Supongo que una foto de tus encantos está descartada.”*

*Saray: “Jamás haría una tontería semejante. No confío tanto en ti, ni en nadie, para hacer algo parecido.”*

*Yo: “Yo sí que confío en ti, doctora.”*

*Saray: “¡Ni se te ocurra!”* No tardó ni dos segundos en contestar. Creo que la había puesto nerviosa. ¡Qué poquito aguante tiene la pobre!

*Yo: “¿Ocurre algo? Creo que he escuchado tu grito desde aquí.”*

*Saray: “Recuerda que sé cómo hacer dos cosas: usar un bisturí y hacer una vasectomía. Si quieres puedo describirtela...”*

Creo que en ese instante mi “amiguito” se desinfló completamente, tanto que hasta se metió en mi vientre tratando de ocultarse de sus oscuras artes. Aquella mujer iba a acabar conmigo de una u otra manera.



**Saray**

# Capítulo 15

¿Qué convierte a una persona en quién es? Una y otra vez tomamos decisiones de las que nunca nos creímos capaces en el pasado, pero seguimos siendo nosotros. Un nosotros que nuestros niños interiores no reconocen.

Yo sigo siendo la mujer cabal que luchó por conseguir ser alguien, una persona que ansiaba ser médica y ayudar a la gente. Incluso, al terminar, me planteaba viajar a algún país del tercer mundo para ayudar a esas personas que no habían tenido tanta suerte, pero los planes cambian y yo me había asentado.

Nunca quise que mi vida terminase de aquella manera, creía que a medida que mis planes se fueran haciendo realidad surgirían otros nuevos, ¿cuándo había dejado de tener ambición? Los últimos dos años me dedicaba a trabajar y ver series, de ver en cuando salía de compras o a cenar con amigas y poco más. Los hombres habían existido en mi cama, pero pocos y poco relevantes. Miré el reflejo de mi espejo con tristeza. ¿Era eso todo lo que deseaba en la vida?

Yo buscaba una pareja real, esa que te acompaña a lo largo del camino. Creía que para eso el hombre elegido debía reunir una serie de requisitos, no es que les pasase una inspección antes de la primera cita, pero ¿sonaría de lunática decir que los buscaba en internet? ¿Sonaría peor reconocer que había cancelado varias citas a causa de los resultados?

En el papel todos habían sido ideales, sin embargo, debí haber visto las señales. Ese leve bostezo que pugnaba por salir cada vez que contaban alguna anécdota, la manera que tenían de monopolizar las conversaciones... Supongo que mi “ideal” de tío no era el más indicado.

Max: “¿Sigues en el trabajo?”

Llevábamos toda la tarde hablando, y llevaba el mismo tiempo dándole largas a pesar de desearlo con cada fibra de mi ser. Quería tenerlo entre mis brazos, pero me preocupaba ser incapaz de dejar de pensar en él.

Yo: “No. Puede que ya esté en pijama preparándome para descansar.”

Max: “¿Y nuestro fantástico plan?”

Yo: *“Tendrá que esperar. Creo que estoy incubando algo.”*

Max: *“¿Sabías que sé hacer sopa? Podría pasarme a cuidar de ti.”* No me imaginaba a alguien como él dándome mimos mientras me arropaba y vigilaba mi fiebre, si estuviera realmente enferma.

Yo: *“¿Si te dijera que vinieras cuanto tardarías?”* No se lo preguntaba por nada... de verdad... No era una sugerencia, no obstante, si por casualidad decidía venir de visita tampoco iba a ser una maleducada y cerrarle la puerta en las narices.

Max: *“Llevo seis condones y la moto. Puedo ponerme ahí en diez minutos.”*

Yo: *“Casi parece que lleves todo este tiempo esperando en la puerta. ¿Me extrañabas?”*

Max: *“Sexo doctora, busco sexo.”*

Yo: *“No soy un veinticuatro horas. Quiero bombones, flores y unas esposas.”*

No hubo contestación por su parte por mucho que lo deseaba y decidí ponerme una peli. No era una película nueva, la había visto muchas veces. Aquel largometraje estaba lleno de recuerdos para mí, era el que mi madre había elegido para tener conmigo la conversación sobre el sexo y la seguridad.

Aunque no os lo creáis la peli elegida era el diario de Bridget Jones. Era de humor, siempre nos ha gustado reírnos de todo y yo no me esperaba aquel ataque hacia mi persona, así me había sentido yo. En aquella época nuestra relación era bastante tensa a causa de mis locuras, sin embargo, recordaré aquella noche con ternura y cariño. Fue una de las pocas veces que vi a mi madre hablando del pasado sin tabús, contestó todas y cada una de las preguntas que le formulé y me sentí más cerca de ella que nunca antes.

Yo heredé los ojos de ella y ella me contagió su cabezonería. Muchos decían que yo era una versión mucho más joven, mi madre nunca lo negó, es más, sonreía orgullosa.

Aquella noche fuimos amigas y eso era algo que guardaba como oro en paño. Lo que tampoco quería escuchar era cómo había sido su primera vez y mucho menos cómo había sido con mi padre. Al parecer el pobre había tenido que aprender mucho para conseguir que ella tuviera su tan ansiado final feliz.

—Parecía un pato descabezado. ¡A mitad del acto se le bajó! Él todavía era virgen y yo me sentí en la obligación de suavizar la situación, aunque ya puedes imaginarte la escenita —dijo ella sin ningún pudor. Si bien era una persona recta y cabal, tenía una vena alocada que mi padre decía que la

convertía en alguien único y adictivo.

—¡Mamá! Arg.

—¿Arg? Es sexo y sino tú no estarías aquí. Tuvimos que practicar mucho para tenerte.

—Mamá, por favor, para de una vez. Hay cosas que una hija no debería saber nunca.

—No estoy de acuerdo. Tal vez mis experiencias sirvan para que tengas algo de cabeza. Además, puede pasar. Imagina que estás con un chico y tienes más experiencia que él, que el joven ha bebido y se le baja. ¿Qué harías?

—Vestirme y largarme. ¡Menuda vergüenza! No comprendo por qué te quedaste.

—Complicado, ¿verdad? Quizás vi algo en él, era dulce y atento. Me trataba como si mis defectos fueran encantadores y sabía ver mucho más en mí. Yo pasaba por una época complicada de mi vida y es posible que no fuera la mejor de las compañías —reconoció ella. Le costaba mucho hablar del pasado, mi padre decía que no había tenido una vida fácil y pocas veces, más bien nunca, mentaba a sus progenitores.

—Y te quedaste.

—El sexo es importante y debemos tener cabeza, pero no es lo único que te atará a una persona. Debe existir esa conexión, ese deseo inherente. A pesar de que su cosita no reaccionaba a mí por mucho que traté de estimularlo...

—¡Mamá! —protesté sintiendo una arcada en el fondo de mi pecho. La imagen de mi madre tratando de hacer que mi padre se empalmase no era algo agradable para mí.

—Solo quiero que comprendas que cada persona es un mundo, todos tenemos algo en nuestras vidas que condiciona lo que buscamos en otra persona para que nos complemente. No necesitas lo mismo que necesitaba yo, a veces no siempre es lo que nos gustaría, pero si algún día sientes esa conexión irrefrenable, esa sensación de complicidad, no dejes que se te escape. Pocas personas podrán hacerte realmente feliz y a veces es mejor estar sola que forzarnos a compartir nuestra vida con alguien que no consigue ese efecto en nosotros —concluyó ella sintiendo que ya había cumplido.

—¿Por qué seguiste con él?

—Eso solo fue la primera vez. Añadiré que había bebido mucho, estaba muy nervioso y creía que eso le ayudaría a cumplir. Los hombres y su ego —susurró con melancolía—. Son los animales más imperfectos del planeta, pero tienen algo que hace que no podamos vivir sin ellos. Tu padre me complace y

es un máquina. Digamos que aprendió un par de trucos y la experiencia hace mucho en ese sentido. —añadió guiñándome un ojo.

Mis recuerdos se vieron interrumpidos por el timbre y caminé hacia la puerta todavía con un ojo puesto en la película. Nadie tiene ese nivel de perfección, todos tenemos defectos, por mucho que en las películas traten de vendernos unos cánones diez. Todo está demasiado edulcorado. Quizás por eso aquella película me gustaba tanto, ver la belleza en los errores, en las cagadas.

—Aquí estoy, listo para el ataque —soltó de golpe Max cuando entorné la puerta. ¡Debí haber echado un ojo por la mirilla!

—Hola —dije aturdida—. Has venido.

—Muy observadora. ¿Vas a dejarme entrar?

—Depende, ¿vas a asesinarme y descuartizarme o debo fiarme de ti?

—Doctora, he visto todo lo que tienes que ofrecerme y he vuelto a repetir, creo que eso tiene mérito.

—¡Qué insinúas! —grité abriendo la puerta y golpeando su pecho. —Yo soy caviar, que lo sepas.

—Pero yo soy más de un buen chuletón con su grasilla —respondió él entrando en mi hogar y cerrando a su espalda.

Creo que Max llevaba un imán en el culo, sino no me explico que siempre que lo tenía cerca sintiera esa imperiosa necesidad de saltar a sus brazos. Él también parecía sufrir la misma enfermedad y asaltó mi boca como un loco dejando caer la bolsa que traía en las manos.

Su lengua me invadió y olvidé lo que había hecho ese día, lo olvidé todo menos a él. Max conseguía que su olor me hiciera temblar y sus manos recorriendo mi piel drenasen las fuerzas de mi cuerpo. Había una explicación científica para aquel tipo de atracción animal, aunque yo no lograba recordarla.

—Debo disculparme —manifestó al alejarse de mí. Me limpié los labios todavía aturdida—. No he encontrado flores, pero he conseguido un tanga comestible. —Lo miré con los ojos abiertos.

—Claro, seguramente era mucho más fácil encontrar un tanga comestible que un ramo de rosas.

—Rosas nada menos. Doctora, eres una persona demasiado exigente. —Era un liante y yo quería respuestas. No iba a dejar que su encantadora sonrisa desviase mis pensamientos hacia temas más pecaminosos. Aunque lo cierto era que ya podía sentir cierta humedad deslizándose por la parte interna de

mis muslos. Nadie mejor que yo podía saber lo bien que se movía aquel cromañón cuando quería.

—¿Y bien?

—Es tarde y tuve que elegir entre una floristería y un sex shop. Tendrás que reconocer que si le pido unas esposas a la de la floristería seguramente llamaría a la policía. Hice lo que debía, ¿no crees? —preguntó acercando su cuerpo contra el mío y acorralándome contra la pared. Sus ojos me recorrieron, podía sentirlos quemando mi piel —No sabes el esfuerzo que tengo que hacer por no arrancarte ese pijama y penetrarte aquí mismo.

—Eres todo un poeta.

—Pues creo que no hay nada que pueda halagarte más que el deseo que provocas en mí con solo verte —susurró contra mi oreja. Creo que se había dado cuenta del efecto que él tenía en mí y lo aprovechaba en mi contra. Sonreí mientras sentía sus dientes jugar con mi lóbulo.

—Lo tienes todo muy estudiado.

Se alejó y se quitó la camiseta por la cabeza. Ver sus abdominales fue mi perdición. Aquel cromañón sabía que estaba bueno y no tenía ningún reparo en usar todas sus armas.

Su cuerpo me hipnotizó, no recuerdo haber dado el gran paso, pero desperté mientras mis dedos recorrían sus pectorales con descaro. Él me miraba con aquellos ojos negros y yo sonreí traviesa.

Fue sublime ver como echaba la cabeza hacia atrás cuando le mordí el pezón. Yo mejor que nadie sabía que por mucho que los hombres creen que el pene es el único que debe ser estimulado tienen zonas erógenas como cualquier mujer. Él no se contuvo y me dejó hacer.

Recorrí aquellos pezones con ansia, quería devorarlo como había hecho él conmigo. Sin embargo, a medida que lo tocaba sentía que sus gruñidos azotaban algo en mi interior, me derretía por tenerlo en mis entrañas.

Aquel no estaba siendo un encuentro explosivo, los botones no saltaban y la ropa no caía hecha añicos a nuestros pies, no obstante, podía sentir aquella tensión devorándonos y llevándonos a buscarnos como locos.

—No puedo esperar —confesó mientras metía la mano por debajo de mi braguita y me penetraba con un dedo. Se deslizó en un suspiro y yo contuve el aliento. Él se movía en mi interior con sus ojos conectados a los míos. Yo contenía el aliento aferrándome a sus brazos en un intento por no caer. Un simple movimiento de su dedo estaba incrementando mi temperatura corporal de tal forma que si no fuera imposible habría echado vapor por cada poro de



mi cuerpo.

—Te necesito dentro.

—Sus deseos son órdenes para mí. —Habría aplaudido con las orejas si hubiera sabido. Lo alejé con un empujón y me bajé la ropa lanzándola lejos con el pie derecho. Él me miró alzando la ceja a modo de pregunta silenciosa.

—¿A qué esperas? —pregunté señalando su entrepierna.

—Tendrás que ser más explícita —repuso sonriente.

—¿De verdad? Quiero que te pongas el condón. Ya estás tardando.

No había terminado de decirlo cuando ya había sacado el amado profiláctico. Él tenía demasiada experiencia, pensé con cierto pesar. No me quejaba de todo lo que sabía hacer, sin embargo, no me gustaba pensar en todas las mujeres que habían estado con él antes que yo.

Todos tenemos traumas, pensé al tiempo que reprimía mi instinto de gritar cuando su mano se cerró sobre mi muñeca. Lo miré sabiendo que lo deseaba, que era Max, que si en cualquier momento decía que no él se alejaría y me dejaría. No sabía por qué estaba tan segura, pero al mirarlo a los ojos veía que él era de los buenos, alocado y algo estúpido, pero de los buenos.

Le di la espalda y apoyé las manos en la pared poniendo el culo en pompa. Me mostré audaz y él no se lo esperaba. A través del espejo del pasillo podía ver su cara de incredulidad, yo sonreí como respuesta.

—¿Vas a tardar mucho?

—Deberé decir que la respuesta a todas las posibles interpretaciones de esa pregunta será no. Así no voy a tardar nada. ¿Quieres dejarme quedar mal? —Sentí su pecho contra mi espalda y fue una sensación increíble.

Sus manos en mis caderas me hicieron temblar. Me sentí poseída, dominada. Fue como doblegarme ante él, un acuerdo tácito entre ambos que provocaba una serie interminable de escalofríos bajo mi piel.

—Es la hora. —Aquello era una declaración de intenciones, pensé con los ojos cerrados. En aquel instante le di mi cuerpo, confié en él lo suficiente para darle todo el poder, recluyéndome a mí misma a recibir sus placenteras embestidas.

Él cumplió con su parte, lo sentí en mi interior llenándome de una manera exquisita. Nada tenía que ver con los otros hombres que había estado, ellos me sostenían con cuidado, delicadeza. Max se aferraba a mí como si fuera su ancla, sus dedos se clavaban en mi piel mientras ahogaba sus gemidos mordiendo mi hombro. Cada uno de sus movimientos me hacía volar, mis propios gemidos se unieron a los suyos y me encontré incapaz de pensar.

Él golpeaba y yo le recibía levantando las caderas. Sentía que el contacto nunca era suficiente, siempre buscaba más. Él se esforzaba al máximo y sentí su sudor contra mi espalda, yo misma notaba la humedad en mi piel a causa del esfuerzo.

A penas conseguía mantenerme recta de puntillas, nunca había sido una gran deportista. No era ni gorda ni delgada, era una mujer normal con escasa resistencia física, pero él me ayudaba manteniéndome clavada contra la pared.

—No puedo más, dime que estás cerca. —En su voz podía percibir el esfuerzo—. Eres impresionante.

—¡Sí! —grité como respuesta. Me estaba volviendo loca, quería besarlo, pero en aquella postura era imposible. Sus dedos se unieron al baile y eso fue superior a mis fuerzas.



**Max**

## Capítulo 16

Se veía hermosa, delicada, completa. Sus ojos estaban brillantes y aquellos labios rojizos me llamaban, suplicaban por un beso y yo se lo concedí.

Tan pronto pasé mis brazos entorno a su cintura ella se dejó alzar. Depositó su cabeza en mi hombro y mi instinto me llevó a besar su frente. Ella no se dio cuenta, pero tras besarla me quedé congelado mirándola.

La llevé hasta la cama y la dejé con suavidad. En otro momento habría tratado de repetir, pero aquel beso me asustó. Yo no besaba sin sentido, un beso debía ir destinado a algo más. Me tumbé a su lado.

—¿Ocurre algo? —Podía sentir el cansancio en su voz.

—Me has dejado seco.

—Siempre puedes beber algo. Tengo refrescos en la nevera y agua fresquita —añadió ella mientras se giraba y besaba mi hombro. Fue un gesto innato y nuevo para mí. La miré sin saber qué podía decirle, sus ojos grises brillaron.

—¿Tengo permiso para atracar tu nevera? —Ella asintió con una sonrisa enorme. Me sentía un extraño en aquel lugar, sabía moverme cuando se trataba de seducir, pero en aquella paz yo era un pez fuera del agua.

Había tarta de chocolate y estaba muy surtida en todo tipo de dulces.

—¡Doctora, pensé que su nevera contendría comida mucho más sana! —grité mientras cogía la tarta y una botella de agua.

—Yo reviso penes no soy nutricionista —contestó ella cuando crucé el umbral de su habitación haciendo malabares.

—¿Y el mío ya está fuera de peligro? —pregunté completamente en pelotas, dejando la tarta sobre la mesilla de noche y empezando a sentir una erección en ciernes.

—Tendría que revisarte —susurró ella estirándose sobre las sábanas y sonriendo perezosa.

—¿Es una amenaza? —Me incliné sobre su cuerpo y la besé. Ella me tentaba demasiado y no había comido casi nada. Mi estómago rugía de hambre

y la tarta tenía demasiada buena pinta.

Empecé con bocados diminutos, los dejaba sobre sus labios y los recogía después con la lengua, pero ella era demasiado irresistible por lo que pasé a, uno para ella otro para mí. En uno de ellos se manchó el mentón y no se dio cuenta.

Solo quería limpiarla, pero ella se removi6 y la besé. Una cosa llevó a la otra, ambos estábamos desnudos y no lo había previsto. Tenía muchos planes en mente, pero solo tuve tiempo para ponerme protección.

Ella nublabla mi mente, tenía algún poder especial sobre mí. Sus piernas se abrieron y me miró en silencio. Mis ideas hicieron simplemente ¡pluf! Me vi engullido por aquella doctora que desde que puso sus manos en mí me controlaba como a una marioneta sin voluntad.

Sus besos fueron húmedos y no dejamos de practicar a pesar del vaivén. Aquella conexión era indescriptible, a pesar de ser una postura de “aburridos”. Ella enlazó sus piernas en torno a mis caderas y sus brazos en mi cuello. Gemí contra su lengua, absorbí cada una de sus respuestas y tuve una revelación. ¡Quería una cita real! Un lugar en el que hubiera más personas a nuestro alrededor para evitar que le desgarrase la ropa con los dientes. Separé mis labios de los suyos.

—Mañana por la mañana —exhalé esas palabras de sopetón cerrando los ojos con fuerza para no dejar que mi cuerpo tomase el control y alcanzase la gloriosa cima.

—¿Cómo? —preguntó confusa.

—Una cita, dijiste que te tocaba descansar —expliqué tratando de que mis pensamientos siguieran siendo coherentes. Debía arrancarle un sí y largarme, no quería que se echara atrás.

—No es una buena idea. —La notaba inc6moda al rechazarme, supongo que el hecho de que siguiera meciéndome contra el centro de su ser podía influir al respecto.

—Entonces es mejor que me vaya —susurré por mi parte.

—¡¿Ahora?! —preguntó con el rostro desencajado.

—Te noto preocupada, doctora. —En mi mente había una cuenta regresiva. ¿Cuánto más sería capaz de soportar antes de hacer aquellas embestidas más profundas? Necesitaba el último empujón, nunca mejor dicho.

—Yo... no somos compatibles —explicó Saray como pudo.

—Jamás creí que fueras una mentirosa. —A ella no le gustó mi acusación y se removi6 inquieta. Recé por ganar o tendría que consolarme en soledad. El

dolor de huevos, en caso contrario, sería monumental—. ¿Qué te cuesta? ¿Un par de horas? Incluso podrías pasártelo bien.

—¿Y qué haríamos? —inquirió sin aliento.

—¿En serio quieres ponerte a debatir eso en este momento? —pregunté haciendo que mis caderas chocasen con fuerza contra las suyas y arrebatándole una exhalación. Ella sonrió sabiendo que estaba jugando, pero me permitió ganar. Lo supe al mirar aquellos hermosos ojos grises.

—Haz que toque las nubes y mañana te concederé un par de horas.

—Joder, es decirme que tendré un par de horas contigo y casi me corro —confesé enterrando la cabeza en el arco de su cuello. Tendría que ser todo un caballero, era lo que quería, ¿no? ¿Entonces por qué tenía la impresión de que aquello iba a ser una de las cosas más difíciles que había hecho nunca?



**Max**

# Capítulo 17

Soy una persona despistada por naturaleza. Diré que los últimos días me habían perturbado, pero no iba a posponer mi cita con Saray y tampoco tenía pensado no participar en el próximo vídeo de mi canal.

Llevaba un par de cafés y una rosa blanca. Una sonrisa de *rompebragas* y mi confusión mental. La miré embobado, llevaba un precioso vestido blanco de lino que llegaba hasta sus rodillas y un escote que debería estar prohibido.

—Tienes cara de haber dormido poco —dije jugando contra mis propios pensamientos—. Podrías estar más guapa si descansases algo más.

—Y tú de gilipollas, pero la camiseta te sienta bien —contestó ella.

—Te has levantado respondona. Tal vez deberíamos tomarnos diez minutos para tratar de mejorar tu carácter —sugerí travieso.

—Ni de broma. Si me quito este vestido no volveré a ponérmelo. ¿Sabes lo complicado que es que no se arrugue? ¿Lo sabes? —No tenía ni idea, pero no sabía que se hubiera esforzado tanto. A ella le habría quedado bien cualquier cosa, pero ese vestido hacía resaltar su piel dorada y se había colocado al principio de la lista.

Cogí su mano y tiré de ella con suavidad. Un beso ligero, como el aleteo de una mariposa y la saqué al mundo exterior. Fue extraño caminar con Saray cogidos de la mano, ella no se alejó y yo me dije que era decisión suya.

—¿Y puedo saber qué vamos a hacer?

—No me preguntes esas cosas o no respondo —contesté mientras tiraba de ella para morder su oreja.

—¿Y cómo puedo conocer el destino de nuestros pasos? Estos tacones no me permiten seguir tus zancadas durante mucho tiempo —resaltó ella.

—Puedo llevarte a caballito. Advierto que sería complicado resistirme a toquetear ese culito tuyo. ¿Empezamos?

—Yo no...

—¡Oh sí! —contraataqué alzándola y haciéndola girar. —Tendré cuidado de que no se te vean esas preciosas braguitas blancas. Lo prometo.

—¿Cómo sabes de qué color son mis braguitas?



—Soy muy observador. ¿Cumplirás mi capricho y te montarás sobre mi espalda como una buena amazona?

—Quizás cuando volvamos, estaré mucho más cansada. —Algo me decía que quería que me olvidara del tema, pero yo era un perro viejo y acabaría saliéndome con la mía.

En aquel pequeño paseo aprendí que trataba de no pisar las líneas de las baldosas y que cambiaba de tema cuando trataba de averiguar algo de su pasado. Siempre la misma respuesta, “*no hay nada interesante que contar*”.

Leno nos vio llegar, era el único que no estaba de espaldas, y su cara era un poema. Seguro que aquellos cabrones harían de las suyas, pero a ella la tratarían bien. ¿Por qué me importaba? Saray me miró sin comprender nada cuando nos paramos al lado de mis amigos.

—Me olvidé que ya había hecho planes —susurré disculpándome con ella. Pude ver su cara de decepción, por mucho que me había repetido en varias ocasiones que aquello no saldría bien.

—Claro, podrías habérmelo dicho antes —dijo con tristeza antes de intentar soltarse de mi mano.

—No te vayas. Nos lo pasaremos en grande. Será una de las mejores citas de tu vida. Aquí solo estaremos un par de horas. ¿No quieres reírte un rato? —pregunté entre susurros mientras uno a uno se giraban a observarnos. Creo que todos estaban siguiendo nuestra conversación, tampoco trataban de ocultarlo.

—¿Vas a presentárnosla ya o tendremos que esperar mucho más? No es el tío más educado del mundo, pero aún puedes cambiarlo. Tendrás mucho trabajo por delante —explicó Marcus. Aquella era una gran explicación a su manera.

—También puedes darnos tu número, pocas veces se conoce a una belleza tú —añadió Max, haciendo que Saray lo mirase con los ojos abiertos. Parecía incómoda, aún no sabía lo que le esperaba.

—Aunque parezcan unos salidos son buenos tipos. Yo soy Leno —dijo él tendiéndole la mano. La sonrisa que Saray le devolvió me hizo sentir orgulloso—. ¿Y tú eres?

—Saray. La doctora Cooper —contestó ella. Craso error, todos los ojos se centraron en mí y Marcus estalló en carcajadas.

—¿Cooper? ¿La misma Cooper que hizo que Max tuviera pesadillas durante días? —Leno no podía permanecer callado, y si podía tampoco lo estaba intentando—. Tienes que contarnos más, este no suelta prenda. ¿Lloró mucho? ¿Suplicó? Va de duro, pero se mea en los pantalones ante una mujer

hermosa.

—¿En serio? —pregunté con una sonrisa —¿Qué os parece si la dejamos disfrutar de una actuación en directo de los tres “*mosqueleches*”?

—¿Ese es vuestro gran nombre? —inquirió socarrona. Yo la abracé posesivo, no me gustaban las miradas que mis amigos le dedicaban. Ella estaba prohibida y era mejor que lo tuvieran claro desde ya.

—Somos un libro abierto, pero no muy avispados —confesé con orgullo.

—¡Habla por ti! —gritó Carlo desde la esquina.

—¿Y qué es lo que vais a hacer? —Su curiosidad iba en aumento mientras veía como Carlo empezaba a sacar cosas de una bolsa de súper.

—Vamos a convertirnos en metrosexuales —dije orgulloso.

—¿No lo sois ya?

—Muchas gracias Saray, pero hoy daremos un paso más en nuestra transformación y nos viene bien la presencia de un médico. No queremos que nada salga mal. Últimamente estos tres tienen ideas de lo más disparatadas y temo por mi integridad física. —Leno le había soltado una gran parrafada sin contestar realmente la gran pregunta. ¿Qué íbamos a hacer con aquella cantidad de cera para depilar? Supongo que ella ya se hacía una ligera idea y su sonrisa iba en aumento.

—Tú serás el cámara. Deberás grabarlo todo y siéntete libre de participar. Después no solo seré todo tuyo, sino que si quieres catar el resultado tengo nata en mi piso. —Ante mis palabras su “puñetazo” no tardó en llegar. Supongo que sentía vergüenza y yo tampoco bajé demasiado el tono, más bien lo grité para que todos supieran la suerte que tendría después. Mientras ellos se echaban crema yo tenía pensado desnudarme con una belleza y comérmela enterita. Ella también podía probar el postre si así lo deseaba.

Éramos unos novatos, pero aquellas instrucciones estaban hechas para tontos, a nuestra medida.

—Ya que quieres presumir, ¿qué te parece ser el primero? —sugirió Carlo. Lo miré y asentí al tiempo que me desabrochaba el cinturón.

—¿Qué haces? Alguien podría veros —preguntó mi damisela escandalizada.

—Tranquila, lo único que verían sería a unos tíos atractivos en bañador. No tenemos pensados quedarnos en pelotas, —Me acerqué un poco más a ella —. todavía.

—Muchas gracias por concretar —repuso mientras se sentaba en el banco de madera que había a pocos metros—. ¡Cuando queráis empezamos!

—Creo que tu chica me cae bien. Tiene que tenerlos bien puestos para aguantarte —soltó Leno.

—No es mi chica.

—No soy su chica. —La miré molesto por el tono con el que lo había dicho, vale que yo había hecho lo mismo, pero Saray lo había gritado.

—Está bien, está bien. —Leno levantó las manos y caminó hacia ella. Se sentó a su lado y abrió el primer paquetito de tiras—. ¿Me das la patita? Saray ya puedes darle al play —añadió mientras le tendía la cámara.

¿Por qué me gustaban aquellos vídeos? Porque me sentía vivo, loco y me echaba unas buenas risas. Siempre había sido extrovertido y era una forma como otra cualquiera de ganarme un dinero extra. Nadie conectaba mejor que yo con el público, estaba convencido de ello.

*“Hoy toca divertirse, excitarse, hacer el gilipollas. Aquí todos sois bienvenidos y os instamos a que compartáis vuestras sugerencias.*

*Sé que últimamente mi careto aparece siempre el primero, pero mis compañeros han reconocido al fin que soy el más guapo de todos y han decidido claudicar. El reto de hoy consiste en depilarnos las piernas.*

*¿Por qué hemos elegido este reto? Tanto tiempo escuchando a las mujeres quejarse, decir lo duro que es y lo mucho que duele. ¡Si solo son cuatro pelos! Dicen que no es bueno criticar si antes no lo has probado y sabéis que a mí me gusta poder hablar con conocimiento de causa.”*

Aquello era un espectáculo. Cada gesto, cada posible chiste, todo contaba. En aquel momento no me estaba esforzando por los followers, lo hacía porque me sentía como un pavo real luciéndose ante su hembra.

*“Ya podéis empezar cabrones.”* Grité conteniendo el aliento. Carlo cogió la primera de las tiras y la pegó contra mi gemelo frotándolo bien.

*“Como veis mi horrendo ayudante está disfrutando en grande, pero solo quiero que recuerde que él será el siguiente y me encantará ser yo quien dé el tirón.”* No me dejó terminar la amenaza. Tiró de golpe. Grité y lo miré deseoso por echar las manos a su cuello. ¡Y se suponía que tendría que repetir aquello una decena de veces más! En aquel momento tenía una preciosa parcela libre de vello en la pierna derecha y, al mirar al resto de tiras rosadas, empezó a gustarme el diseño.

*“Esto es tortura. ¿De verdad las mujeres creen que eso es necesario para verse hermosas?”* Le pregunté a la cámara con una pequeña lagrimilla pugnando por salir.

—¿De verdad? Ya me imagino la cara que pondrías si tu ligue al quitarse

el pantalón tuviera toda esa pelambarrera. —Los argumentos de Marcus eran sólidos, aunque después de probarlo en mi propia piel había madurado.

—Yo no... no juzgo tan a la ligera —repuse encogiéndome de hombros—. Ya he cumplido.

—¡Oh no! ¡No, no, no! Las piernas completitas. No sería justo dejarte con estas pintas —contraatacó Marcus implacablemente—. ¿No querrás que Saray se dé cuenta de que eres un cobarde?

“*Como veis, mis compañeros son sádicos y disfrutan haciéndome sufrir. En otras circunstancias me habría negado, pero no puedo quedar mal ante una belleza como la que nos acompaña hoy.*” Añadí mientras le arrebatava la cámara de las manos y capturaba su belleza en una toma. Se la devolví y me senté de nuevo para seguir soportando, estoicamente, cada uno de aquellos tirones.

“*Seré fuerte. Si las mujeres pasan por esto periódicamente yo también seré capaz.*” Sin embargo, al final me aferré con fuerza a las tablas de aquel banco. Inspira y expira, cuando la profesora de quinto se había quedado embarazada no dejaba de hablar de eso, aquellos ejercicios de preparación al parto tenían que servir de algo.

—Míralo tío. Está blanco como un fantasma. Deberías parar antes de que se desmaye. —Oí la voz de Leno y enfoqué mis ojos en él.

—Ya no le queda nada. No jodas Leno —respondió Carlo—. ¿No ves lo que está soportando por la muchacha?

—Reíros cabrones, reíros, que luego me toca a mí. Voy a divertirme de lo lindo. —Los miré uno por uno. Aquello era una amenaza en toda regla.

—¿Estás preparado? Deja de gimotear y prepárate. —Y quizás por ser el último fue el menos doloroso. Eso me dije, aunque al levantarme y mirar mis preciados gemelos vi ciertas gotitas de ¡sangre! ¡Aquello era una carnicería! Y yo no me consideraba uno de los hombres más peludos del grupo, era más bien tirando a lampiño.

Me temblaban las piernas, pero la risa fresca de Saray me hizo henchir el pecho orgulloso. Aquello era lo que quería conseguir, ese brillo de felicidad y esa espontaneidad.

“*Chicos,*” miré directamente aquella cámara, “*toca mi revancha.*”

Y durante la siguiente media hora disfruté de la melodiosa risa de mi doctora particular mientras yo despellejaba las piernas de aquellos hombretones que en seguida trataron de negociar. Cuando les llegó su turno ya no eran tan valientes. ¡La cera! Deberían subvencionar la depilación láser,

nadie se merecía pasar por aquello cada mes. Si algún día tenía hijas, sería el regalo que les daría cuando cumplieran dieciocho. ¡Qué coche ni que bobadas!

—¿Nos vamos ya? Me lo he pasado genial, pero creo que deberíamos comer algo antes de que te enseñe las estrellas de cerca —comenté de pasada cuando el trío calavera se acercó a las gélidas aguas del río a “refrescar” sus heridas.



**Saray**

## Capítulo 18

Estaban locos, pero eran muy divertidos.

Cuando Max me pidió una cita formal no sabía qué debía esperar de él. A lo largo de aquellas horas en las que me quedé sola había hecho todo tipo de elucubraciones, aunque jamás se me había pasado por la cabeza ser testigo de una depilación masculina.

Me sentí cómoda entre ellos, en seguida me trataron como a una más y eso era algo que poca gente hacía. Disfruté, mucho más al poder observar a Max sin que él fuera consciente. Estaba loco, pero era una locura adictiva. Su sonrisa, su forma de hablar, aquella confianza innata, todo eso lo hacía sumamente atractivo.

El tiempo voló mientras ellos se tiraban pullas con una sonrisa, bajo aquellas amenazas, e incluso insultos, había una sólida amistad, un lazo que los hacía confiar ciegamente unos en otros.

—¿Me espera alguna otra sorpresa? —pregunté cuando él se sentó a mi lado y pasó su brazo a mi alrededor.

—Muchas, me encanta sorprender a las mujeres hermosas.

—¿Tratas así a todas tus conquistas?

—Solo a las más bonitas —respondió sin pensar. Al ver la forma en la que me miró, su sonrisa avergonzada, supe que no había querido decirlo. Debía recordar que él tampoco quería una relación, nada serio, pero entre nosotros las palabras cobraban vida propia cuando estábamos cerca.

Él volvió a coger mi mano, aunque evitaba mis ojos. Nos despedimos de sus amigos y caminamos rumbo al centro. Me sentía alejada de la realidad, caminábamos juntos, aunque cada uno tenía la mente en lugares diferentes.

Ninguno teníamos un rumbo claro, pero cuando pasamos frente a aquel italiano mi estómago rugió como un león herido y él se detuvo. Me miró unos instantes y tuve la sensación de que era capaz de leer mi mente.

—¿Ya hemos elegido? —inquirió mientras su mano se posaba en mi mejilla. No parecía el mismo hombre que había entrado en mi consulta empalmado y buscando ayuda. Cuando levantó mi cara cerré los ojos mucho

antes de saber si iba a besarme, así deseaba que lo hiciera —Hoy es tu día. Yo quiero concederte todo lo que deseas. Incluso mi cuerpo es hoy tuyo —confesó con una delicadeza impropia en él antes de darme lo que tanto anhelaba. Me besó y tiró de mi al interior de aquel acogedor local. Las luces invitaban a intimar y ninguno de los dos necesitaba alicientes para hacerlo.

—¿Por qué haces esto? —Las dudas carcomían mi pecho. Temía acostumbrarme a aquella cálida sensación. Cuando se comportaba de aquella manera era sencillo imaginarse un futuro, pero no podía olvidar la realidad. Él era un golfo y esos hacían daño, eran capaces de romperte el corazón cuando te traicionaban, porque siempre lo hacían.

—¿Comer?

—Ya sabes de lo que te hablo. ¿Por qué querías esta cita? ¿Por qué te comportas de esta manera? Ya te di lo que deseabas. Podemos tener relaciones —Bajé la voz para que nadie nos escuchase—. sin malentendidos. Estás liando mucho las cosas, no eres lo que necesito.

—Porque tienes muy claro como soy y lo que buscas.

—Pues sí —aseguré mirándome las manos. Ahora que miraba bien necesitaba una manicura urgente, me gustaba cuidar mi herramienta de trabajo, eso y mi preciado cerebro—. No me gusta que jueguen conmigo.

—¿Y por qué crees que estoy jugando contigo?

Giré la cara y miré el menú que una muchacha había dejado hacía escasos segundos sobre la mesa.

Todos tenemos miedos irracionales, fantasmas que enterramos profundamente en nuestro subconsciente, pero que afloran a la más mínima oportunidad.

—Conozco a los hombres como tú. Creen que tienen derecho a tomar todo lo que deseen, incluso aunque la otra persona diga que no —confesé, bueno no era una confesión exactamente. Era una acusación algo injusta, él se había comportado como un caballero en todo momento, un guarrete, pero siempre respetando mis decisiones.

—¿Es eso lo que piensas de mí? —Me arrepentí al ver su cara, su expresión de decepción fue como una puñalada que me atravesó el pecho. Contuve el aliento buscando en mi mente, completamente desesperada, las palabras que arreglasen aquel desaguisado. Lo estaba pasando bien, ¿de verdad me había saboteado yo misma?

—No, no pienso eso de ti.

—Pero no dejas de acusarme. Es cierto que no busco nada serio, pero eso



no impide que disfrutemos juntos. Hay muchas formas de hacer el amor con alguien. ¿No crees?

—Ese es el problema. Max, yo solo quiero sexo. No quiero acabar pillada de alguien como tú.

—Y volvemos a lo mismo. ¿Cómo yo? Si no eres capaz de decir nada bueno es mejor que te calles —repuso molesto. Iba a levantarse cuando agarré su mano con fuerza.

—Lo haré. Puedo ser agradable si lo intento —dije con una sonrisa. Aquella era mi gran bandera blanca.

Quizás no era lo que debía hacer, pero lo deseaba. No quería que se fuera, ni buscar a un buen hombre. Quería que me sorprendiese con sus tonterías y desnudarme para él. Vivir la vida sin saber lo que ocurriría al voltear la esquina. Me sentía viva y no quería saber nada más. Quizás Anahí tenía razón, aunque algo me decía que iba a salir muy herida de todo aquello.



**Saray**

## Capítulo 19

El resto de la tarde estuvo bien, pero no hubo sexo al terminar. Él me besó y me dejó ante mi puerta. Yo lo acepté porque estaba realmente agotada y me lo había pasado en grande. Al día siguiente tocaba trabajar y necesitaba descansar las pocas horas que me quedaban.

Al tocar la cama el cansancio que creía sentir no me ayudó a conciliar el sueño. Resulta que cuando un hombre atractivo y atento hace que tu día sea impresionante no puedes dejar de pensar en él.

Fue por eso por lo que, cuando mi despertador decidió hacer sonar las siete trompetas del infierno, mis párpados no conseguían separarse. La ducha no ayudó en nada y no tenía ganas ni fuerzas para tratar de ocultar las grandes ojeras que me convertían en la niña del exorcista.

—Buenos días —dije nada más entrar. Supe que pasaba algo raro, pero todavía estaba algo aturdida.

—¿Tienes algo que contarme? —preguntó Anahí con una sonrisa mientras meneaba un lazo negro entre sus dedos.

—¿Podemos dejar los enigmas para otro día? —pedí mientras me dejaba caer sobre mi silla y encendía el ordenador —Hoy va a ser un día muy largo.

—¿Y eso? ¿Tienes planes para después? —inquirió ella siguiendo con aquel eterno interrogatorio.

—No sé de qué estás hablando —repuse con el cerebro aturullado. Revisé la lista de nombres de pacientes sin que ninguno de ellos me sonase—. Mi único plan va a ser llegar a cama y echarme una siesta.

—Ya, entonces esto no era para ti —comentó mientras sacaba un enorme dildo rosa de una caja dorada—. Debería pedirte perdón, pero siempre has sabido que soy muy cotilla y la gente no tiende a mandarnos paquetes al trabajo.

Mis ojos miraron aquel enorme aparato sin darle crédito. No quería ni pensar en la persona que me lo había enviado, sin embargo, solo había un nombre que acudiese a mi mente. ¿En qué estaba pensando al enviármelo precisamente a mi lugar de trabajo? Aunque lo suyo no era la reflexión, no...

tenía ganas de desquitarme, poner mis manos sobre su cuello y apretar un poquito, solo lo justo para que me suplicase perdón.

—No sé... ¿Puedes dármelo? —pedí mientras estiraba la mano. Ella prefirió lanzármelo a la cara, recibí un “pollazo” en toda regla y al final tuve que recogerlo del suelo —Eres una cotilla odiosa.

—Ya, pero tú empiezas a parecerme mucho más interesante. Creo que deberíamos tomar algo al terminar para ponernos al día. Prometo escuchar todo lo que tengas que decir —sugirió apoyando la cara en sus manos y sonriendo. Cuando se ponía así daba miedo, mucho miedo.

—Sigo siendo la misma aburrida de siempre. Esto es para metérselo por el culo a alguien —repuse algo molesta.

—No digas eso muy alto o la mitad de los que están fuera saldrán corriendo y la otra mitad te denunciarán —susurró empezando a reírse—. Debería llamar al primer paciente, aunque te daré unos minutos para guardar ese enorme juguete, tal vez algún día te lo pida prestado. —¿Prestarle un dildo? Tampoco es que tuviera pensado usarlo, pero creo que no podía imaginarme muchas cosas más antihigiénicas.

Aquel día era caluroso, dicen que el calor altera la sangre, nos lleva a hacer más tonterías de las que haríamos normalmente y así fue. Aún no habíamos pasado al primer paciente cuando solicitaron mi presencia en urgencias. La última vez había sido por Max y, aunque esperaba que mis miedos fueran irracionales, esperaba de todo corazón que aquel cromañón no hubiese hecho una tontería. Después de que me enviara aquel “regalo” ya podía esperarme cualquier cosa. ¿Acaso no podía comprarme un ramo de flores como el resto del mundo? Aunque para ser sincera las flores no me gustaban mucho, me daba pena cortarlas por unas horas y que acabaran marchitándose pocos días después. ¡Pero si quería innovar había muchas opciones aparte de un jodido dildo!

Anahí siempre me esperaba arriba, pero por algún motivo aquel día quiso acompañarme. Se mostraba excitada y dio un par de saltitos dentro del ascensor nerviosa.

—¿Hay algo que deba saber? —pregunté mirándola.

—Después de que consiguieras un follador ahora me toca a mí. Quién sabe, a lo mejor el hombre de mi vida está esperándome. Solo pido que esté bueno, sea un dios en la cama, me trate como una reina y sepa cocinar —enumeró rápidamente—. Seguro que se me olvida algo, pero a veces tenemos que ser realistas —terminó con tono compungido.

—¿Realista? Lo que estás es como una cabra. Si no te tuviera tanto cariño pediría un cambio —susurré mientras le daba un ligero empujón al salir.

Ante los ojos de los demás Anahí era una de las personas más profesionales que podáis encontrar y tenía una gran mano con los pacientes. Sabía escuchar y no juzgaba, pero cuando estábamos solas, o con alguien en quién confiase, conocíamos su segunda personalidad.

—Buenos días doctora Cooper. Espero que nos perdone por molestarla, pero el doctor Ramos está de vacaciones y necesitamos ayuda —comentó una enfermera con cara de pena. Sus grandes ojos avellana se desviaron hacia el box de la esquina y no pudo evitar reírse—. Tengo que avisarla, hoy toca un caso divertido.

—¿Ves? —me susurró al oído Anahí —Hoy es el día de las locuras y yo me merezco mi tajada.

—Esto no es un mercado, déjate de tonterías —repuse, aunque la conocía y sabía que ella jamás haría algo parecido. Había pocas personas en las que confiase más que en aquella rubia con cara de ángel y cuerpo de demonio. Ella sabía que había unos límites por algo y, por muchas burradas que soltase conmigo, ella era una gran enfermera.

Tras pasé aquella cortina sin ninguna idea preconcebida y los labios apretados. Sé que no es profesional reírse, pero no tenéis ni idea de la cantidad de accidentes que pueden ocurrir en un coito. Desde caídas, desgarros, pérdidas... sí, pérdidas... ¿El más común? Los enganches. Así, sin más detalles, no parece gran cosa, sin embargo, lo que vi al abrir aquella cortina no lo olvidaré nunca. ¡Por eso amaba mi trabajo!

—Buenos días. —Los saludé a ambos sin fijar mis ojos en ninguno de los dos. Tenía sus expedientes entre mis manos y los apreté con fuerza centrando mi vista en los datos para tratar de recuperar el control de mis gestos. Quería reír, pero no podía y lo sabía—. ¿Alicia y Tomás?

—Sí doctora —contestó el único de los dos que todavía podía hacerlo.

—Muy bien, antes de ayudarlos necesitaré hacerles un par de preguntas —comenté sin darle mucha importancia, aunque la mayoría ya se las habían hecho y estaban en aquellos historiales a veces prefería repetirlas. En aquel tipo de casos la gente tendía a mentir por vergüenza, lo que no saben es que lo que a ellos les parece una tontería puede tener mucha más relevancia de lo que creen.

—Claro, pregunte lo que quiera saber —contestó Tomás con una sonrisa.

Para poneros en antecedentes diré que Tomás era un varón sano de

veintitrés años de edad. Alicia tenía dos años menos, pero ambos estaban en buena forma física y eran activos sexualmente.

No pude evitar mirar a la joven cuando la oí bufar, supongo que no le había gustado el tono empleado por Tomás para responderme.

—¿Toman alguna medicación? —pregunté mordiéndome el labio inferior.

—Yo no —soltó Tomás rápidamente. A continuación, miré a Alicia, que me decía que no con la mano.

—¿Alergias? —De nuevo ambos contestaron negativamente, cada uno a su manera—. Está bien. Tomás, ¿podría decirnos cómo se ha quedado enganchado? —Aquel tipo de preguntas era mejor hacerlas directamente. Había cosas que parecían muy obvias, sin embargo, era mejor no llevarse sorpresas.

—Hoy es nuestro aniversario, un año es mucho tiempo, y Alicia quiso darme una sorpresa —explicó el joven con cierto rubor—. Se puso un piercing en la lengua y yo ya tenía uno en el glande. Creímos que eso sería la hostia. Dicen que cuando te hacen una... —De pronto se calló y me miró al darse cuenta de lo que estaba diciendo. Empezó a tartamudear avergonzado.

—Comprendo. Quiso decir una felación, ¿es correcto?

—Sí, jamás creímos que nuestros piercings pudieran quedarse enganchados. Tratamos de tirar, pero el dolor era insoportable —explicó mientras él, en un gesto de cariño, acariciaba el pelo de la joven. A mí me recordaba más a cuando acaricias un buen perro y ella tampoco parecía muy conforme, ya que intentó golpear su mano; en aquella postura no lo consiguió del todo.

—¿Os importa que revise la zona? —pregunté con delicadeza mientras me acercaba. Podía ver la incomodidad de la joven, aunque no era para menos. Nadie quiere que el tiempo se detenga mientras tiene los genitales de su pareja en la boca y mucho menos que todos sean testigos de eso. Supongo que por cosas como esta se inventó el secreto médico paciente, aunque dudo mucho que si algún día nos cruzamos por la calle y me reconocen me saluden, muchos prefieren pensar que aquellas cosas no ocurrieron jamás.

Habían tirado demasiado y se habían hecho heridas. No me quedó de otra que cortar los pendientes y quitárselos. Él gritó más que ella, aunque ambos protestaron. Por mucho cuidado que puse son zonas delicadas y acceder a ellas no siempre es tan sencillo como parece.

Al final salí victoriosa y ambos jóvenes eran libres. Ella no dijo nada, prefirió mirar al suelo y yo les dejé las curas a las enfermeras.

Nunca daba consejos, yo no estaba allí por eso, mi deber era tratarlos y dejarlos tomar sus decisiones, no obstante, cuando vi como ella golpeaba el brazo de Tomás, cuando el joven trató de consolarla, me detuve. Me quedé con la mano rozando la cortina y me giré. Los miré sin saber si debía hacerlo, lo que a mí podía parecerme correcto no tenía por qué serlo y cada una de mis palabras debía ser elegida con cuidado.

—¿Puedo deciros algo? —Los ojos de los dos centraron en mí y asintieron—. Os voy a hablar con sinceridad, creo que ambos sois adultos y podréis comprender lo que trato de deciros —dije con calma—. El sexo es peligroso, aunque no lo parezca a simple vista —empecé. Pude ver la reacción lógica de todos los jóvenes, para ellos es mucho más sencillo practicarlo que comentarlo. Cosas que nunca llegué a entender del todo—. No os voy a dar una charla sobre educación sexual, creo que ya os lo sabéis todo, solo os voy a decir que a veces por mucho cuidado que tengas hay accidentes y no debéis avergonzaros. Lo que os ha pasado es algo de lo que acabaréis riéndoos y nosotros acabaremos olvidándolo. No dejéis que una mala situación os marque, no coartéis vuestro deseo de innovar y disfrutar, la vergüenza se pasa —terminé guiñando un ojo—. Pero —añadí antes de largarme definitivamente de sus vidas —, nada de mezclar piercings. Aprended de vuestros errores.

Anahí me siguió sin decir nada, cosa rara en ella. Subimos en el ascensor y entramos de nuevo en la consulta. Iba a sentarme cuando se acercó a mí y me abrazó por la espalda.

—Estás madurando, creo que el palo que tenías en el culo ha desaparecido y me alegro —soltó riéndose.

—¿A qué te refieres?

—A nada, aunque me alegro mucho por ti. —A veces no la comprendía, otras quería gritarle, pero al final del día aquella mujer era con la que más horas compartía y en la que más confiaba.



**Saray**



## Capítulo 20

Esa mañana pasó despacio, muy despacio. Anahí seguía siendo la misma, tenía siempre un comentario divertido o picante entre paciente y paciente, pero yo estaba muy lejos de allí. Quería mandar un mensaje, uno bastante ofensivo, pero temía que el cabreo se me pasase y acabar arrepintiéndome. Por algún motivo desconocido quería repetir en el catre, volver a tener noches húmedas, volver a jugar a los médicos, pensé con una sonrisa. ¿Por qué sonreía?

Cuando el reloj marcó las dos, nuestra jornada había terminado. Por primera vez podía salir a mi hora, pero la idea de llegar a mi piso vacío no era tan agradable como normalmente. Me sentía como una quinceañera, mis hormonas jugaban al tenis con mis neuronas y no podía pensar con claridad.

Yo: “*Si te descuartizo sabré deshacerme del cuerpo.*” Aunque no lo pareciera aquello lo había mandado con un tono remolón. ¿Había algún emoticono que pudiese añadir para que él también se diera cuenta?

Max: “*¿No te ha gustado el regalo?*”

Yo: “*¿Gustado? Ha sido extraño que me lo tirasen a la cara.*”

Max: “*¿A la cara?*”

Yo: “*¿No te han dicho que las comparaciones son odiosas? Creo que ese juguetito hace que tú quedes muy mal en varios sentidos.*”

Max: “*Si las comparaciones me preocupasen no te lo habría mandado. ¿Tienes ganas de otra sesión? Al final no pudimos probar las esposas y estoy deseándolo.*”

Yo: “*¿Y una cena? No quiero que haya confusiones, pero hace mucho tiempo que no salgo por ahí y me han dicho que sabes divertirme.*”

Max: “*Sí, creo que hay un par de cosas que podría enseñarte. Aunque, ¿de qué tipo de diversión estamos hablando? No prometo portarme bien.*”

Yo: “*Nunca esperaría tal cosa de ti.*”

Max: “*¿A qué hora sales?*”

Yo: “*Ahora mismo estoy saliendo por la puerta.*”

—Y estás preciosa —pegué un grito digno de una cantante de ópera. Él estaba apoyado en una inmensa moto negra.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí esperando? —pregunté acercándome a él.

—¿Te creerías si te dijera que he pasado por casualidad?

—No.

—¿Y si confesase que de paso que vine a traer tu paquete lo escuché sin querer?

—Te diría que tienes mucha suerte —contesté acercándome a su pecho. Sus ojos me comían, sus manos se acomodaron en mi cintura y me sentí poderosa.

—¿Si te monto en mi monstruo y te llevo a comer me pegarás?

—Depende del monstruo del que estemos hablando —reconocí con una sonrisa.

—¡No puedo esperar! —gritó mientras me besaba. Su lengua jugueteó con la mía. Cuando se retiró me colocó un casco por sorpresa y se rio al ver mi cara de susto —¿No te han dicho que las cosas hay que hacerlas tomando ciertas precauciones? Me encanta el riesgo, pero creo que pocas cosas me excitan tanto como tú —reconoció dejándome sin aliento.

—¿Montamos entonces?

—Si consigues rodear mi cintura y apretarme contra tus diminutos pechos llegaremos en pocos minutos.

—Habla por ti —contesté riéndome—. ¿Y qué hago con esto? —Saqué aquel objeto rosa en medio de la calle y lo meneé ante sus ojos. —¿Serás tú el que ponga el culo en pompa esta vez? Creo que dijiste que estarías más que encantado en cumplir todas mis fantasías.

—¡Uo... no! Me gustas, pero no tanto. —Su tono asustado fue un aliciente.

Guardó aquel regalo bajo su culo, bueno bajo su asiento, y nos pusimos en camino. Me gustó aquello de convertirme en motera, en cada curva sentía que mi corazón daba un vuelco y él hacía rugir aquel monstruo de la ingeniería bajo mis piernas. Le gustaba hacerme temblar.

Cuando nos detuvimos ante el Telepizza me bajé y mis piernas temblequearon.

—¿Para llevar o entraremos en el parque de bolas? Juntitos, besándonos y manoseándonos... respetaré tu decisión, aunque creo que traumatizaríamos a los pobres niños. ¿No te dan pena?

—¿Cómo puedes darle tantas vueltas, a las cosas, para salirte con la tuya? ¿No te parece injusto? —repuse poniendo morritos —Además, ¿cómo vamos a llevarlas? ¿Sobre la cabeza?

—Si lo consigues te lavo los platos toda la semana.

¿Sabéis lo que pasa cuando vuestra cita es un tío bueno? Que la tía que os toma el pedido no percibirá vuestra presencia. Yo me había convertido en un fantasma y ella no dejaba de tocarse el pelo y sonreír. Tenía ganas de abofetearla, solo para comprobar que no estaba en shock, ¡quizás le pasaba algo grave!

Max tenía razón, lo último que quería era comer allí. Si la tía volvía a recolocarse la camiseta, para que sus pechos sobresalieran un poco más, iba a gritar. ¿De verdad él no se daba cuenta?

—Si quieres puedo darte mi número. —¡Desvergonzada! Mi cara de indignación era épica, aunque Max no podía verla porque no dejaba de mirar a aquella morena con el piercing en el labio—. Por si lo necesitas. —Max me miró de reojo y volvió a ella.

—Claro, ¿por qué no lo anotas en el recibo? —sugirió él.

¡Era el colmo! No esperé ni a que le pagase. ¿En el servicio entraba un polvo tras el mostrador o eso sería después? Él era libre para hacer lo que le viniera en gana, pero yo me merecía respeto.

Max corrió detrás de mí y me retuvo. Sus dedos cogieron con fuerza mi muñeca, pero yo me negaba a girarme y tiraba con fuerza. Él no me permitió correr lejos, aunque era lo que deseaba.

—Celosa, me gusta.

—No estoy celosa. Hay una diferencia entre ser celosa y que no respetes que teníamos una cita —contraataqué a pleno grito. Él sonreía, ¿por qué cojones sonreía? ¿Qué era lo que le parecía tan divertido en todo aquello?

—¿No lo estás?

—No, me molesta que me hicieras a un lado y te dedicases a una tía que solo quería follarte —expliqué molesta. Aquella sensación ácida quemaba mis entrañas, pero yo jamás estaría celosa de un tipo como él. Yo quería a alguien sensato y maduro, no decía que él no tuviera cualidades, pero no podía estar constantemente preguntándome si estaba con otra, justamente por comportamientos como aquel

—Lo lamento. Soy un poco cabrón —reconoció mirándome a los ojos. Aquello no cambiaba nada, yo no era una persona que diera segundas oportunidades ni siquiera en folla-amigos, o lo que fuéramos.

—Mejor me voy.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta que se rían de mí, soy orgullosa y cuando alguien me trata mal no me quedo esperando por más. Los tíos creéis que podéis hacer lo

que os venga en gana y no es así.

Y él cometió el gran error. Ese que accionó un interruptor en mi cerebro. Apagó toda lógica para convertirme en un animal herido que lucharía hasta la muerte.

Me besó, tal vez pensase que así conseguiría apagar mis dudas y me llevase a desearlo, pero no fue lo que sucedió. Lo que sentí fue que no quería, que no deseaba que me apretara contra él o su lengua en mi boca. Olvidé que era Max, el tío grandullón, el que me besaba y lo golpeé. Atiné a darle en la entrepierna y lo vi retirarse mientras le pegaba y lloraba sin control. Podía sentir mi miedo, las lágrimas saladas entrando en mi boca y el terror. Un pánico asfixiante que me hizo caer de rodillas cuando al fin fijé mis ojos en un confundido Max.

Él quiso acercarse, pero yo no lo dejé. Quería huir, necesitaba correr lejos y cobijarme. Podía ver las preguntas en sus ojos, no obstante, yo no me sentía preparada para responderlas, quizás nunca lo haría. Era una mujer adulta, responsable, mi vida era perfecta, como siempre debió haber sido. Nunca debí permitir que aquel hombre entrase en mi organizado día a día.

Lo miré sabiendo quién era él y quién era yo. Éramos de mundos opuestos y no iba a funcionar. No importaba que me gustase, que creyera que era un buen tipo o que empezara a desear algo más. En aquel momento comprendí que no estaba preparada, no para él, sino para ninguna relación en la que tuviera que bajar la guardia. Era mucho más sencillo cuando no había sentimientos de por medio, ¿los había?

Ya empezaba a sentir el dolor, porque alejarme de él estaba lacerando mi pecho y sabía que aquellas cosas tendían a empeorar.



**Max**

# Capítulo 21

Cuando dicen que las mujeres son complicadas se quedan cortos. Aquella tía estaba como una cabra. ¡Solo había sido un beso! Pero me sentí sucio al ver el pavor en sus ojos y me arrepentí al momento, pero no pude evitar que se largara corriendo.

En aquel punto ya no me sentía con derecho y creí que era mejor darle su espacio, aunque tampoco estaba preparado para dejarla marchar. Había algo más, lo había visto en su expresión aterrada y yo no me rendía fácilmente. Yo siempre he sido de ese tipo de hombres a los que le gustan los retos.

Había perdido el hambre y decidí hacerme a la carretera. Mi mente tomó su propio rumbo, iba concentrado en las líneas de aquella autopista, me paraba en los semáforos y volvía a acelerar al máximo permitido cada vez que veía el semáforo en verde.

¿Dónde terminé? En su portal y sin ninguna excusa para hablar con ella. Podía timbrar, pero temía demasiado la posible respuesta. Necesitaba forzarla a escucharme, aunque el solo pensamiento me producía escalofríos. Darle tiempo a alguien nunca se me dio bien y decidí hacer algo insólito, pedí consejo.

—Laurita, ¿tienes unos minutos para tu hermano pequeño? —solté de pronto.

—¿Max? Hoy no es mi cumpleaños y ya te dije que no te pasaré el teléfono de más amigas mías.

—He madurado —dije sintiéndome atacado. Cada día me molestaba un poco más mi reputación—. ¿Vas a escucharme o juzgarme? ¿No está para eso la familia?

—Tan adorable como siempre. Hermanito, hay personas que tienen un trabajo en pleno agosto —se quejó ella. Creo que a las personas de mi familia se les da genial pensar en ellas mismas. Es un gen recesivo o algo así—. Habla rápido o calla para siempre.

—Necesito consejo femenino y, por raro que parezca, eres la única mujer que tengo a mano en estos momentos —confesé a regañadientes.

—¿El gran Max sin ninguna mujer en marcación rápida? ¿Desde cuándo? ¿Te estás muriendo?

—Muy graciosa —refunfuñé mientras mis ojos se quedaban fijos en el telefonillo. Ella estaba al alcance de mi mano, pero ¿era lo correcto? Ella valía demasiado, tenía que estar ciego para no verlo, aunque las relaciones no eran lo mío tampoco quería sacarla de mi vida. Unos días habían bastado para acostumbrarme a su presencia, era todo mucho más complicado de lo que parecía. —¿Podrías tomarte esto en serio?—. pregunté molesto.

—Claro. Tú dirás. —Dejó de reírse, no esperaba menos de ella. Siempre hemos sido igual de alocados, pero ella era mi hermana pequeña y la persona más importante de mi vida. Pasase lo que pasase éramos un equipo, a pesar de que hubiese elegido trabajar al otro lado del mundo y me hubiese levantado a un par de mujeres llevándolas al lado oscuro.

—Hablando hipotéticamente, si hubiera hecho algo que hubiera molestado a una mujer y quisiera solucionarlo, ¿cómo lo haría?

—¿Desde cuándo te interesa arreglar las cosas? Tiene que ser alguien importante para ti. —Sus palabras me conmocionaron, hacía mucho tiempo que no me esforzaba tanto por una fémica.

—No lo sé. No me gusta dejar las cosas así, ella no se lo merece.

—¿Qué hiciste? —Su pregunta me hizo darme cuenta de que no estaba del todo seguro. La había besado, pero no me parecía tan grave, ella misma había disfrutado, más que encantada, días antes de esos mismos besos. Mis artes amatorias eran, cuando menos, satisfactorias y sabía usar la lengua mucho mejor que la media, eso había sido corroborado por muchas de mis numerosas conquistas.

—La besé. —Y como respuesta una serie de rebuznos procedentes de Laurita, lo que ella consideraría una risotada para mí se había convertido en un sonido bastante molesto.

—¡Pero bueno! Creía haberte enseñado mejor. ¿Ya no tienes ningún reto en tu vida? Tengo que volver para enseñarte cómo se debe tratar a una mujer. Los besos deben ser intensos, usar la lengua y aderezados de mordisquitos. Creo que ya te lo expliqué una vez. —Lo recordaba y ella no iba a permitirme olvidarlo. Supongo que no es muy usual pedirle consejo sobre besos a tu hermana mayor, pero en aquella época ella era mucho más experimentada que yo y se pasaba el día dándose el lote con la vecina. En aquel momento me pareció una buena idea, ojalá nunca lo hubiera hecho.

—¿Vas a ayudarme o regodearte?

—Más bien lo segundo, pero te daré un par de consejos porque me das algo de pena —comentó mientras alguien la llamaba a gritos.

—¿He interrumpido algo?

—Digamos que si no hubiera contestado tu molesta llamada tendría un par de pelos más en la lengua.

—Veo que sigues siendo la de siempre, pero pensé que estabas trabajando —repuse esperándome alguna respuesta estrambótica.

—Es mi hora de descanso y necesitaba estirar los músculos. Hermanito, los orgasmos son antiestresantes. Volviendo a tu problema, ¿cuánto esfuerzo estás dispuesto a invertir en esa mujer? —Era una buena pregunta. Un vecino bajaba la basura y aproveché para entrar. Me quedé como un imbécil mirando su buzón y la imagen de ella golpeó mi mente. Sus ojos grises asustados no eran el recuerdo que quería mantener de Saray. Ella era hermosa, tanto por dentro como por fuera, quería más.

—Lo merece todo. Está tan loca como tú y no he podido evitarlo.

—Max, —Rara vez mi hermana se mostraba seria, por eso oírle hablar de aquella manera provocó que la escuchase con atención—. me alegro por ti.

—¿Por qué lo dices?

—Al fin podrás tener una relación de verdad. Las mujeres son mucho más que juguetes de una noche y sé que sabrás estar a la altura.

—Esperas mucho de mí, ya la he cagado —reconocí.

—Y yo que eres testarudo y listo. Seguro que sabes mejor que yo cómo llegar hasta su corazón. Si no me equivoco ya te ha catado, pero tienes muchas más cualidades y debes hacérselo ver —argumentó ella. Siempre sabía ver lo mejor de mí, aunque no le diera motivos su fe en mí era ciega. Supongo que para eso estaba la familia.

—No quiero hacerle daño.

—Y eso me confirma que estás perdido. Avísame con tiempo para la boda —dijo de pasada, como sin darle importancia. ¿Boda? Mi hermana era una mujer de extremos—. Ahora te dejo que mi hora está llegando a su fin y no me gusta dejar las cosas a medias.

—Disfruta mucho —comenté yo con una sonrisa en la boca.

—Eso pretendo hermanito —contestó antes de cortar mi llamada.

Y como yo era testarudo y mi hermana lo había pintado como una cualidad tuve la brillante idea de plantarme ante su puerta en busca del tan ansiado perdón.

A veces debería pararme dos minutos a pensar, en aquel momento no lo



hice.



**Saray**

## Capítulo 22

Hay ciertos recuerdos que tu mente te dice que no son tan graves, pero que el corazón marca a fuego. Pequeñas estelas que parecen haber sido olvidadas, sin embargo, crean miedos atroces escondidos bajo la superficie.

Yo, tras mi tan fallida cita para comer, me encontraba devorando un litro de helado de chocolate. Me negaba a llorar, no veía motivos para hacerlo, lo único que necesitaba era descansar y tranquilidad. Eso me repetía mientras miraba el móvil de reojo esperando alguna llamada, algún mensaje. Creía que él me buscaría, que insistiría hasta que yo claudicase, pero seguía sin mostrar señales de vida.

—¿Qué esperabas? —Le pregunté a la Saray que me mostraba el reflejo de la tele—. ¿Creías que después de comportarte como una lunática se postraría ante ti y te pediría que le dieras otra oportunidad? Recuerda que no te gusta, no es el chico indicado, aspiras conseguir algo más de un hombre.

Aunque en mi interior sentía que no era cierto, él era increíble, un niño grande que sacaba la parte buena de la vida. Me hacía ver las cosas insignificantes como algo mágico, divertirme con tonterías y sonreír por nada. A su lado el tiempo volaba y las emociones eran como huracanes que arrasaban con todo lo que encontraban a su alcance. Él se había convertido en mi droga y no me sentía con ganas de pasar la abstinencia.

—Quizás pueda proponerle mañana un encuentro tórrido a cambio de no hablar del tema. Tal vez si dejo pasar un par de semanas... —Decían que cuando evitas algo, se enquistá—. ¡Estoy hecha un lío! —grité lanzándole la cucharita a mi preciosa pantalla plana. Tan pronto mis dedos perdieron el contacto con el frío metal me arrepentí. Durante los dos segundos que tardó la cuchara en hacer diana recé para que la tele saliera victoriosa. Algo que salía bien aquel día.

A lo largo de mi vida yo había sido muchas cosas. Egoísta, infantil, crédula... pero lo que primaba sobre todo ello era hipócrita. Me pasaba la vida diciéndole a otros como hacer para curarse y yo llevaba mucho tiempo cargando con mi losa personal. Hay muchos tipos de males, no todos aquejan

al cuerpo, y el mío había detenido mi vida demasiado tiempo.

—Hay mujeres que pasan cosas mucho peores —susurré contra el sofá—. Que sufren de verdad y yo no puedo olvidar aquella tontería. —No quería llorar y contuve las lágrimas, pero el dolor se aferraba a mi garganta impidiéndome respirar. El miedo que había pasado volvió como ramalazos acompañados de las imágenes de aquella noche—. Lo pasan mucho peor... — Mi voz quedaba opacada contra los cojines, nadie más oiría jamás lo ocurrido, no tenía sentido—. Soy estúpida. —Mis puños se empotraban contra los cojines sin control, cada uno de aquellos golpes iba cargado con una ira que no sabía que contenía, un odio visceral que acabó saliendo en forma de gritos.

En aquello estaba cuando sentí la puerta. Supuse que serían los vecinos preguntando por el escándalo, por la loca que gritaba contra el sofá y atacaba la televisión. Miré mi hogar, mi refugio y me recompuse como pude. No tenía la mejor de las pintas, aunque no iba a participar en ningún concurso de belleza. Yo era como era, nadie tenía el derecho de juzgarme.

Abrí de golpe, esperando muchas cosas menos a Max. Sus ojos negros me miraron de arriba abajo varias veces y deseé estar en otro lugar. Él tenía que verme hermosa, inalcanzable, poderosa. No quería que viera a la Saray real, pues temía que eso lo hiciera huir. Los hombres como él no quieren la parte aburrida de una relación y yo todavía no había tenido suficiente de su lado salvaje.

—No esperaba visita. ¿Qué haces aquí? —dije mientras me apartaba para dejarlo entrar. Había tenido suficiente espectáculo por un día. Los vecinos no tenían por qué saber lo que hablábamos entre nosotros.

—Quería ver como estabas —confesó triste.

—Loca, pero si quieres podemos jugar un rato. Creo que lo necesito — comenté sacándome la camiseta por la cabeza. Quería incitarlo a tomarme una y otra vez hasta que aquel estúpido incidente quedase olvidado. Quise echarme a su boca, besarlo hasta arrebatarse la cordura, pero él me retuvo lo suficientemente cerca para poder mirarme a los ojos.

—Ahora no necesito ver tus hermosos pezones, quiero que hablemos — susurró abrazándome de golpe. Podía sentir su corazón contra mi oreja, sus manazas recorriendo mi espalda torpemente y me di cuenta de que por algún motivo se estaba esforzando conmigo.

—Y tú siempre tan romántico como siempre —ironicé tratando de quitarle hierro a aquella situación. Lo que menos quería era perder el control de nuevo.

Lo único bueno que tenía nuestro acuerdo era que se trataba de algo divertido, alocado. No quería joder más mi vida.

—Tengo mis momentos. Quiero que quede claro que esto no significa que mi lugar favorito no se encuentre entre tus piernas, quizás si me dejas las visitaré más tarde, sin embargo, necesitamos hablar antes —comentó mientras se sentaba y me colocaba sobre sus rodillas. Me giró para que quedáramos frente a frente y sonrió triste—. Debo darte las gracias, no las tenía todas conmigo sobre que fueras a abrirme la puerta.

—Si sirve de algo tengo la mala costumbre de no mirar por la mirilla y creía que eras el molesto vecino del segundo o la del sexto —reconocí sin darle la mayor importancia—. Sé que hice una montaña de un grano de arena y lo siento. Lo nuestro es la cama, te avisé de que una cita no saldría bien y te agradezco el esfuerzo, pero creo que prefiero volver al acuerdo original.

—Yo no —soltó Max bastante molesto—. Quiero citas, no que me ocultes bajo el sofá cuando vengan las visitas. —En otro momento de mi vida habría aceptado, aunque solo fuera por probar. No pude hacerlo, al mirarlo a los ojos supe que sentía mucho más de lo que debería, pero no era ese el problema.

—No es posible —solté empujándolo y poniéndome en pie. Mi cara se volvió inexpresiva y mi voz fría como el acero. Pocas veces había usado aquel tono amenazante—. Si quieres sexo sabes dónde está la cama sino creo que también conoces la ubicación de la puerta.

—Pues me largo. —Evité por todos los medios que no viera la decepción que producían en mí sus palabras. Levanté el mentón y asentí comprendiendo que aquello era un adiós definitivo. Quise desdecirme, agarrar su mano y guiarlo hasta mi cuerpo. Suplicar que me tocara y borrara aquella sensación asfixiante, no lo hice. Yo no rogaba, yo aceptaba las decisiones y me enfrentaba a las consecuencias de mis actos. La vida había jugado sus cartas y en aquella ocasión me tocaba perder. Lo miré sabiendo que había tenido mucho más con él de lo que en otro momento creí posible y di gracias por haberle mandado aquel estúpido mensaje.

—Adiós —susurré mirando su boca, preguntándome si al menos tendría derecho a un beso de despedida. Al recuerdo de su sabor en mi lengua.

—Doctora, no es un adiós. —Abrí los ojos sorprendida—. Voy a demostrarte que, aunque me encante que frotes mi lámpara mágica, puedes confiar en mí y te aseguro que te sonsacaré lo que martiriza esa preciosa cabecita tuya. Hasta entonces guardaré mi tesoro con llave —añadió señalando su entrepierna y guiñándome un ojo. Solo él conseguía sacarme una

sonrisa, pensé quedándome absorta en su boca.

—¿Tú crees? —No sabía quién había dicho aquellas palabras, aunque habían salido de mis labios. Él conseguía alejar los fantasmas y llevarme a la guerra, un lugar en el que las palabras volaban entre ambos y el fuego se transformaba en algo único—. Te cansarás antes.

—¿Eso es un reto?

—Por supuesto.



**Max**

## Capítulo 23

Si uno tiene amigos tiene derecho a pedir ayuda sin que le hagan preguntas incómodas. Esos fueron mis argumentos, ellos no estaban por la labor.

—Necesito todos los detalles para poder tomar una decisión —dijo Carlo sentándose en la barra y dando dos golpecitos sobre la barra. La camarera ya nos conocía y pocos minutos después colocó una cerveza ante él.

—Necesito que ella confíe en mí. Ella me quiere a su lado, pero todavía no se ha dado cuenta —aseguré pidiendo mi segunda cerveza de la tarde. No quería emborracharme, pero necesitaba aquella valentía líquida corriendo por mis venas.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Un rapto por amor? Mi madre ve muchas de esas telenovelas y a las tías les gustan —propuso Marcus con cara de psicópata.

—¿Quieres que me denuncie? Creo que el día que pongas los ojos sobre una mujer tendremos que avisarla con tiempo suficiente —comenté de pasada. Sara, que así se llamaba la camarera y que se había convertido en una amiga más, se plató ante nosotros con las manos en las caderas.

—¿Por qué complicáis tanto las cosas? —preguntó altanera.

—Quiero que cada día sea único para ella. Creo que entre todos podremos hacer que pierda el sentido por mí y no tenga otra opción que contarme todos sus secretos. —Estaba convencido de mis palabras, por muy estúpidas que sonasen.

—Es una tontería. A veces los detalles más sencillos son los más importantes. Tienes vacaciones, puedes simplemente dedicarle tu tiempo. Los pequeños detalles son los que ella realmente valorará —sugirió ella con ternura. Sus manos atraparon las mías y me miró a los ojos. Ella no era de ponerse tierna, es más, estaba convencida de que éramos incorregibles. Supongo que toqué su fibra sensible, eso o había sido poseída por una entidad extraterrestre.

—Ella se merece lo mejor del mundo —confesé sintiéndome avergonzado. Por primera vez desde que los conocía nadie hizo ningún comentario hiriente. Me miraron y siguieron bebiendo como si no hubiese dicho nada.



—Y por eso estoy segura de que se te ocurrirá la forma de conseguir que te cuente eso que te preocupa.

—No es nada en concreto —repuse a la defensiva.

—¿En serio? Eres el tío más orgulloso que conozco y todas las tías te lo han puesto demasiado fácil. Me alegro de que encontrases a la que te haga sudar un poco.

—Te puedo asegurar de que he sudado mucho con todas ellas —contesté burlón.

—Y aquí vuelve el Max de siempre. Espero que esa mujer tenga paciencia, porque para domesticarte va a necesitar mucha.

—No soy un perro —repuse haciéndome el ofendido.

—Pues te encanta mover la colita. —Ahí mis amigotes sí que se rieron, es más, cada uno de ellos tenía algún comentario al respecto.

Daba igual con quien hablase, seguía hecho un lío. Sentía que caminaba en círculos sin avanzar realmente. Me levanté, puse cinco euros sobre la barra y salí lanzando un adiós al aire.

Cogí la moto y entré en el sex shop. ¿Por qué tenía que cambiar? Yo era el incorregible, un hombre que amaba el sexo y la aventura por encima de todo. Era el momento de que le enseñase a esa preciosa estirada que mi mundo podía ser fantástico y que estaba dispuesto a compartirlo con ella. Quería convertir mi mundo de perversiones en un coche para dos, donde ella estaría feliz y satisfecha cada día de su vida. ¿De verdad estaba pensando tan a largo plazo?



**Saray**

## Capítulo 24

Y llegaron los hombres y lo jodieron todo. Una habilidad innata en el género masculino. De pronto el dildo no parecía tan mal regalo, siempre a mano y no daba problemas. Miré mi pantalla y traté de concentrarme.

—Si sigues tan despistada vas a acabar por ponerle un supositorio al que no es y creo que podrían enfadarse. —Las palabras de Anahí me hicieron despertar. La sonrisa nació despacio en mis labios—. Así está mejor. ¿Me vas a contar ya lo que ocurre?

—Hemos discutido, bueno, yo discutí —confesé sintiéndome ridícula.

—Pensé que solo lo querías para el sexo.

—Y así es —respondí a la defensiva.

—¿Tan mal lo hace? Pensé que era un dios en la cama —comentó llevándose las manos al pecho—. Si tan necesitada estás puedo dejarte a mi don Juan una noche —añadió guiñándome un ojo.

—¡Arg! Yo... ¡no pretendía decir que...! No quería decir... —Traté de excusarme, pero ella no dijo nada. Esperó pacientemente a que yo solita enredase la soga en mi cuello—. Lo siento.

—Ya, supongo que él no es tu tipo o que Max te importa más de lo que quieres reconocer. —Anahí era más molesta cada día, pensé mirando mi reloj de muñeca.

—Quedan veinte pacientes y tampoco tienes ningún mensaje —comentó mientras se acercaba a la puerta—. A veces es mejor no complicar las cosas. Los sentimientos tienden a joderlo todo —comentó antes de abrir de nuevo.

Claramente cuando un paciente entra la conversación se termina. Ellos tienen sus propias historias.

—Buenos días Jaime, ¿se encuentra mejor? —pregunté mientras lo miraba con una sonrisa. Era un hombre de unos cincuenta años, pero su sonrisa y sus ademanes se habían quedado congelados en la treintena, a pesar de las circunstancias siempre trataba de ligar con todas las mujeres que lo rodeaban.

—Si no fueras tan joven te invitaría a cenar, aunque si aceptas puedo pasar la edad por alto —contestó. Creo que a veces aquel hombre tenía un serio

problema de sordera, aunque conseguía sacarme una sonrisa.

—Eso es un sí. ¿Cómo ha ido la colonoscopia? Veo por los resultados que todo está bien. Puede estar usted tranquilo.

—¿Cuántas veces tengo que pedirte que me tutees? Somos casi de la misma quinta. —Sonreí como respuesta mientras hacía que echaba un ojo a su historial. Anahí me pasó una hojita y cuando la leí tuve un ataque de tos.

“*Creo que este también quiere llevarte al catre. Triunfas entre nuestros pacientes.*” La miré echando fuego por los ojos. Arrugué aquel trozo de papel, tirándolo a continuación a la papelera.

—¿Ves como no era para tanto? —Le pregunté accediendo de esta forma a tutearle. No penséis mal, era lo máximo que iba a conseguir de mí.

—Mejor no hablemos del tema que me pongo malo —confesó bajando la cara. Ciertamente había perdido algo de color y yo me preocupé. Nunca se sabía las complicaciones que podían aparecer, aunque era todo demasiado extraño.

—Cuéntame. Seguro que no es para tanto y podemos ayudarte.

—¡Fue horrible! Hay cosas que me habría gustado saber, sobre todo antes de pedirle a mi novia que me acompañase —dijo todo digno. ¡Se había puesto colorado! Se aclaró la voz antes de continuar, bajando de nuevo los ojos. En aquel momento les hablaba a sus manos, pero lo suficientemente alto para que todos pudiéramos escucharlo—. Me metieron aire... y después aquel hombre... —Se calló como si estuviera contándome algo traumático. Creo que aquellos hombres se quejaban más que las parturientas, no negaré que no debe ser agradable y se encontraba en una posición incómoda, pero de ahí a que los ojos le brillasen.... —Metió aquella cámara hasta el fondo, juro que temí que fuera a salirse por la boca. —Miré a Anahí y vi su sonrisa. Me crucé de brazos y me apoyé en el respaldo de la silla para seguir escuchando su relato—. Cuando terminó yo sudaba y me sentía débil, necesitaba un beso de mi novia y que me tratase con cariño. ¡Lo que nadie me dijo es que me dedicaría a tirar pedos durante horas! Su cara de asco era indescriptible y aquellos olores... ¡Me repugnaba a mí mismo!

Contuve el aliento para no reírme, pero Anahí no lo consiguió y trató de ocultarlo con un ataque de tos nada convincente. Decidí hablar para que el pobre Jaime no se diera cuenta.

—Pero no fue doloroso.

—¿Quieres hablar de dolor? Aquellos veinte sobres me dejaron el culo dolorido. ¡En lugar de algo sólido al cabo de cinco sobres salía agua! Al

terminar diez de los sobres ya miraba el servicio con miedo y al llegar a los quince sabía que iba a doler y me agarraba a las paredes. ¡Prefería una lavativa!

—Es que eso... —no me dejó continuar. Comprendí que tenía mucho que decir al respecto y a medida que hablaba se sentía más indignado, se sentía engañado y necesitaba dejarlo salir. Creo que mi consulta tenía un poco de psicología, porque la mitad de las cosas que les pasaba a aquellos caballeros era la desinformación, la vergüenza y el miedo.

—Cuando ya pensé que todo había terminado, ya estaba fuera del hospital y llevaba media hora sin tirarme ningún pedo quedaba lo peor. No podía beber sin sentir auténtico dolor en la lengua. Comer ya fue imposible. —Miré sus manos y descubrí que estaba temblando. Sonreí con dulzura y suspiré para que me mirara. Sus ojos mostraban vergüenza, a ninguno de aquellos hombres les gustaba mostrarse débiles, pero yo era un lugar neutral.

—Mereció la pena. Ahora sabemos que estás bien y tienes mucho tiempo por delante para irte de viaje con tu novia y compensarla por lo ocurrido. ¿No te parece? —Mis palabras lo animaron lo suficiente para asentir con ganas y levantarse. Me tendió la mano y yo se la estreché con fuerza.

—Se ha ido sin que le des la receta —dijo Anahí al ver como cerraba la puerta a su espalda.

—Se la meteré en la tarjeta sanitaria —agregué sintiéndome más feliz que antes de su llegada—. ¿Sabes? Me gusta mi trabajo. —Ella asintió contenta.



**Saray**

## Capítulo 25

A media mañana tengo media hora para tomarme un café. Generalmente me acerco a recogerlo a la cafetería y vuelvo a mi consulta, parece que a los pacientes no les gusta mucho verme pasear por ahí, me miran como si los estuviera traicionando y fuera mi culpa que llevaran tanto tiempo esperando.

—¿Crees que algún día tratarán de acabar con mi vida? —inquirí mientras dejaba el paquetito, en el que creía que iba un donut, sobre la mesa y ofreciéndole a Anahí el descafeinado que llevaba en la otra mano.

—Ganas no les faltan —repuso ella—. Tienes que entenderlos, esas sillas de ahí fuera son las más incómodas que han podido ser inventadas.

Perdí el hilo de la conversación cuando conseguí abrir el paquetito. Debí haber desconfiado antes, llevaba por lo menos una hora sin pensar en Max y él debía tener un radar al respecto. Creo que tenía conexión wifi o algo por el estilo, aunque por lo menos seguía en su línea.

Junto al regalo había una pequeña nota y la cogí con rapidez.

*“¿Recuerdas el tanga que nunca hemos podido usar? Creo que se sentiría incompleto sin esto.*

*Posdata: No voy a dejarte catar el premio hasta que me cuentes lo que te pasa y te pierdes sexo de calidad.”*

Miré aquel sujetador diminuto de tono rosado y sabor a caramelo. Lo toqué con la punta de los dedos y cerré la caja sintiéndome traviesa.

—Creo que estoy perdiendo la cabeza —expresé mis miedos en voz alta. Los lancé contra Anahí que aún no tenía muy claro lo que estaba ocurriendo, pero se esforzaba por seguir el hilo argumentativo.

—¿Llamo al siguiente paciente? —La miré con cara de perros—. ¿Qué? Ya te he preguntado veinte veces qué te pasa, si no quieres contármelo he aprendido a aceptarlo.

—Me ha mandado algo —comenté sacando de nuevo el paquete y su contenido. Cogí aquel sujetador con el índice y lo hice girar como toda una profesional—. ¿Cómo crees que me quedará?

—Siempre podemos ir a la sala de espera y preguntar —sugirió ella.

—Eres más bruta... —Pero por algún motivo el peso de mi pecho se evaporó. Miré aquel paquetito y decidí esperar. No sabía qué era lo que esperaba, pero sentí que, por mucho que tuviéramos un pequeño conflicto y no hubiese una palabra que nos definiera, Max seguiría ahí. No podría argumentar aquella sensación, sin embargo, me sentí tranquila y decidí que quería seguir aquel día con tranquilidad y esperar al día siguiente para pensar—. Y yo estoy definitivamente como una cabra.

—Al menos lo reconoces. Sabía que llegaría tu momento —continuó mi pequeña enfermera rubia. Guardé de nuevo aquel lascivo presente y volví a ser la doctora profesional—. ¿Siguiente? —Asentí mientras alguien asomaba la cabeza por la puerta.

—¿Andrew? —pregunté confundida al tiempo que él tomaba asiento.

—Lamento molestar, pero he venido por urgencias —susurró él mientras estrujaba su pañuelo de tela, esos de los antiguos que habían dejado de usarse por antihigiénicos.

—¿Se encuentra bien? —inquirí realmente preocupada.

—Sí, no, no es eso. —Apenas conseguía entenderlo. Hablaba para el cuello de su camisa y eso me sorprendió.

—¿Desde cuándo no tenemos confianza?

—¿Puedo tener hijos? —Mi cara de asombro era la leche. Miré a Anahí sin saber si realmente había entendido bien. Cuando habían inventado las urgencias desde luego no tenían en mente casos de aquel tipo, pero Andrew tenía una pintoresca manera de ver el mundo.

—Creo que no he comprendido del todo la pregunta —contesté tratando de reponerme del shock inicial. Creo que a su edad debería haber dejado esas pretensiones atrás, aunque lo cierto era que todos en aquella consulta sabíamos que era uno de sus sueños incumplidos.

—Sé que las mujeres no pueden, pero me han dicho que con los hombres no ocurre lo mismo —confesó levantando el rostro. En él pude ver esperanza, sueños. Fue como volver a verlo brillar y eso me entristeció. Tener un niño es algo muy grande y, aunque no quería que le ocurriera nada, Andrew ya era muy mayor.

—Habría que hacerle un estudio, pero ha de comprender que a su edad no podrá hacerse cargo de todas las cosas que requiere un bebé. ¿Lo entiende?

—No me he vuelto loco, aunque lo parezca. Lo he pensado mucho y creo que debe saberlo. —El mundo está lleno de millones de personas, cada una de ellas diferente y con diferentes aspiraciones. Las peticiones más extravagantes



sucedarán, porque las posibilidades son infinitas y yo estaba ante uno de esos casos extraños, pero no por eso menos enternecedor que había visto nunca. — ¿Se acuerda de mi afición por las damas de compañía?

—Sí, lo recuerdo perfectamente —asentí yo.

—Desde hace unas semanas he visitado a una mujer que me ha hecho volver a sentirme vivo. Ella me hace reír y no finge que le atraigo. —Aquella confesión era extraña. Creo que a todos nos gusta sentirnos guapos y deseados, pero decidí callar porque yo no era la más indicada para dar consejos—. Ella no me miente, habla de todo sin tapujos ni engaños y quiere ser madre. Dice que quiere dejar esta vida atrás, ha tenido un pasado muy duro y quiere formar una familia.

—Me gustaría conocerla —confesé sin pensar aún a sabiendas que yo no tenía ningún motivo para hacer tal cosa. Apreté los labios dejándolo continuar ante la mirada de aviso de Anahí. No debíamos involucrarnos y era mejor que lo recordase.

—Si la conociera... es una gran mujer. Es bonita, cariñosa, dulce e inteligente. Se merece ser feliz y yo también quiero serlo. —Mi corazón se estrujó ante esas palabras. Lo miré conteniendo el impulso de darle un abrazo y sostuve su mirada tratando de demostrarle una fortaleza que comenzaba a resquebrajarse—. Los hombres que han pasado por su vida han sido unos cobardes y unos aprovechados, de esos que mi padre habría mandado al campo para enderezarlos. La trataron mal y la usaron de maneras que nadie debería... —Se calló y se limpió la boca. Le temblaban las manos—. Ella quiere ser madre y yo siempre quise tener un hijo. Ella no tiene con quién y yo me ofrecí. Al principio me miró con pena y me dijo que ella no sentía lo mismo, pero logré explicárselo. Quiero querer a un hijo los días que me queden, quiero verlo crecer el tiempo que dios lo permita y dejarle el fruto de mi trabajo. Quiero tener un hijo antes de morir. Además, ella tenía pensado tenerlo sola. ¿Cómo podría salir entonces de aquel trabajo? Un niño trae muchos gastos. —Sus argumentos eran sólidos y ya empezaba a vislumbrar por donde iba. Dos personas necesitadas en un mundo que tendía a aplastar a los más buenos. Corazones que luchaban por un mismo deseo sin engaños—. Ella no tiene padre para el niño ni yo mujer y juventud. Estaré al lado del pequeño y les dejaré dinero suficiente para que puedan vivir sin preocupaciones. Ella cuidará de mí, al menos eso dijo, pero si en algún momento me convierto en una carga yo mismo me iré a un asilo para que puedan ser felices.

Aquel momento era duro. Tenía las lágrimas pugnando por salir al exterior

y un nudo en el pecho. Las palabras se amontonaban en mi mente, pero ninguna de ellas era correcta para aquella situación. Aquel hombre era un gran hombre, esas personas que pocas veces te cruzas en la vida y que te sorprenden por la sencillez con la que lo ven todo. Lo que para otros sería un abismo insalvable, para él era una oportunidad perfecta.

—¿Ella ha aceptado? —pregunté con miedo a que no fuera así. Yo también sentí la necesidad de ayudarlos y me dije a mi misma que encontraría la forma. Quizás el tiempo negaría muchas posibilidades a aquel hombre, pero dejaba tras de sí a gente como yo, personas que habían sido tocadas por su bondad y querían aportar su granito de arena.

—He tardado en convencerla —reconoció con una sonrisa soñadora—. Ahora solo tengo que demostrarle que aún puedo cumplir como hombre y necesito la opinión de un médico.

—Debido a su edad lo mejor es hacer un estudio —contesté pasándole un formulario a Anahí para que lo cubriera.

—Gracias, tras muchos años al fin tengo algo por lo que luchar. Antes deseaba morir para encontrarme con mi esposa, creía que ya no había nada más aquí para mí, pero ahora pelearé al máximo por cada segundo que me quede. Muchas gracias doctora. —Se levantó y me tendió la mano. No era un gesto propio de él. Al darle mi mano derecha él dejó un beso sobre mi piel. Sonreí sintiéndome avergonzada y él se despidió contento.

Nos dejó a las dos sin palabras. Quise ser como él, avanzar lo suficiente para no temer tomar las decisiones complicadas. Errar significaba muchas veces sufrir, quizás los resultados de aquellas pruebas no fueran los que él esperaba, estaba segura de que Andrew era consciente de todas las posibilidades.



**Max**

## Capítulo 26

Esperaba una llamada, un mensaje, una señal de humo, cualquier cosa que indicase que mi regalo había llegado. Iba a ser complicado hacerla entrar en razón, yo era un diamante en bruto que ella debía pulir con mucho cuidado y esmero. Si lo hacía bien podría tener el cielo, la posibilidad de permanecer a su lado para siempre me asustaba, aunque no tenerla me estaba volviendo loco.

Sonreí a mi reflejo, él siempre parecía tranquilo y seguro de sí mismo, aunque en mi mente todo fuera un auténtico caos. Había aprendido que los demás siempre verán lo que uno quiera mostrar.

Yo: “*¿Te vas a conformar con un dedo?*” Sonreí cuando mi dedo, que podía haber sido usado para otros menesteres, pulsó “sin querer” el botón de enviar. Su respuesta no se hizo esperar.

Saray: “*Eso significaría que pienso en ti y no lo hago. No eres el único en mi agenda al que puedo acudir para que satisfaga mis necesidades. Quizás use este conjunto para otro, ¿te lo has planteado?*” Nunca he sido un hombre celoso, o quizás nunca me había importado lo que hiciera una mujer al salir de mi cama. En aquel momento tuve ganas de lanzar mi precioso teléfono contra la pared, me repuse a tiempo y sonreí amenazadoramente. Aquella doctora no sabía dónde se estaba metiendo.

Me vestí a la velocidad de la luz. Me puse mi chupa de cuero y cogí las llaves de la moto. Quería llegar hasta ella y hacerla desdecirse. Ella no podía estar con otro, ambos éramos conscientes de que al único que deseaba era a mí.

Me planté en su puerta y empecé a golpearla con los nudillos insistentemente. No sabía lo que estaba haciendo, pero su cara de sorpresa me encantó, al igual que la toalla que envolvía su cuerpo. Su pelo húmedo dejaba que algunas gotitas cayesen, sin control, camino a sus preciosos pechos que asomaban reclamando mi atención.

—¿Qué haces aquí? —A pesar de su tono no parecía molesta, casi podía sentir ese deje grave, que había imprimido en las palabras, golpear con fuerza

mi entrepierna haciéndola despertar. Sus ojos miraron mis labios y sonreí arrogante.

—¿Me esperabas? Si es así la toalla sobra.

—¿En serio? —Jamás lo habría esperado, ella no hacía esas cosas, pensé mientras mi joven doctora dejaba caer aquel diminuto trozo de tela a sus pies sin pudor. Si había algo en el mundo que pudiera dejarme sin palabras era verla como su madre la había traído al mundo. Ella no era consciente de su belleza, pero para los mortales como yo verla de aquella manera era suficiente para hacerlos hincar la rodilla—. ¿Así mejor?

—¿Qué haces! —En mi mente los ojos de todos los vecinos estaban en las mirillas disfrutando del espectáculo y eso me hizo agarrarla y entrar con ella en volandas. Cerré la puerta a mi espalda nervioso, sudando—. Estás loca. — Aunque mi cuerpo me traicionaba y mis palabras sonaban más como un elogio.

—Cierto. ¿De qué estábamos hablando?

—Ya no lo tengo muy claro —reconocí pasándome las manos por el pelo.

Se acercó a mí. Su piel estaba caliente, pensé recitando todos los mantras que conocía para evitar que mis manos acabasen sobre sus pezones. Aquello era una guerra de voluntades y no iba a dejarme ganar tan fácilmente.

—¿No me darás un beso de buenos días? —preguntó remolona.

—Cuando me cuentes lo que te pasó el otro día —respondí mordiéndome el labio y apartándola ligeramente—. He visto muchos pezones en mi vida para dejarme hipnotizar por los tuyos —agregué tragando la poca saliva que quedaba en mi boca con fuerza.

—No sé a qué te refieres.

—Y te repito que mientes muy mal, aunque tienes razón —susurré contra su oreja. Mi lengua salió de su escondite para saborear aquel lóbulo que tan sensible se había vuelto a mi presencia—. ¿Te he dicho alguna vez que tienes unas orejitas preciosas? —inquirí dejando un beso húmedo contra su cuello — No voy a perder —asegué con orgullo. Era una promesa.

—¿Tan malo sería?

—Eso habrás de respondérmelo tú. —Y la besé con todas mis ganas acumuladas. Quizás era bueno que le recordase lo que se estaba perdiendo.

Mi idea era castigarla, demostrarle que me extrañaba, sin embargo, no pude pensar. Su sabor era mi droga y mi lengua la buscó necesitado. Tanto tiempo sin que mis manos rozasen su piel, tantas horas imaginándome cómo íbamos a celebrar el reencuentro. Antes de tocarla me sentía con fuerzas suficientes para retirarme, no obstante, ya no.

Su lengua se unió a la mía y se agarró a mis hombros con desesperación. Sentí una necesidad animal proveniente de aquella pequeña belleza y gruñí hambriento de ella. Quise devorarla, enterrarme en ella y tomarla con toda la pasión que sentía. Aquella emoción era tan intensa que apenas podía contenerme. Su lengua me torturaba y sus manos, al deslizarse por mi espalda, me llevaron hasta el precipicio.

Me alejé sin fuerzas, resoplando y confuso. Ella me miraba con aquellos ojos grises brillando y los labios rojizos a causa de mis besos... Quise olvidar por qué hacía aquello, pero sabía que me arrepentiría.

—Me voy —dije sin aliento. Me giré hacia la puerta cuando sentí su mano rozando mi antebrazo.

—Quédate. —Su petición me hizo temblar. Apenas fue un susurro, incluso temí haberla escuchado mal, no obstante, me quedé paralizado. Estaba seguro, más que nunca, que tenía que salir de aquel piso a tiempo.

—Necesito más —confesé dándome cuenta de que quería más de lo que podía obtener retozando sin ropa. Ella asintió triste, en sus ojos vi viejos fantasmas escondidos y era a ellos a quiénes quería conocer—. Yo también puedo dar mucho más.

—Lo sé. —Sus palabras dieron esperanzas a sueños que no sabía que estaban ahí, pero también fui testigo en primera persona de cómo volvía a encerrarse en sí misma—. Lo siento.

—No tiene por qué ser así. —Ella asintió y volvió a coger la toalla que seguía a sus pies. Se envolvió y me miró con una sonrisa apagada—. No te juzgaré —prometí necesitado de respuestas.

—Es mejor que te vayas.

Y con esas palabras volví a sentirme en el punto de partida, no obstante, aquella doctora no sabía aún quién era. Yo no me rendía jamás, ella hablaría conmigo y yo seguiría al pie del cañón. Ella me necesitaba y yo a ella.

Mi viaje de vuelta sobre mi moto fue más tranquilo, no tenía prisa por llegar a mi piso. La soledad que muchas veces había disfrutado ahora era aburrida. Decidí que lo mejor era ver una película, evadirme un poco, en aquellas situaciones siempre tenía un teléfono a mano para que una preciosidad enfriase mis problemas. Era la solución perfecta, ¿Verdad? Yo no le debía fidelidad a nadie, sin embargo, la culpa no me dejaba buscar a nadie que reemplazara el lugar que debía estar ocupando ella.



**Saray**

## Capítulo 27

Nunca me ha gustado el silencio, ayuda a pensar, y siempre que tengo tiempo para pensar mi mente vuelve a lo que trato de olvidar. Estar ocupada es lo mejor y por eso me decidí a hacer limpieza, tampoco sirvió de nada.

Dormir, ver la tele, poner música. Hiciera lo que hiciera la sonrisa de Max, su forma de hablar y esa seguridad que desprendía por los cuatro costados me hacían mirar el teléfono, ansiosa por mandarle un mensaje, pero me contuve.

Llegué muchas veces hasta aquel aparato infernal, me vi escribiendo mensajes que luego borraba incapaz de mandarlos. No se trataba de que yo hubiese hecho algo malo, pero si le contaba lo que realmente había ocurrido temía que su visión de mí cambiase y eso me aterraba. Sin embargo, con mi cabezonería, también lo estaba alejando y las dudas no me dejan tranquila.

Decidí que lo mejor era llamar a Anahí. Ella sabría qué decirme, o hablaría lo suficiente de ella misma para hacer que el minuterero de mi reloj dejase de retroceder en lugar de avanzar.

—No puedo hablar. —Descolgó al tercer toque. Yo ya tenía preparado lo que iba a decirle, pero no me permitió abrir la boca. Su susurro me dejó sin palabras—. Estoy cumpliendo una fantasía y no quiero que mis dos invitados sigan sin mí. ¿Es algo de vida o muerte?

—¿Dejarías lo que estás haciendo si te dijera que sí? —pregunté por pura curiosidad.

—Tendrías que estar a punto de exhalar el último aliento y como veo que no es el caso...

—Max me ha besado. —Solté necesitada de contárselo a alguien.

—Menuda novedad. Estoy segura de que eso podrá esperar a mañana —aseguró ella mientras escuchaba una voz de varón, ¿ladrar?, su nombre—. De verdad, tengo que colgar.

Y así lo hizo. Yo no podía quedarme en casa, tampoco a nadie más a quien quisiera contarle mis problemas y decidí hacer algo que nunca hacía, beber.

Me puse los vaqueros, una blusa azul y unos preciosos manolos negros.



Me recogí el pelo en una cola alta de caballo y sonreí ante el resultado. Miré mis pies sin estar muy segura de sí era la elección adecuada, pero aquellos instrumentos de tortura me daban una seguridad que en aquel momento necesitaba.

Un bar, algo fácil de encontrar, pero no servía cualquiera. No quería que me reconocieran, ni que estuviera a veinte kilómetros de distancia. Por eso empecé a caminar tratando de seguir siempre una línea recta, pensé que así volver sería mucho más sencillo.

Al final escogí lo que muchos definirían como un antro, pero para mí era un lugar aislado, escondido en una esquina, pequeño y con poca gente. Perfecto.

—Tequila —solté con voz de pito sentándome en la barra. Los ojos del camarero brillaron, al igual que su pelo. Sospechaba que hacía mucho tiempo que el agua no había tocado aquella cabeza. Su sonrisa provocó malestar en mi interior, tampoco me gustó la manera en la que me miró, pero yo había cambiado y aquellos solo eran viejos fantasmas, me dije.

Me lo sirvió en un vaso de chupito, dejándolo a rebosar y pendiente de mí. Yo no quería amilanarme, creo que todos los presentes en aquel local se habían dado cuenta de que yo no acostumbraba a hacer aquellas cosas.

Bebí sin pensar, escapando con mi lengua al contacto de aquel líquido abrasador y ahogando la arcada con una sonrisa. Sentí que mi garganta quemaba y al llegar a mi estómago este protestaba, pero volví a señalar el vaso ahora vacío. Yo sabía que uno no era suficiente y repetí cuatro veces más, pero entonces comprendí que el calor que sentía en la piel no era fruto de la calefacción, ni el aturullo que se había formado en la punta de mi lengua.

—¿No quieres más? —preguntó el camarero agitando la botella ante mis ojos. No me gustaba que se acercase tanto y negué mirando el vaso. Él aproximó la mano para recoger el vaso y yo salté asustada, recompuse una sonrisa fría y lo miré enfocando los ojos lo mejor que pude.

Sentí miedo, un miedo fangoso ascendiendo por mi piel mientras veía como los ojos de aquel sujeto paseaban por mis pechos sin pudor. Al mirar a mi alrededor seguí viendo a los mismos cuatro individuos, pero en mi mente todos eran culpables. Los recuerdos que trataba de contener me hicieron temblar y quise salir corriendo, pero temía que cuando ellos me vieran marchar me hicieran algo.

Me repetía, una y otra vez, que eran miedos infundados. Que ellos solo eran hombres tomándose algo y que el camarero no tenía oscuros planes para

mí. Mi corazón no atendía a argumentos, el miedo que sentí fue deteniendo mis sentidos hasta que solo podía escuchar aquel latido acelerándose en mis oídos. Quería llorar, pero tampoco tenía fuerzas para eso.

Me avergonzaba estar en aquella situación, quería pedir ayuda, pero no sabía a quién. Mi amiga no contestaría y mis padres no eran una opción. Miré el teléfono con el nombre de Max en la pantalla. Sonreí cansada y le mandé un mensaje en el que ponía el nombre del bar, cosa que pude averiguar al mirar el cartel que pendía tras la barra.

Yo: “*Ayuda. Bar Sansón. Ayúdame.*” Escueto, pensé de pasada. Tampoco era capaz de escribir mucho más. Mis dedos temblaban y aquella era la única palabra que acudía a mi mente, quería gritarla, no me sentí con fuerzas.

—La cuenta —dije en dirección al camarero. Mi cara no mostraba la amalgama de sensaciones que me recorrían.

—Es muy pronto, ¿seguro que no quieres quedarte un poco más? Mi turno termina a las doce. —Y aquel tipo volvió a acercarse a mí. Podía oler el sudor rancio y ver sus intenciones con total claridad. Yo no quería nada con él, pero había aprendido con los años que un no brusco podía ser mucho peor. Era mejor ir escurriéndose y desaparecer cuando no se diera cuenta, no quería que saltase sobre mí. Fue por eso por lo que no hice ademán alguno de levantarme de aquel taburete mugriento. Lo miré y sonreí sin ganas, aunque dudo mucho que él se diera cuenta de tales sutilezas.

—Mañana tengo que madrugar.

—Si esperas puedo llevarte a tu casa. No creo que estés en condiciones de marcharte sola. —Ni contigo, pensé molesta.

—Mi novio llegará en dos minutos —mentí. Pude ver el cambio en su cara, la manera en la que se echó hacia atrás y se puso a limpiar un vaso. El odio que reflejaba su gesto me hizo suspirar algo más tranquila.

—Son veintitrés euros —contestó de mala gana. Dejé el dinero a mi lado y me levanté, pero las cosas nunca son tan sencillas.

Cuando caminaba hacia la calle no lo vi venir. Yo solo sentía mis tacones y la música aturullando mi cabeza. Me veía a unos pasos de mi libertad, ansiosa por volver a estar en territorio conocido, lejos del peligro y la oscuridad que escondía a los monstruos. Miré a mi espalda, pero nadie me seguía.

Cuando mis dedos tocaron la puerta sentí el frío del pestillo dándome algo de lucidez. Quería sentir el aire fresco, llenar mis pulmones y llorar. Max, solo pensaba en él. Tenía que venir, acudir a mí, aunque tampoco confiaba en

que lo hiciera. ¿Por qué habría de dejarlo todo para acudir en mi auxilio? Yo no le había dado más que problemas, pensé con tristeza.

La puerta de aquel antro se cerró a mi espalda y miré en cielo, por unos segundos fui inmensamente feliz. Fue como si hubiese pasado por un capítulo pasado, por un mal recuerdo, pero siguiera en pie. Ya no estaba indefensa, ya no permitiría que nadie me hiciera daño.

Alguien agarró mi muñeca derecha con fuerza y tiró de mí. Aquel gesto me hizo perder el pie y sentí que caía en unos brazos desconocidos. Aquel aroma nauseabundo me hizo girarme con brusquedad y el camarero sonrió con orgullo.

—Sabía que mentías. Nadie te está esperando y no estás en condiciones de irte sola a casa. ¿Acaso buscas que se aprovechen de ti? —preguntó con ojos de lobo. Su boca se acercaba a la mía por mucho que giraba la cara para evitarlo.

Gritar ayudaría, quizás algún buen samaritano haría algo, sin embargo, no iba a confiar en la providencia para librarme de él.

—Suéltame ahora mismo —contesté autoritaria—. No quiero que me toques —añadí.

—Creo que no sabes bien lo que dices, has bebido mucho.

—Cierto, pero sé que jamás dejaría que alguien como tú me pusiera un dedo encima. Ni muerta —confesé con asco.

Su mano se levantó para golpearme, esperaba aquel impacto con ansias, tenía preparados los siguientes movimientos en mi mente. Clavaría mi tacón en su pie y después iría a por su entrepierna. No pararía hasta que aullase de dolor. No me importaban las consecuencias, ya no veía. Deseaba aquel golpe, pues sabía que él bajaría la guardia.

Me vi libre, sin golpe y miré a mi alrededor confusa. Mi camarero estaba contra la pared y alguien descargaba un puñetazo tras otro sobre su cara. Tardé varios segundos en darme cuenta de quién era y caminé como un zombi hasta que estuve a su lado. Lo miré agradecida.

—Max... —susurré sin fuerzas. Él me miró y vi miedo, mucho miedo. Revisó mi cara y fue cuando me di cuenta de que estaba llorando. No de miedo, sino de alivio. Apenas conseguía verlo con nitidez entre las inmensas lágrimas que lamían mi piel.

—¿Estás bien? —preguntó nervioso mientras soltaba a aquel tipo y se volvía hacia mí. Asentí sintiéndome avergonzada, me sentía rota y escondí mi cabeza en su abrazo.

—Llévame a casa —pedí con el alma encogida. Él me levantó entre sus brazos y me sostuvo contra su pecho como a una niña pequeña. Podía sentir su corazón contra mi oreja, latía con fuerza y me concentré en él.

—¿Seguro que estás bien? —Miré su rostro y permití a mis manos acariciar aquella barba de dos días. Se veía atterradoramente encantador, había venido en mi auxilio y eso me hizo cerrar los ojos. Confiaba ciegamente en aquel hombre. Sabía que podía estar completamente desnuda, húmeda, preparada para que entrasen en mi interior que no haría nada que yo no desease. Lo miré orgullosa de estar entre sus brazos.

—Estoy mareada —reconocí sintiendo el alcohol que todavía recorría mi organismo. Él miró la moto de reojo y me di cuenta de que no podía conducir conmigo encima. Yo tampoco tenía fuerzas para sostenerme y me sorprendió de nuevo al pasar al lado de su moto y seguir caminando conmigo en brazos.

—Te llevaré a casa. No me apartaré de tu lado. —Quizás ese era el problema, a pesar de lo ocurrido no me sentía preparada para hablar, ni siquiera de lo que me había salvado. Había vivido tanto tiempo fingiendo que aquello no había ocurrido que no quería romper las cadenas que habían mantenido mi mundo en su lugar, ni siquiera por él.



**Saray**

## Capítulo 28

Al día siguiente desperté en mi cama y entre sus brazos, hui de allí. Me vestí en silencio y acudí a mi trabajo una hora antes de lo que debía. Decidí entrar por urgencias y me detuve a observar a todas aquellas personas. Muchos de ellos aburridos, tenían la mirada perdida, esperaban vez con cada vez menos paciencia.

—Doctora Cooper, ¿he empezado ya tu turno? —preguntó Lindsey cogiéndome del brazo de pronto —Porque nos vendría muy bien tu ayuda.

—¿Y eso? —Me sentía algo fuera de lugar, creía que todos podrían ver lo ocurrido en mi rostro, pero nadie se daba cuenta.

—Digamos que creo que se te dará mejor que a mí —contestó guiñándome un ojo.

—¿Por qué me da la impresión de que me la estás jugando? —pregunté agradeciendo poder tener algo que hacer.

—Porque lo hago. Me conoces demasiado bien —dijo ella encogiéndose de hombros y guiándome hasta el paciente.

—¿De verdad? —susurré para que solo ella pudiera oírme mientras entrábamos en el box.

—Es tu especialidad —repuso Lindsey como si fuera lo correcto—. Aquí tienes su informe Sherlock —agregó antes de largarse y que entrara una enfermera que parecía demasiado joven para estar allí.

—Buenos días Carlos. —Y así el show empezaba. Lindsey apareció minutos después con mi bata, esa bata que me confería el poder de tratar a aquellas personas, que me daba autoridad y confianza—. ¿Le duele mucho? —pregunté mientras con una pequeña linterna examinaba su cavidad anal.

—No, bueno sí, pero no tanto como antes. —Miré el gotero que habían colocado en su brazo derecho y agarré la mano de la enfermera que se disponía a pincharle algo más de calmante.

—¿Puedo preguntarle cómo ha ocurrido? —Mi mano no soltó la de la enfermera manteniéndola a mi lado.

—Tenía ganas de probar algo nuevo, decían que el punto g de los hombres

estaba ahí y yo no encontré otra forma. Traté de hacerlo con la mano, pero no lo conseguía y decidí sentarme con fuerza sobre él —explicó. Con claridad se refería al gran consolador que sobresalía de su cavidad anal—. Se ha quedado atascado.

—Sabe, muy pocas personas se atreven a experimentar —dije al tiempo que me sentaba en una silla a su lado y me ponía unos guantes—. Puede estar tranquilo, las placas no muestran que el objeto haya perforado nada. Voy a tratar de extraerlo con cuidado, debe trabajar conmigo.

Iba a ponerme manos a la obra cuando sentí el teléfono vibrar en mi bolsillo. No pude evitar mirar el mensaje antes de comenzar y luego no me sentí con fuerzas.

—Llame a Lindsey y pídale que se ocupe ella. Tengo algo urgente que hacer —susurré poniéndome en pie.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupado el paciente. Mis ojos volaron a su culo del que sobresalía el consolador negro. Era enorme, pensé antes de que mis ojos volvieran a su cara.

—No, tranquilo. Está en las mejores manos.

Salí de aquel box quitándome los guantes. Busqué en aquella salita de espera la cara del mayor cromañón del mundo.

—¡Te encontré! —dijo Max a mi espalda haciéndome pegar un brinco. No me gustaba que nadie se acercase a mí sin avisar, por eso cuando me giré le di un ligero empujón.

—¿Qué haces aquí? —pregunté molesta.

—Te fugaste, creo que el único que tiene derecho a pedir explicaciones soy yo. ¿No crees, doctora? —contraatacó él con una ceja levantada y aquella sonrisa que le daba un aire terriblemente sexy. Él sabía muy bien cómo usar sus virtudes y el efecto que estas tenían en mí.

—Cierto, ¿no podías esperar? —reconocí sintiéndome capaz de decir cualquier cosa con tal de verlo salir por aquella puerta.

—No. Hoy es el día de poner a las mujeres bonitas contra las cuerdas, después si quieres puedo atarte para festejarlo —sugirió él. Siempre pensando en lo mismo, sonreí sin poder evitarlo.

—Mi turno empieza en media hora —expliqué tratando de hacerlo entrar en razón.

—Solo me iré si me prometes que al terminar me dejarás invitarte a comer y podremos hablar como dos personas adultas.

—¿Sin quitarnos la ropa? —agregué tratando de quitarle hierro al asunto.

—Me gustas mucho —reconoció él. Vi lo que le habían costado aquellas simples palabras. Hay personas en el mundo que las regalan, restándole importancia cada vez que las pronuncian, pero hombres como mi cromañón eran lo opuesto. Cuando decían que querían a alguien lo hacía con conocimiento de causa, por eso no supe que contestar en aquel momento. No me sentía preparada.

—Te prometo que cuando termine el día hablaremos —claudiqué yo.

Él no podía marcharse sin dar la nota. Era algo innato en él, no podía evitarlo. Me recogió entre sus brazos y me besó a lo Broadway. Me inclinó y mis labios no pudieron evitar abrirse. Cuando su lengua tocó la mía envolví su cuello con mis manos, claramente para evitar caerme, y olvidé que todos mis compañeros nos rodeaban.

Cuando me vi libre tardé varios segundos en ubicarme y darme cuenta de lo que realmente había pasado.

—¿Estás loco?

—Un poco doctora, pero estás demasiado buena y necesitaba que todos supieran que tu corazón ya tiene dueño. —Lo miré sin saber qué contestarle. Quería gritar que no y al mismo tiempo mi silencio era una aceptación tácita—. Este lugar me trae muy buenos recuerdos —dijo mientras se encaminaba hacia las puertas mecánicas y se alejaba por unas horas de mí. ¡Me estaba volviendo loca!





**Max**

## Capítulo 29

Ver a Saray en peligro casi me convirtió en un asesino. No veía nada, tan solo sentía la necesidad de golpear a aquel cabrón hasta que mis manos quedasen aplastadas contra sus huesos. Quería destrozarlo hasta que no quedase nada de él, pero cuando oí su voz llamándome no pude hacer otra cosa que recogerla y acunarla entre mis brazos. Tenía tanto miedo de dejarla ir, de perderla o que me alejase que no fui capaz de separarme de ella.

Sus lágrimas eran puñaladas en mi pecho, heridas que me impedían respirar mientras trataba, una y otra vez, de encontrar las palabras que mitigasen su sufrimiento. La miraba sintiéndome impotente, pero siempre a su lado. La abracé con fuerza, cuando finalmente se quedó dormida, sintiendo que era ella la que me mantenía cuerdo. No habría soportado tener que dejarla en aquel estado, por eso cuando desperté a la mañana siguiente y no la vi a mi lado creí perder la poca cordura que me quedaba.

Tras buscar por aquel diminuto piso solo se me ocurría otro lugar en el que pudiera estar. Verla allí evitó mí, más que probable, ataque al corazón. Sonreí al verla como siempre, actuaba como si nada hubiera pasado, era una mujer fuerte e independiente, pero no me creía aquella fría fachada.

Sentía que debía preparar algo digno de ella. Volví a su piso, digamos que Saray se había olvidado sus llaves y yo las había tomado prestadas. Hice una llamada y después me puse manos a la obra. Aquel lugar iba a quedar precioso.

Nunca debes buscar entre las cosas de una mujer, debería haberlo sabido. ¿Por qué guardaba aquellas dos fotografías bajo aquel montón de libros en su mesilla de noche?

No podía creérmelo, no era capaz de entenderlo.

—¿Qué te han hecho doctora? —pregunté sintiendo el impulso de correr en su busca y besarla. Quería abrazarla, mantenerla siempre a mi lado y protegerla de todos los peligros que pudieran aparecer en su camino. ¿Cuándo habían aparecido aquellos sentimientos?



**Saray**

## Capítulo 30

Mi vida era un torbellino. No quería que las horas avanzasen, pero corrían entre mis dedos. Había multitud de pacientes y Anahí estaba extrañamente ausente. La miraba de reojo esperando alguna de sus grandes conclusiones o revelaciones, pero entre nosotras seguía aquel silencio que no me ayudaba en absoluto.

—¿Quieres algo de beber? —pregunté mientras me levantaba y me estiraba. Sentía mis músculos agarrotados luchando por despertar, mi cuerpo también notaba aquella tensión que flotaba en el ambiente —¿Vas a decirme lo qué te ocurre? —Ella se removió y se recolocó el pelo.

—Me han pedido matrimonio.

—¿A ti? —pregunté sorprendida.

—Ya sabes que yo soy muy buena en ciertas artes amatorias y creo que se ha quedado colgado —contestó restándole importancia.

—¿Tú lo quieres? —dije mientras volvía a sentarme y la miraba. No había burla, ni preguntas incómodas. Solo quería saber la verdad, sin que la disfrazara de bromas estúpidas.

—Me gusta, con él puedo ser yo misma —reconoció—. Pero no quiero atarme a nadie, no quiero perder las oportunidades que pueda depararme la vida.

—¿Es así como lo ves? Hoy en día siempre podrías disolver el matrimonio —argumenté quitándole hierro a aquella proposición que la traía preocupada.

—Lo que me asusta es que deseo decir que sí. —Se levantó nerviosa y se sentó sobre mi mesa. Le temblaban las manos y la vi anormalmente pálida.

A veces las palabras sobran y sentí que ese era el momento. Me acerqué y la abracé con fuerza. Pensé que me empujaría, no le gustaban mucho esas ñoñerías, como ellas las llamaba, no obstante, me devolvió el estrujón con una fuerza insólita.

—Me dio tiempo para pensarlo, pero temo que si digo que no lo perderé —reconoció triste contra mi ropa.

—No lo creo. Quiere pasar el resto de su vida contigo, si no te ves preparada estoy convencida de que esperará el tiempo que sea necesario. El amor es complicado.

—Yo no he dicho que lo ame —comentó refunfuñona.

—No hace falta, hay cosas que pueden verse —dije con una sonrisa en la cara.

—¿En serio? Entonces quizás debería comentar que tú también llevas varios días con sonrisa de tonta. ¿Para cuándo la boda? —La aparté con cuidado y volví a sentarme.

—Tengo miedo. Él ama a la mujer que cree que soy, pero hay demasiadas cosas que no sabe de mí. ¿Cómo puedo estar segura de que si se lo cuento seguirá a mi lado?

—Estamos las dos para encerrarnos y darnos de comer a parte. —La miré y sonreí. El amor no cambia a las personas solo las atonta momentáneamente, pensé yo—. Supongo que como tú dices sabrá comprenderte. Quiero pensar que cuando estamos con alguien, cuando compartimos tantas horas con esa persona es capaz de ver más allá de la superficie. —Sus argumentos me parecían sólidos, esperaba que así fuera o en unas horas Max desaparecería definitivamente de mi vida.

—¿Descanso?

—Creo que se nos ha pasado la hora —repuso ella—. Espero que no te moleste, pero mejor los voy pasando que hoy quiero salir puntual. —Asentí sin contradecirla a pesar de que era lo último que yo deseaba.

Anahí aún no había llegado a la puerta cuando sentimos unos golpes.

—¿Se puede? —La cabeza de Andrew asomó tras la puerta.

—Creo que voy a hacerte un abono —dije socarrona mientras señalaba la silla que había ante mí. Lo que no esperaba era que aquel hombre no iba solo, a su lado una joven preciosa del color del chocolate.

Lo malo de los prejuicios es que nos dejan quedar como tontos. Cuando alguien habla de una prostituta piensas en una mujer fuerte, decidida, y con poca vergüenza. Lo asociamos a que son cualidades, junto con una gran fortaleza, que se necesitan para poder sobrevivir a esa vida. Pocas veces pensamos en lo que esa vida puede hacerles a ellas.

—Buenos días. —Se la veía cohibida, temerosa—. Espero que no les moleste —se disculpó.

—Sabe que yo no puedo tratarla —dije con una sonrisa.

—No estamos aquí por eso —contestó Andrew cogiendo la mano de

aquella muchacha con orgullo. Cuando miré a la joven vi que el toque del anciano no le provocaba asco, su expresión era de confianza y agradecimiento, yo me alegraba por ambos.

—Pues soy todo oídos —agregué alegre.

—Quería conocerla. ¿Me equivoco? —soltó Andrew sin medias tintas. Miré a Anahí antes de responder, pero ella se encogió de hombros. Creo que se había convertido en su gesto favorito.

—Es cierto —reconocí.

—Aquí la tiene —dijo él mientras palmeaba con dulzura la espalda de la mujer dándole apoyo.

—Doctora, quiero que sepa que no me estoy aprovechando de Andrew. Solo busco una familia. —La miré en busca de señales de engaño, lo que vi fue mucha tristeza y dolor. Me fijé en diminutas cicatrices en las cejas, mandíbula y en el labio. No quise seguir mirando, a veces prefería quedarme con las dudas.

—Solo quería que supieran que cuentan con todo mi apoyo —solté levantándome y acercándome. Le tendí al mano a la mujer y, cuando ella me la agarró, le di un leve apretón—. Este hombre está medio loco, pero tiene un gran corazón. Estoy segura de que cumplirá con todo lo que le ha prometido. —Estaba completamente segura de cada una de mis palabras—. Mientras no lo mate en el intento estoy convencida de que todo saldrá bien. —Los ojos de ella se abrieron asustados.

—¿Tan mal está? —Andrew me miró algo enfadado.

—¡No! No, no es eso. Era una broma. —Eso tampoco era cierto—. Bueno, en parte. Debido a su edad han de tener cuidado.

—Hemos hablado de una clínica. No queremos que nada salga mal —explicó ella.

—¡Yo correré con todos los gastos! No quiero que nada le ocurra a ella ni a mi hijo.

—Me parece una gran idea —aseveré yo.

Cuando se levantaban para marcharse me fijé en que no era ella quién ayudaba al anciano, sino Andrew quien le tendía la mano y le abría la puerta. Tenía pequeños detalles con aquella mujer, pero creo que ella sabía valorarlos.

—¿Esa era la prostituta? —preguntó Anahí cuando estuvimos solas.

—Tu siempre tan dulce y sutil.

—No me parece mal —se defendió ella —, pero esperaba otra cosa.

—Y yo.

—Parece que lo ha pasado muy mal en la vida —reconoció Anahí.

—¿Tú también lo has visto?

—Hay cosas que me gustaría no percibir. El mundo es demasiado cruel, pocas veces me paro a pensar la suerte que tenemos. —Asentí sin sacarla de su error, incluso en nuestra apacible burbuja, el mal tenía las manos muy largas y podía llegar hasta nosotras.

Meses después me enteraría que tuvieron que recurrir a un donante de esperma, pero para Andrew aquel era su hijo y ella estuvo de acuerdo. Volvieron a visitarme, pero aquello pasaría mucho tiempo después.

Aquel día no tenía cabeza para nadie más. Terminé mi horario de consulta y vi marchar a Anahí sin ganas de recoger mis cosas. No sabía si Max estaría fuera esperándome, seguramente tendría demasiadas preguntas preparadas. ¿Por qué no podía dejarlo pasar?

Me parecía muy lejos el día que lo había visto en urgencias. ¡Qué bien me lo había pasado ayudándolo! Un mensaje nuevo, mi teléfono llevaba diez minutos con el aviso y yo el mismo tiempo evitando tocarlo. Suspiré sabiendo que era inevitable.

Max: *“Te espero en tu piso.”*

Yo: *“¿Cómo has conseguido entrar?”*

Max: *“Es una larga historia.”*

Yo: *“Y no tienes pensado contármela.”*

No hubo respuesta. Cogí mis cosas y agradecí el paseo que tenía por delante. Era como caminar directa al purgatorio.

Miré los escaparates, me detuve en una pastelería y compré lotería. ¡Lotería! Creo que usé todo lo que se me pasó por la cabeza. Era el momento de decidir si aquella inyección fue una más en mi larga carrera o traería de la mano al hombre que amanecería a mi lado el resto de mi vida. ¡Qué poético todo!



**Saray**



# Capítulo 31

Permití que el aire llenase mis pulmones y traté de dejar mi mente en blanco. Quería convertirme en un zombi, perder la capacidad de sentir durante unas horas y evitar desmoronarme cuando tratase de hablar.

Mis pies conocían el camino. Me detuve ante mi propia puerta temiendo abrir, pero la puerta se abrió sola. Los ojos de Max seguían siendo los más negros que había visto nunca, podía sumergirme y perderme en ellos.

—Temí que no fueras a aparecer. —Su voz fue un susurro, sin embargo, cada palabra estaba cargada de una intensidad abrumadora.

—Habría sido lo mejor.

Él estaba diferente, cohibido. Nos quedamos mirándonos y me agarró por la cintura. Me atrajo hacia él despacio hasta que nuestras bocas quedaron a unos milímetros.

—Necesito besarte —confesó tímidamente. Max siempre había sido más de tomar mis labios que de pedir permiso, ¿qué ocurría allí?

—¿Y por qué no lo haces?

—Sé que si lo hiciera no podría detenerme. —Sus palabras me hicieron temblar. Lo deseaba desde el mismo instante en el que lo había visto, por mucho que traté de negarlo. Era una corriente eléctrica que me pedía que lo tocara, que lo acercara a mí hasta que nuestros cuerpos pudieran fundirse en uno solo—. Creo que necesito estar dentro de ti para sentir que todo va bien. La sola idea de que estás sufriendo me tortura y esta necesidad crece en mi interior.

—Bésame —supliqué demasiado necesitaba. Él asintió con semblante derrotado.

Cuando sus labios me tocaron lo sentí temblar. Acaricié sus brazos y dejé que mis dedos ascendieran perezosos hasta llegar a su cuello, ahí entrelacé mis dedos mientras inhalaba con fuerza y su lengua invadía mi boca.

Fue como volver a mi hogar. En sus brazos me sentía única, deseada, perfecta. Encajábamos a la perfección.

Me quitó el vestido despacio, tan despacio que me arrebató el aliento. A

medida que sus dedos arrastraban aquella tela por mis hombros yo me estremecía con los labios entreabiertos, jadeante.

Yo quería demostrarle que también podía hacerlo volar, quería sentir su piel tan caliente como la mía y acariciar cada pliegue memorizándolo. No es tan erótico quitarle la camiseta por la cabeza a un hombre, quizás si fuera una camisa... pero al ver su pecho desnudo sonreí. Dejé que mis labios se posasen sobre su pezón derecho mientras él agarraba mi pelo en su puño. Aquel gesto era sumamente sensual.

Mis dientes apresaron aquel diminuto pedazo de carne y él gruñó. Sus manos enmarcaron mi rostro y me volvió a besar. Cuando se despegó de mi cuerpo quise abrazarlo, pero él se había dejado caer de rodillas y clavó su nariz en mi braguita. Olisqueó perversamente aquella excitación, que solo él podía provocar en mí.

—No lo hagas —supliqué mientras acariciaba su pelo, dejando que mis dedos se internasen entre aquellos cabellos del color del carbón.

No me hizo caso, creo que nunca lo hacía. Sentí su sonrisa contra mi piel y supe lo que venía a continuación. Sus dientes mordisquearon aquel pequeño botón que podía volverme loca y tuve que agarrarme a él.

—Necesito que hables conmigo. Necesito que confíes en mí, no puedo pensar en otra cosa.

—¿Estás pensando en eso ahora mismo? —pregunté mimosa. Me arrodillé a su lado y lo empujé tumbándolo en el suelo. Abrí su cremallera y él me tendió un condón. Me temblaban las manos y lo miré—. ¿Por qué es tan importante? —Seguí con mi interrogatorio mientras el profiláctico se había quedado olvidado entre mis dedos.

—Porque quiero estar contigo, no solo follar contigo. Estamos juntos —explicó mientras su mano derecha aferraba la mía y entrelazaba nuestros dedos.

—No sé si estoy preparada —reconocí sin aliento. No sabía si era el miedo el que hablaba, pero mi miedo tenía mucho que decir—. Nos va bien así, ¿por qué tendríamos que cambiar?

—No va bien. —Yo seguía a horcajadas sobre él, pero se me había olvidado. Sus ojos me tenían congelada, no podía moverme—. Ábrete a mí.

—¿Más? —contesté abriendo los brazos y mostrándome para él. Sus ojos pasaron por mis pechos y descendieron por mi cintura. Cuando volvieron a posarse en los míos seguía sin saber lo que pensaba. Su rostro estaba completamente inexpresivo, era como la calma antes de la tormenta. Sabía que

estallaría y trataba, inútilmente, de poner un dique sobre otro mientras Max los destrozaba todos.

Sus manos recogieron el condón y se lo colocó sin dejar de mirarme. A continuación, cogió mis caderas y, con mi ayuda, me elevó en silencio. No decíamos nada, había algo escondido en lo que hacía, trataba de mostrármelo y yo me dejé llevar.

Descendí despacio y lo sentí entrar en mi interior, llegó hasta lugares que nunca habían sido tocados, hasta mi corazón. Aquella primera penetración, el inicio del vaivén más exquisito de la vida, fue inexplicable. Sentí mi corazón temblar, me dolía, pero al mismo tiempo estaba feliz.

Nuestras manos se buscaron y entrelazamos nuestros dedos mientras yo me elevaba y descendía sobre él. Podía sentir cada parte de mi cuerpo, pero mi mente estaba concentrada en el nexo de unión. Él estaba al límite, incluso desde el primer momento. Yo lo miraba deseando dejarme ir, sintiéndome a punto de desvanecerme. Aquel leve agarre me sostenía, me ayudaba a seguir el ritmo cada vez más frenético.

A medida que los movimientos incrementaron su frecuencia nuestra respiración se volvió más convulsa. Los jadeos que salían de nuestras bocas eran halagos para el otro. Oírlo gemir provocaba escalofríos en mi piel y, cuando yo no podía más, sus manos apretaban las mías obligándome a volver a abrir los ojos.

Hay un instante en el que sabes que todo está a punto de terminar. El orgasmo se aproxima y puedes cogerlo o dejarlo marchar, un final por todo lo alto, pensé con la mente perdida en aquella inmensidad. Sus ojos brillaban y yo no tuve fuerzas para contarle lo tremendamente guapo que se veía.

—Estoy contigo. —Fue lo único que dijo, esas fueron las palabras que me acompañaron en aquel placer abrumador que me dejó temblando.

Yo no podía hablar, sentía que él esperaba algo, pero solo sentía unas inmensas ganas de llorar mientras Max me arrullaba entre sus brazos, ambos completamente satisfechos.

—¿Cuánto tiempo conseguirás permanecer callada? —inquirió de pronto con una sonrisa. Sus manos me cogieron desprevenida y traté de luchar contra aquel ataque de cosquillas.

—¡Para! ¡Para, por favor! —supliqué mientras me estremecía golpeando aquellas manos, sus dedos se multiplicaban y yo no conseguía dejar de reírme.

—Así estás mucho mejor. ¿Ya puedes contármelo todo? —soltó de golpe.

—Es complicado, me cuesta confiar.

—¡Auch! ¿Necesitas tener una aguja entre los dedos? Aquel día te lo pasaste en grande, estoy dispuesto a sacrificarme —comentó mientras se bajaba de golpe la ropa interior, que apenas llevaba puesta desde hacía dos minutos, y giraba la cara hacia la izquierda cerrando los ojos con fuerza.

—¿En serio? —pregunté agradeciendo enormemente sus esfuerzos por tratar de tranquilizarme —¿A cuántos pinchazos tengo derecho?

—¡Uno! Solo uno —continuó tosiendo levemente—. ¿No te doy pena?

—No mucha. No creo que vaya a servir de nada —continué cambiando de tema. El gran tema, eso que no había vuelto a hablar con nadie, eso que llevaba varios minutos tratando de soltar sin éxito—. No quiero que dejes de desearme, de verme de la misma manera.

—Te conozco y tú me conoces a mí, aunque no lo sepamos todo el uno del otro. Faltan los detalles, esas cosas insignificantes que te sacarán de quicio, pero sabes lo importante —explicó Max mientras agarraba mi mano y la colocaba sobre su corazón—. Eres contagiosa y tú sabes de estos temas. —Siempre tenía que soltar algún comentario estúpido, pensé mientras yo le respondía con una sonrisa tonta.

—¿Recuerdas lo que ocurrió ayer? —pregunté de golpe —Gracias por acudir en mi ayuda. —Aquellas palabras me costaron muchísimo, mostraban una debilidad que siempre me negué a reconocer. Yo quería pensar que era capaz de cualquier cosa, que no necesitaba a nadie, pero no era cierto. Hay ciertos momentos en los que tener a alguien a tu lado, alguien en quien puedas confiar y que te sostenga, es imprescindible para poder seguir en pie.

—Lo habría matado. Ese tipo de personas no deberían existir.

—Pero existen —repliqué sin más. Estaban ahí y seguirían estando, nacerían personas que destrozarían a otros mucho tiempo después de que los dos hubiésemos desaparecido. Quería pensar que la gente buena cambiaba las cosas, que eran la mayoría, aunque sabía que ese era un pensamiento demasiado positivo—. No era la primera vez que me atacaban —confesé. Enterré las imágenes que acudían a mi mente y me sentí débil de nuevo. Él me abrazó con fuerza y dejé que mi mejilla descansase contra su corazón. Hablar era mucho más sencillo si no lo miraba a los ojos—. Aquel día no apareció nadie que me salvara, aunque no llegó a violarme —dije como si eso hiciera que aquella experiencia fuera menos dura—. Me resistí hasta que perdí el conocimiento, tanto que la paliza fue brutal. —Me miré la muñeca de reojo, aquel día temí haber perdido todo por lo que llevaba tanto tiempo luchando. Aún no había escogido mi especialidad y temía que la rotura del escafoides

me hubiese podido cerrar puertas de golpe—. Supongo que estaba tan destrozada que ya no le ponía cachondo, al final me dejó tirada en la calle —concluí con tono neutro. Mi corazón estaba encogido, se escondía bajo mis costillas temblando, contuve el aliento esperando su respuesta, pero solo sentí sus brazos abrazándome con una fuerza animal.

—No tienes que decir nada más si no quieres —susurró contra mi pecho.

—¿Te he decepcionado? Por eso tras poner la denuncia no se lo conté a nadie más. Les dije que me había tomado unas vacaciones.

—¿Decepcionado? No podría estar más orgulloso de ti. Eres la mujer más valiente y luchadora que conozco. —Elevé la cara para mirarlo avergonzada y él acarició mis labios antes de besarme. Su aliento tenía un tono salado, pero no hice preguntas—. Me habría gustado estar ahí.

—Y a mí que hubieses estado, pero no eras mi tipo —respondí picajosa.

—¿Tu tipo? —preguntó tratando de sonar divertido, aún notaba cierta tristeza escondida.

Y volvió a hacerme cosquillas. Mordió mi cuello y rodamos por el suelo. Lo que comenzó como un tonto intento por hacerme sonreír terminó con besos necesitados y sexo del sucio. En realidad, no fue suficiente con una sola sesión, ambos éramos jóvenes, estábamos en forma y necesitábamos consuelo.



**Max**

## Capítulo 32

¿Sabéis lo que mola un huevo? Ir a visitar a mi prometida a su lugar de trabajo. Os preguntaréis por qué, pues porque me encanta hacerla rabiar. Ella cree que me ha corregido, pero soy yo el que sigue tratando de llevarla al lado oscuro.

—Buenas tardes doctora —suelto pillándola por sorpresa y haciéndola saltar.

—¿Otra vez?

—¿Molesto? Creí que ahora lo compartíamos todo.

—No puedes venir cuando te venga en gana —repuso molesta poniendo morritos.

—Lo haces para tentarme —contesté mientras la besaba.

—¿Qué es esta vez? —¡No confiaba en mí! Si yo era todo un cielo de hombre. La persona más razonable y buena que puedas echarte a la cara.

—¿Por qué crees que quiero algo? Te echaba de menos y decidí venir a buscarte. Terminas ahora, ¿verdad? —pregunté más que interesado. Ella sonrió y comenzó a caminar hacia atrás.

—Otra vez no.

—Venga... —supliqué agarrándola por la bata y volviendo a acercarla a mí. La pobre se pone colorada cada vez que nos ven. Se ve tan hermosa...

—Eres un cerdo.

—Es más, mi lado romántico. Aquí fue donde nos conocimos.

—No vamos a tener sexo —concluyó ella cruzándose de brazos.

—¿Te he dicho que me encanta cuando haces eso? Tus pechos se ven mucho más grandes. —Me quedé mirándolos hasta que ella volvió a dejar caer los brazos a ambos lados de su cuerpo. Chasquéé la lengua molesto—. Volviendo a lo del sexo, siempre dices lo mismo, pero sabes que soy irresistible.

—El día que los cerdos aprendan a volar volveré a dejar que me montes como un babuino en los servicios.

—¿De verdad hace falta que tire a un animal inocente por la ventana?

—Yo estaba pensando más bien en ti —repuso ella.

—Voy por una cuerda ahora mismo. —Pero ella me interceptó y fue la que me robó un beso. Cuando yo lo hacía no me dejaba meter lengua, pero la jodida se aprovechaba de mí cada vez que le venía en gana. ¡Menuda cara tenía! Yo... me dejaba por el bien de la pareja. Siempre dicen que una vez ha de perder uno y otra el otro. Yo prefería ser el que perdía en aquellas ocasiones y quedarme con las otras.

—Está bien, pero en este no —contestó de pronto.

—Ya me esperabas, ¿verdad?

—Llevo el tanga de caramelo —repuso ella guiñándome un ojo. Cuando decía que la estaba llevando al lado oscuro no mentí, sin embargo, la sola imagen... por poco no tiene que hacerme el boca a boca allí mismo.



# Muchas gracias

Muchas gracias por leer mi libro y por dedicarme vuestro tiempo. Muchas gracias por ayudarme a cumplir mi sueño. Muchas gracias simplemente por seguir ahí.

Pediros que puntuéis para ayudarme a mejorar y además posicionarme en la lista de ventas. Vuestras opiniones pueden influir en otros lectores indecisos. Incluso una opinión negativa puede marcar la diferencia y marcar el futuro de un escritor.

Si queréis poneros en contacto conmigo mi twitter es [@A\\_R\\_Cid](#)

Facebook: EscritoraARCid

Os espero...